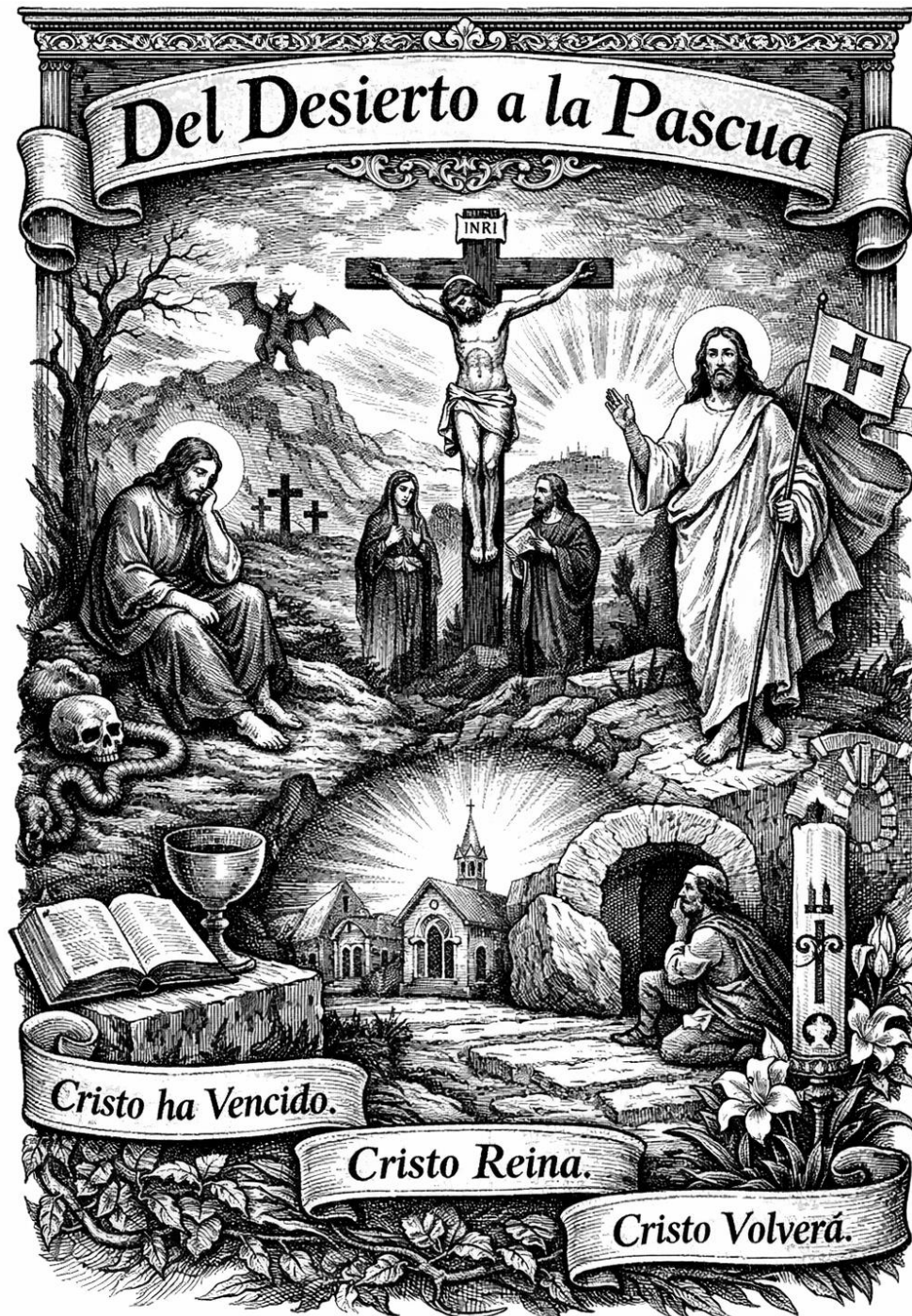


**La Santa Cuaresma: disciplina evangélica, pedagogía litúrgica y camino
hacia la Pascua**
"Convertíos a mí de todo vuestro corazón"



Podemos afirmar que Joel 2:12 constituye el verdadero eje espiritual de la Cuaresma en la tradición anglicana. Este versículo, proclamado litúrgicamente en el Miércoles de Ceniza —día que inaugura solemnemente el tiempo cuaresmal— concentra en

una sola exhortación los elementos esenciales de la conversión cristiana. Enraizada profundamente en la Sagrada Escritura y ordenada por la oración común de la Iglesia, la espiritualidad anglicana reconoce en este llamado profético una síntesis luminosa del camino penitencial, **la conversión no es parcial ni exterior, sino un retorno total “de todo el corazón”; no se reduce a un sentimiento interior vago, sino que se encarna en prácticas concretas como el ayuno, que disciplina el deseo; el lloro, que expresa el dolor sincero por el pecado; y el lamento, que da voz a la conciencia herida que se presenta humildemente ante Dios.** Así, Joel no convoca a una penitencia teatral ni meramente ritual, sino a una transformación profunda del hombre entero, preparándolo para recibir, en la Pascua, la plenitud de la misericordia prometida.

Este texto, por tanto, no constituye una exhortación aislada ni una consigna devocional de carácter privado, sino una proclamación eclesial con autoridad formativa, que desde los primeros siglos ha modelado la conciencia penitencial del pueblo de Dios. La Iglesia Anglicana, al recibirla, custodiarla y transmitirla fielmente en su uso litúrgico, la reconoce como palabra normativa para el inicio del camino cuaresmal, precisamente porque sitúa a la comunidad creyente en el tiempo adecuado para la conversión y el ayuno. En coherencia con la enseñanza del Señor, que declara: “**¿Acaso pueden los que están de bodas ayunar mientras el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán**” (Mt 9:15), la Iglesia confiesa que el tiempo presente es un tiempo marcado por la espera, el deseo y la vigilancia amorosa. Mientras camina entre la primera venida de Cristo y la consumación de su Reino, la comunidad cristiana aprende a ayunar no como gesto de tristeza estéril, sino como expresión de amor anhelante por el Esposo ausente. Así, el llamado de Joel y la instrucción de Jesús en Mateo 6:16–21 convergen en una misma pedagogía espiritual, **el ayuno cuaresmal no busca exhibición ni mérito, sino la purificación del corazón y la orientación de toda la vida hacia el tesoro que permanece.** En este sentido, la Cuaresma se revela como el tiempo oportuno en el que la Iglesia, dócil a la Palabra, se dispone a ayunar con sobriedad, esperanza y fe, aguardando al Señor que viene.

Joel 2:12–17 ocupa un lugar central en la liturgia anglicana como la lectura veterotestamentaria clásica del Miércoles de Ceniza en el *Libro de Oración Común*. Su proclamación no obedece a preferencias individuales ni a sensibilidades circunstanciales, sino a un discernimiento eclesial que reconoce en este pasaje una síntesis clara y autorizada del espíritu cuaresmal. Al escucharlo en el seno de la asamblea litúrgica, la Iglesia confiesa que el arrepentimiento no es un gesto aislado ni meramente interior, sino una respuesta comunitaria a la voz de Dios que llama a todo su pueblo a volver a Él. Esta confesión común encuentra expresión plena en la oración penitencial del *Oficio para la Oración Matutina*, donde la Iglesia reconoce sin ambigüedad su extravío y su necesidad de misericordia: “Hemos errado y nos hemos extraviado de tus caminos como ovejas perdidas... y en nosotros no hay salud”. Sin

embargo, esta confesión no culmina en la desesperanza, sino en la súplica confiada al Padre misericordioso, que restaura a los arrepentidos conforme a sus promesas en Jesucristo, y los conduce a vivir “una vida sobria, santa y justa, para gloria de su Santo Nombre”. De este modo, la liturgia del Miércoles de Ceniza manifiesta que la conversión cuaresmal es, desde su origen, un acto eclesial sostenido por la gracia y orientado a la renovación de toda la vida en Cristo.

La oración penitencial del Miércoles de Ceniza confiesa con claridad evangélica que la conversión verdadera no nace del esfuerzo autónomo del ser humano, sino que es, ante todo, una obra de la gracia divina acogida con humildad. Cuando la Iglesia clama: “Conviértenos, buen Señor, y seremos convertidos”, reconoce que incluso el deseo de volver a Dios es ya fruto de su acción misericordiosa que precede, acompaña y sostiene toda respuesta humana. El llamado al arrepentimiento no revela a un Dios severo que espera castigar, sino a un Padre propicio que sale al encuentro de su pueblo cuando éste se vuelve a Él “con lágrimas, ayuno y oración”. En esta súplica litúrgica se proclama una verdad central de la fe cristiana, **Dios es misericordioso y compasivo, paciente y abundante en piedad**; no nos trata conforme a lo que merecen nuestros pecados, sino conforme a la riqueza de su misericordia. Incluso cuando su justicia denuncia el mal, su ira está siempre atravesada por la memoria de la misericordia. Por ello, la conversión cuaresmal no se funda en el temor estéril ni en la autoacusación desesperada, sino en la confianza filial de saberse perdonados en Cristo, mediante cuyos méritos y mediación Dios mira a su pueblo, lo restaura y lo conduce nuevamente a la vida.

Esta dimensión comunitaria y normativa es esencial para comprender el inicio de la Cuaresma, **no comienza con una introspección subjetiva ni con un ejercicio privado de conciencia, sino con la Palabra de Dios proclamada a la Iglesia reunida**, una Palabra que convoca, corrige y restaura al pueblo en su conjunto. La súplica litúrgica “Conviértenos, buen Señor” expresa con precisión esta verdad, **nadie se convierte solo, y nadie se salva aisladamente, porque el arrepentimiento cristiano es siempre un acto eclesial antes que individual**. Así, el profeta Joel se levanta como heraldo de un tiempo santo que no brota de la iniciativa humana ni de una sensibilidad moral particularmente afinada, sino del llamado soberano y compasivo de Dios. No es nuestra prudencia, ni nuestra sabiduría, ni siquiera la disposición previa del corazón lo que inaugura el camino cuaresmal; es la voz del Padre misericordioso la que sale al encuentro de su pueblo, lo convoca con lazos de amor, lo exhorta a volver y lo atrae hacia la fuente de su verdadera salud, que no se halla en el esfuerzo propio, sino en la gracia que restaura, reconcilia y renueva a toda la Iglesia como cuerpo de Cristo.

El mandato bíblico “convertíos” podría ser fácilmente malinterpretado como una exigencia legalista si se lo separa de su contexto bíblico y teológico; sin embargo, la tradición anglicana ha insistido con firmeza en que la conversión es siempre respuesta a la gracia divina y nunca su condición previa. El **Artículo XI de los**

Treinta y Nueve Artículos de la Religión Cristiana lo expresa con claridad normativa al confesar que “somos justificados solamente por la fe en Jesucristo, y no por nuestras propias obras o merecimientos”, subrayando así que toda vuelta a Dios se apoya en una obra ya realizada por Cristo y recibida por la fe. En plena consonancia, el **Second Book of Homilies**, en *An Homily of Repentance*, enseña que el verdadero arrepentimiento no consiste en actos externos ni en disciplinas asumidas para ganar el favor divino, sino en “una conversión verdadera del corazón a Dios”, suscitada por el reconocimiento humilde del pecado y, sobre todo, por la confianza en su misericordia gratuita. De este modo, la exhortación a convertirse no impone una carga imposible, sino que anuncia una puerta abierta, **Dios llama porque ya está dispuesto a perdonar, y el arrepentimiento cristiano nace precisamente de saberse acogido por una gracia que precede, sostiene y culmina toda auténtica conversión.**

Joel mismo lo aclara al situar el llamado al ayuno, al llanto y al lamento dentro de la revelación del verdadero rostro de Dios, “**clemente y misericordioso, tardo para la ira y grande en misericordia**” (Joel 2:13). De este modo, la penitencia cuaresmal no se presenta como un medio para forzar el favor divino ni como un ejercicio de severidad espiritual, sino como una disposición interior que permite acoger con verdad y humildad la gracia que Dios ya ofrece. Fiel a esta lógica evangélica, la Iglesia anglicana entiende la Cuaresma como un **tiempo de gracia pedagógica**, en el que Dios educa pacientemente el corazón de su pueblo, corrige sin aplastar y llama sin violentar. No se trata, por tanto, de un régimen de opresión espiritual ni de un rigorismo ascético de corte penitencialista, sino de un camino medicinal y formativo en el que la renuncia, el ayuno y la disciplina se ordenan al crecimiento en la libertad de los hijos de Dios y a una comunión más profunda con aquel cuya misericordia precede y sostiene todo verdadero arrepentimiento.

El llamado profético de Joel alcanza su **pleno y definitivo cumplimiento en la persona y la obra de Jesucristo**, en quien la conversión del corazón, el ayuno verdadero y el retorno a Dios dejan de ser solo exhortaciones para convertirse en realidad redentora. El Evangelio según san Mateo presenta al Señor entrando en el desierto durante cuarenta días (Mt 4:1–11) no como un pecador necesitado de purificación, sino como el Hijo obediente enviado por el Padre, que recapitula en sí mismo la historia de Israel —probado en el desierto durante cuarenta años— y la conduce a su consumación salvadora. Allí donde Israel había cedido a la tentación, Cristo permanece fiel, viviendo “no solo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4:4; cf. Dt 8:3). De este modo, el ayuno, la prueba y la obediencia del Hijo no buscan su propio perfeccionamiento, sino que **santifican el camino penitencial de la Iglesia**, de manera que el llamado de Joel —“convertíos a mí de todo vuestro corazón” (Joel 2:12)— encuentra en Cristo no solo su modelo, sino su eficacia, **es Él quien convierte nuestros corazones al ofrecernos, por su victoria sobre el tentador y su obediencia hasta la cruz (cf. Flp 2:8), la**

gracia que hace posible una conversión verdadera y sostenida en el tiempo.

De este modo, el imperativo profético “convertíos” de Joel no permanece como una exhortación circunscrita al Antiguo Testamento, ni se agota en un llamado moral exterior, sino que es **asumido, transfigurado y llevado a plenitud en el llamado evangélico al seguimiento de Cristo**. En Jesús, la conversión deja de ser un simple retorno a la Ley para convertirse en una comunión viva con el Hijo que, en perfecta obediencia filial, hace de toda su existencia un “sí” al Padre. Por ello, la Cuaresma anglicana, iluminada por este cumplimiento cristológico, no implica un regreso al rigor legalista ni a una espiritualidad de méritos, sino una **participación consciente, humilde y agradecida en la obediencia del Hijo**, que ayuna, ora y avanza libremente hacia la cruz por amor al Padre y por la salvación del mundo (cf. Jn 4:34; Heb 5:8). Vivida así, la disciplina cuaresmal no oprime, sino que configura al creyente con Cristo, de modo que la renuncia, el ayuno y la penitencia se transforman en actos de amor filial y en una escuela de libertad que conduce, a través de la cruz, a la alegría pascual.

Finalmente, Joel 2 subraya con especial fuerza la **dimensión corporativa y eclesial del arrepentimiento**, cuando ordena: “Reunid al pueblo, santificad la congregación” (Joel 2:16). Si bien Dios llama a cada persona a una conversión sincera del corazón, no se glorifica mediante un arrepentimiento aislado o meramente interior, sino **convocando y restaurando a su pueblo como cuerpo**. La conversión bíblica es, por tanto, personal sin ser individualista, nace en la conciencia de cada creyente, pero se expresa, se sostiene y se consume en la asamblea reunida ante Dios. Esta convicción ha sido siempre central en la espiritualidad anglicana, donde la Iglesia militante en la tierra glorifica a Dios a través de la oración común, la confesión comunitaria y la escucha compartida de la Palabra. Así, el arrepentimiento cuaresmal no es solo un movimiento del alma, sino un acto litúrgico y eclesial en el que el pueblo de Dios, unido en una sola voz, reconoce su pecado, recibe la misericordia divina y es renovado para dar testimonio fiel de Cristo en el mundo.

En la Cuaresma, la Iglesia no convoca a cada creyente a un itinerario espiritual solitario, sino que **avanza como pueblo peregrino**, consciente de su fragilidad y sostenido por la promesa fiel de Dios. Este caminar compartido no se orienta hacia una introspección sin horizonte, sino que mantiene la mirada fija en la Pascua, donde el arrepentimiento es transfigurado en vida nueva. El Miércoles de Ceniza, con su tono sobrio y lleno de esperanza, inaugura este **peregrinaje eclesial** en el que la Iglesia, todavía militante, aprende a caminar unida por el desierto del mundo, apoyándose no en sus propias fuerzas, sino en la gracia que la precede y la acompaña. Por ello, Joel 2:12 se alza con razón como el versículo cuaresmal por excelencia en la tradición anglicana, **en él convergen la autoridad litúrgica, la densidad bíblica, el equilibrio doctrinal y la orientación cristológica que**

caracterizan al anglicanismo. Al proclamarlo cada año, la Iglesia confiesa que su esperanza no descansa en la severidad de su penitencia, sino en la fidelidad del Dios que llama, perdona y restaura a su pueblo, conduciéndolo, a través del desierto, hacia la luz plena y victoriosa de la Resurrección de Cristo.

Entonces, la Santa Cuaresma no debe entenderse como una mera estación devocional opcional ni como un vestigio de prácticas ascéticas anteriores a la Reforma, sino como una **institución profundamente evangélica**, recibida, discernida y purificada por la Iglesia para servir al centro mismo del misterio cristiano. En la pedagogía del año litúrgico, la Iglesia confiesa implícitamente que los grandes actos salvíficos de Dios no se improvisan ni se reciben de manera superficial, sino que requieren un tiempo de preparación espiritual conforme al ritmo de la gracia. Así como el Adviento dispone el corazón para acoger el misterio de la Encarnación, el ciclo pascual es precedido por el tiempo ante-cuaresmal y la Cuaresma, que instruyen, corrigen y forman progresivamente al creyente para contemplar con verdad la cruz de Cristo y reconocer en ella no solo el escándalo del sufrimiento, sino la fuente de la gloria y de la vida nueva. De este modo, la Cuaresma se revela como un don eclesial al servicio del Evangelio, **un tiempo ordenado en el que la Iglesia aprende a callar, a arrepentirse y a esperar, para poder confesar con mayor hondura que la victoria de la Resurrección brota precisamente del amor obediente manifestado en la cruz.**

La tradición anglicana ha comprendido siempre la Cuaresma no como un sistema de méritos ni como una vía alternativa de justificación, sino como una **disciplina eclesial subordinada al Evangelio y ordenada por la gracia**. Lejos de toda lógica de justicia por obras, la Iglesia enseña que las prácticas cuaresmales solo tienen sentido en cuanto brotan de una fe viva y conducen a una obediencia agradecida. Así lo expresa con claridad el *Segundo Libro de Homilías*, en *Una homilía sobre las buenas obras, y en primer lugar el ayuno*, al afirmar que el ayuno y las obras externas no son agradables a Dios por su mera ejecución, sino por la disposición interior que Él mismo suscita: **“el ayuno, al igual que otras acciones externas, no debe estimarse por sí mismo, sino por la virtud interior que Dios obra por medio de él”**. En esta perspectiva, la Cuaresma no añade nada a la obra perfecta y suficiente de Cristo, ni pretende completarla, sino que dispone al creyente —y a la Iglesia en su conjunto— para recibirla con humildad, con verdad y con gratitud, dejando que la gracia ya concedida forme el corazón, ordene los afectos y renueve la vida conforme al Evangelio.

Podemos preguntarnos, con toda razón, por qué la Iglesia ha recibido y conservado un período cuaresmal de **cuarenta días**. La respuesta no se encuentra en una convención arbitraria, sino en el **fundamento simbólico y teológico que la Sagrada Escritura ofrece de manera constante y unánime**. En la Biblia, el número cuarenta no designa simplemente una duración cronológica, sino un **tiempo cualificado**, determinado por Dios como espacio de prueba, purificación y

preparación para una intervención decisiva de su gracia. Durante cuarenta días y cuarenta noches el diluvio precedió a la renovación de la creación (Gn 7:12); Israel peregrinó cuarenta años en el desierto antes de entrar en la tierra prometida (Dt 8:2); Moisés ayunó cuarenta días en el Sinaí antes de recibir la Ley (Ex 34:28); Elías caminó cuarenta días hasta el Horeb antes de encontrarse con Dios en el silencio (1 R 19:8); y, en la plenitud de los tiempos, Cristo mismo ayunó cuarenta días en el desierto antes de iniciar su ministerio público (Mt 4:1–2). En todos estos casos, el cuarenta señala un **umbral espiritual**, un tiempo de despojo y obediencia que precede a una nueva manifestación del poder salvador de Dios. La Cuaresma, al asumir este patrón bíblico, se comprende así como un tiempo dado por Dios para ser preparados, no por nuestras fuerzas, sino por su gracia, para participar con mayor profundidad en el misterio pascual.

Este patrón bíblico alcanza su **plenitud y sentido definitivo en la persona de Jesucristo**. Antes de iniciar su ministerio público, el Hijo encarnado es conducido por el Espíritu al desierto para ayunar cuarenta días y ser tentado por el adversario (Mt 4:1–11), asumiendo en sí mismo la historia de Israel y recapitulando la experiencia humana desde la obediencia perfecta. Allí donde Adán cedió y donde el pueblo antiguo vaciló, Cristo permanece fiel, mostrando que el tiempo de prueba, vivido en comunión con el Padre, no desemboca en derrota sino en victoria redentora. Este mismo patrón de cuarenta reaparece después de la Resurrección, cuando el Señor resucitado se manifiesta a sus discípulos durante cuarenta días, instruyéndolos en las cosas del Reino antes de su Ascensión (Hch 1:3). Así, tanto el comienzo como la culminación de la obra visible de Cristo están enmarcados por este tiempo sagrado de preparación y tránsito, **del desierto al ministerio, y de la Resurrección a la glorificación**. A la luz de este doble movimiento, la Cuaresma no se reduce a una imitación moral del ayuno de Jesús, sino que se convierte en una **participación litúrgica en el camino pascual del Hijo**, por el cual la Iglesia es formada, purificada y enviada, aprendiendo a pasar, con Él, de la prueba a la vida nueva y de la obediencia sufriente a la gloria compartida.

Para comprender con mayor profundidad la sabiduría pastoral de la Iglesia al establecer la Cuaresma como tiempo de preparación, es necesario atender al significado bíblico y teológico del número cuarenta. Lejos de ser un dato arbitrario, este número recorre la Escritura como un marco divinamente dispuesto para la prueba, la purificación y la espera confiada de una nueva intervención salvífica de Dios. A continuación, se presenta una tabla que sintetiza este rico simbolismo y ayuda a iluminar el sentido espiritual y litúrgico del tiempo cuaresmal.

Caso bíblico	Texto(s)	Contexto	Sentido teológico del número 40

El Diluvio	Gn 7:4,12	Juicio y purificación del mundo	Purificación radical y nuevo comienzo por iniciativa divina.
Moisés en el Sinaí	Ex 24:18; 34:28; Dt 9:9-18	Revelación y renovación del pacto.	Preparación espiritual para recibir y restaurar la Ley.
Israel en el desierto	Nm 14:33-34; Dt 8:2	Formación del pueblo.	Disciplina pedagógica y dependencia de Dios, ¡No sólo de pan vive el hombre!
Exploración de Canaán	Nm 13:25	Prueba de fe.	Tiempo dado para discernir la importancia de la obediencia frente a las terribles consecuencias de la incredulidad.
Períodos de jueces: Otoniel, Aod, Débora, opresión filistea durante cuarenta años.	Jc 3:11; 3:30; 5:31; 13:1.	Ciclos de opresión y descanso	Plenitud del juicio y de la misericordia.
Goliath	1 S 17:16	Desafío prolongado	Prueba colectiva que exige fe confiada ante el temor.
Reinos de Israel: Saúl, David y Salomón.	1 Samuel 13:1; Hechos 13:21. 2 Samuel 5:4; 1 Reyes 2:11. 1 Reyes 11:42	Ciclos de 40 años durante los tres primeros reinados.	Plenitud generacional del reinado.

Elías hacia Horeb	1 R 19:8	Crisis profética	Purificación interior y renovación vocacional.
Nínive	Jon 3:4	Llamado al arrepentimiento.	Misericordia ofrecida antes del juicio.
Ezequiel	Ez 4:6; 29:11–13	Juicio simbólico	Expiación y restauración futura.
Jesús en el desierto	Mt 4:1–11	Tentación mesiánica	Cristo asume y redime toda prueba humana.
Resurrección a Ascensión	Hch 1:3	Formación apostólica	Transición pascual hacia la misión de la Iglesia.

Así, en el conjunto de la Sagrada Escritura, el número cuarenta emerge como un signo constante de **prueba, purificación y preparación para una intervención decisiva de Dios**, nunca como un fin en sí mismo, sino como un tiempo delimitado en el que el Señor forma, corrige y dispone a su pueblo para una realidad nueva. Los cuarenta días del diluvio, los cuarenta años del éxodo, los cuarenta días de Moisés y de Elías en la montaña, y los cuarenta días del ayuno de Cristo en el desierto revelan una misma pedagogía divina: **Dios conduce a la vida a través del juicio misericordioso, de la espera obediente y de la renuncia confiada**. En clave litúrgica, la Cuaresma asume plenamente este simbolismo bíblico al constituirse como un tiempo eclesial de conversión y maduración espiritual, en el que la Iglesia, peregrina aún en el desierto de este mundo, es llamada a dejar atrás la superficialidad, a reconocer su indigencia y a ser configurada con Cristo antes de participar de la plenitud pascual. Así, el cuarenta cuaresmal no es mera conmemoración histórica, sino participación santificadora en el mismo proceso de muerte y renovación que atraviesa toda la historia de la salvación y culmina en la Resurrección del Señor.

También debemos tener presente que la Cuaresma se presenta, en la sabiduría de la Iglesia, como un tiempo especialmente propicio para la muerte gradual del “hombre viejo” y el fortalecimiento del “hombre nuevo” en Cristo, no mediante esfuerzos aislados, sino a través de una disciplina espiritual integral y ordenada por

la gracia. La renuncia cuaresmal no busca una mortificación estéril ni un ascetismo desmedido, sino el desarraigo consciente de aquellos hábitos pecaminosos que deforman el corazón y oscurecen la comunión con Dios; al mismo tiempo, este vaciamiento interior crea el espacio necesario para el cultivo de hábitos piadosos que orientan toda la vida hacia el amor. En este contexto, el ayuno ocupa un lugar central como **ejercicio saludable del dominio propio**, al moderar los apetitos del cuerpo, educa el deseo del alma, hace al creyente más atento a la Palabra y lo dispone a la compasión por los necesitados. Junto a él, la oración vuelve el corazón dócil a la voluntad divina; la limosna libera del apego egoísta y restituye al prójimo su lugar en la economía del Reino; y las buenas obras, lejos de ser un medio de justificación, se convierten en el fruto visible de una fe viva y obediente. Así entendida, la Cuaresma no es un paréntesis ascético, sino una auténtica escuela de conversión en la que el creyente aprende a morir para vivir, a renunciar para recibir y a caminar, con Cristo, desde la purificación del corazón hacia la alegría pascual.

La Cuaresma se inicia solemnemente en el Miércoles de Ceniza, cuyo origen se remonta a las prácticas penitenciales de la Iglesia antigua y que, con el paso del tiempo, se consolidó como el umbral litúrgico de este tiempo santo. Desde la Sagrada Escritura, la ceniza aparece como un signo elocuente de arrepentimiento, humildad y reconocimiento de la propia fragilidad ante Dios. El Antiguo Testamento testimonia cómo el pueblo y los justos expresaban su conversión interior sentándose en ceniza o cubriéndose con ella, como ocurre en la confesión penitencial de Job (Job 42:6), en la proclamación de ayuno en Nínive (Jon 3:6) o en la súplica de Daniel en favor de Israel (Dn 9:3). **La Iglesia primitiva asumió este lenguaje simbólico en los ritos públicos de penitencia, de modo que quienes habían caído en pecados graves iniciaban su camino de reconciliación recibiendo la ceniza como signo de mortalidad y deseo de retorno al Señor.** A partir de los siglos VI al X, esta práctica se extendió a toda la comunidad cristiana, transformándose en un gesto eclesial común que expresa la condición penitente de todo el pueblo de Dios. Así, el Miércoles de Ceniza llegó a articular de manera inseparable la verdad antropológica de la fragilidad humana —recordada en la sentencia “polvo eres y al polvo volverás” (Gn 3:19)— y el llamado profético a la conversión del corazón proclamado por Joel, “Convertíos a mí de todo vuestro corazón” (Joel 2:12). En la tradición anglicana, este día inaugura la Cuaresma como un tiempo de gracia en el que la Iglesia, reunida en arrepentimiento y esperanza, confiesa su pecado, recibe el perdón en Cristo y se dispone a caminar hacia la Pascua.

Esta apertura cuaresmal se comprende, en la tradición anglicana, dentro de una pedagogía profundamente bíblica y espiritual. La referencia a la ceniza no implica necesariamente su imposición ritual, sino su evocación consciente como signo elocuente de humildad, arrepentimiento y de la fragilidad inherente a la condición humana. No se trata de un símbolo vacío, sino de una proclamación sobria y veraz de lo que la Escritura afirma desde sus primeras páginas, **el ser humano es**

criatura, limitado y radicalmente necesitado de redención. La admonición litúrgica —*Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*— no pretende humillar, sino despertar, confrontando al creyente con una realidad que la cultura moderna suele ocultar, pero que constituye el punto de partida de toda conversión auténtica. Este reconocimiento, lejos de conducir a la desesperanza, abre el corazón a la acción sanadora de la gracia. La ceniza, así comprendida, señala precisamente el lugar donde Dios se inclina con misericordia, pues, como enseña san León Magno, **“el reconocimiento humilde de la condición humana es el comienzo de la restauración”** (*Sermo* 39). De este modo, el Miércoles de Ceniza inaugura la Cuaresma no como un tiempo de condena, sino como una silenciosa y profunda proclamación del Evangelio, **Dios sale al encuentro de quienes reconocen su pobreza y se vuelven a Él con un corazón contrito y confiado.**

Así, es necesario enfatizar que la Cuaresma se presenta, en la comprensión anglicana, como un tiempo de arrepentimiento continuo, no porque la obra redentora de Cristo sea incompleta o deba ser suplementada, sino porque el creyente vive todavía en la tensión real entre la justificación ya recibida por la fe y la santificación que se despliega progresivamente en la vida concreta. Este carácter dinámico del arrepentimiento es subrayado con claridad por el *Segundo Libro de Homilias*, que rechaza toda reducción externa o meramente ascética del ayuno, afirmando que el ayuno auténtico no consiste en abstenerse de alimentos mientras se persevera en el pecado, sino en una conversión integral del ser humano: “El verdadero ayuno consiste en abstenerse del pecado y volverse hacia Dios con el corazón y con las obras” (*Una homilía sobre el ayuno*). En esta misma línea, la enseñanza patristica refuerza la inseparabilidad entre disciplina corporal y transformación moral. San Juan Crisóstomo afirma con agudeza que “no ayuna quien se abstiene de pan, sino quien se aparta de la injusticia” (*Homiliae in Matthaeum*, LVII), recordando que la mortificación del cuerpo carece de sentido si no va acompañada de la renuncia al mal y de la práctica de la justicia. Así entendida, la Cuaresma no es un ejercicio corporal aislado ni una observancia ritual vacía, sino un proceso de reforma espiritual que alcanza la mente, purifica la voluntad y ordena las obras, disponiendo al creyente para vivir más plenamente conforme a la gracia que ya le ha sido otorgada en Cristo.

En coherencia con la teología reformada que la configura, la Iglesia Anglicana ha sostenido con firmeza que las disciplinas cuaresmales no generan justicia delante de Dios ni añaden mérito alguno a la obra perfecta de Cristo. Su función no es causal, sino reveladora y formativa. Estas prácticas actúan como instrumentos diagnósticos que, a la luz de la Palabra y bajo la acción del Espíritu Santo, ponen al descubierto la verdadera condición del corazón humano. El ayuno revela aquello de lo que dependemos para sostenernos; la oración manifiesta tanto nuestra confianza real en Dios como nuestras resistencias a someternos a su voluntad; y la limosna expone con claridad nuestras seguridades, idolatrías y apegos. Lejos de ser ejercicios de autosuficiencia espiritual, estas disciplinas desenmascaran nuestras fragilidades y

nos conducen a una confesión más honesta de nuestra necesidad de gracia. Así, la Cuaresma se convierte en un espacio de verdad, donde el creyente no se presenta ante Dios con logros que exhibir, sino con un corazón abierto que reconoce su pobreza espiritual y se deja reformar por la obra santificadora del Espíritu.

Como enseña san Basilio el Grande, “el ayuno es un espejo del alma” (*Homilía de jejunio*), porque al restringir voluntariamente lo que es lícito y necesario, el ser humano queda expuesto ante sí mismo y ante Dios. Al privarnos de bienes legítimos—como el alimento, el descanso o ciertas comodidades— se revelan con claridad los movimientos ocultos del corazón, **la impaciencia, la autosuficiencia, el apego desordenado y la dificultad para confiar plenamente en la providencia divina**. El ayuno, en este sentido, no crea el mal interior, sino que lo saca a la luz, mostrando cuán fácilmente el alma se inclina a buscar seguridad en lo creado antes que en el Creador. Sin embargo, esta revelación no tiene por finalidad la autoacusación estéril ni la tristeza sin esperanza, sino una conversión más profunda y humilde. Al vernos con mayor verdad, somos conducidos a una confianza renovada en la gracia que sostiene, sana y ordena, reconociendo que solo Dios puede saciar el hambre última del corazón y restituir al alma su verdadera libertad.

Los domingos cuaresmales, según el orden clásico del *Libro de Oración Común*, conducen a la Iglesia por un itinerario espiritual cuidadosamente dispuesto que educa al creyente no en un ascetismo moralista, sino en una comprensión cada vez más profunda del misterio de Cristo. En la Primera Dominica, la mirada se fija en el Señor tentado en el desierto (Mt 4:1–11), donde la Iglesia aprende que la vida cristiana se sostiene no en la autosuficiencia, sino en la obediencia confiada a la Palabra. La Segunda Dominica desplaza el acento hacia la santificación como vocación, llamando a vivir en pureza y a perseverar en una fe que clama por misericordia aun en medio del silencio y la prueba (1 Ts 4:1–8; Mt 15:21–28). En la Tercera Dominica, el Evangelio confronta al creyente con la necesidad de una conversión real y visible, el paso de las tinieblas a la luz, de la duplicidad interior a la libertad que brota de la verdad (Ef 5:1–14; Lc 11:14–28). Finalmente, la Cuarta Dominica eleva la mirada hacia la promesa, la libertad de los hijos de Dios y la provisión abundante de Cristo que alimenta a su pueblo en el desierto, anticipando la alegría pascual (Ga 4:21–31; Jn 6:1–14). Así, las lecturas cuaresmales no proponen un rigor ascético aislado, sino una catequesis pascual integral, en la que la Iglesia es guiada desde la prueba hasta la iluminación, desde la exhortación moral hasta la certeza de la victoria de Cristo sobre el pecado, la carne y el enemigo, en preparación para la gloria de la Resurrección.

Así, la Iglesia aprende que el arrepentimiento no es un episodio aislado ni una reacción ocasional ante el pecado, sino una forma de vida configurada por la gracia. El arrepentimiento genuino nace de la verdad, se expresa en humildad real y se sostiene en una entrega renovada a Dios. No consiste en una autohumillación teatral y estéril ni en un repliegue culpable sobre uno mismo, sino en una apertura

constante del corazón a la misericordia que sana y transforma. La verdadera humildad cristiana no se complace en la propia miseria, sino que reconoce con sobriedad la dependencia radical del Señor y, precisamente por ello, se abandona con confianza a su fidelidad. De este modo, la vida consagrada —lejos de ser una perfección alcanzada— se revela como un caminar diario en conversión, en el que la mente es renovada, la voluntad es conformada y las obras son ordenadas al amor. Vivir arrepentidos es, entonces, vivir vueltos hacia Dios, disponibles a su corrección, atentos a su voz y dispuestos a ofrecer toda la existencia como sacrificio vivo, santo y agradable, sostenidos no por la constancia humana, sino por la paciencia infinita del Padre que no se cansa de restaurar a su pueblo.

La liturgia cuaresmal anglicana no deja al creyente sin guía ni lo abandona a un esfuerzo devocional desordenado. Los cuatro domingos de Cuaresma constituyen un ejercicio deliberado para la piedad, una pedagogía espiritual que, conforme a la exhortación apostólica, busca “ejercitarse para la piedad” (1 Timoteo 4:7–9), sabiendo que esta “para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente y de la venidera”. Cada domingo despliega, de manera progresiva y orgánica, un aspecto esencial de la vida cristiana, no como simples temas morales, sino como etapas formativas en las que la Iglesia aprende a ordenar sus afectos, a someter su voluntad y a perseverar en la fe. Así, la secuencia dominical no es un recurso didáctico accesorio, sino un entrenamiento espiritual comunitario que dispone al creyente para vivir la penitencia cuaresmal con discernimiento, constancia y esperanza, orientando toda la existencia hacia la comunión con Cristo y la anticipación gozosa de la Pascua.

Así, la Cuaresma, en la tradición anglicana, es comprendida como un camino eclesial guiado por la Palabra, mediante el cual la Iglesia es conducida pedagógicamente hacia el misterio pascual; a continuación, se presenta una tabla que resume este itinerario bíblico.

LA CUARESMA EN LA TRADICIÓN ANGLICANA

Día Litúrgico	Propósito	Lecturas	Enseñanza Teológica	Versículo Clave AT / Epístola	Versículo Clave Evangelio
Miércoles de Ceniza	Inicio del camino penitencial; llamado al arrepentimiento del corazón.	Joel 2:12–17; Mateo 6:16–21	La conversión verdadera es interior y se expresa en	«Convertíos a mí de todo vuestro corazón» (Joel 2:12)	«Vuestro Padre que ve en lo secreto os recompensará» (Mateo 6:18)

			humildad, ayuno y retorno a Dios.		
Primera Domingo a de Cuaresma	Aprender a vivir de la Palabra en medio de la prueba.	2 Corintios 6:1–10; Mateo 4:1–11	Cristo vence la tentación por nosotros y consagra el ayuno como obediencia filial.	«Ahora es el tiempo aceptable» (2 Corintios 6:2).	«No solo de pan vivirá el hombre» (Mateo 4:4).
Segunda Domingo a de Cuaresma	Llamado a la santificación y a la fe perseverante	1 Tesalonicenses 4:1–8; Mateo 15:21–28	La santidad es vocación divina y la fe verdadera persevera clamando por misericordia.	«Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 Tesalonicenses 4:3).	«¡Oh mujer, grande es tu fe!» (Mateo 15:28).
Tercera Domingo a de Cuaresma	Conversión real: pasar de las tinieblas a la luz.	Efesios 5:1–14; Lucas 11:14–28.	La vida cristiana exige abandonar las obras de las tinieblas y vivir como hijos de la luz.	«Levántate de los muertos y te alumbrará Cristo» (Efesios 5:14).	«El que no es conmigo, contra mí es» (Lucas 11:23).
Cuarta Domingo a de	La libertad filial y la provisión	Gálatas 4:21–31; Juan 6:1–14	Los hijos de la promesa viven en	«Para libertad nos hizo libres Cristo»	«Repartió a los que estaban sentados

Cuaresma	abundante de Cristo.		libertad y confían en la suficiencia de Cristo.	(Gálatas 5:1).	cuanto querían» (Juan 6:11).
-----------------	----------------------	--	---	----------------	------------------------------

Conclusión: del desierto a la Pascua

La Santa Cuaresma conduce a la Iglesia, con sabia paciencia, desde la verdad sobre sí misma hasta la verdad sobre Dios. En este tiempo santo, el pueblo cristiano aprende a mirarse a la luz de la Palabra para reconocer su fragilidad, su necesidad constante de conversión y su dependencia absoluta de la gracia; pero, al mismo tiempo, aprende a contemplar con mayor claridad el rostro del Dios que llama, perdona y restaura. No ayunamos para ser aceptados, sino porque ya hemos sido aceptados en el Hijo amado; no nos arrepentimos para mover el corazón de Dios, sino porque Dios, en Cristo, ya se ha inclinado misericordiosamente hacia nosotros. La penitencia cuaresmal no inicia en la exigencia, sino en el don; no brota del temor, sino de la gratitud reverente ante un amor que precede y sostiene toda respuesta humana.

Esta tensión evangélica —tan característica de la tradición anglicana reformada— es expresada con claridad en *Una Homilía sobre el Ayuno*, donde se enseña que las disciplinas cristianas solo son agradables a Dios cuando conducen a una vida renovada en amor, obediencia y caridad, y no cuando se reducen a observancias externas vacías. El ayuno, la oración y la limosna no justifican al creyente ni añaden mérito a la obra perfecta de Cristo; más bien, purifican el corazón para recibir con mayor profundidad los frutos de esa obra ya consumada. Preparada por esta pedagogía de la gracia, la Iglesia puede acompañar a su Señor en el camino hacia Jerusalén, permanecer con Él al pie de la cruz sin escándalo ni huida, y disponerse a recibir, con el corazón limpiado por la verdad, la alegría sobria y gloriosa de la Resurrección.

En esta perspectiva, resuena con particular fuerza la enseñanza de san Agustín: «*El que reconoce su herida ya está cerca del médico*» (Sermones 56). La Cuaresma es precisamente ese tiempo en el que la Iglesia aprende a reconocer su herida no para recrearse en ella o autoflagelarse impiamente, sino para entregarla al único que puede sanarla. Al confesar su pecado, la Iglesia no se define por su miseria, sino por **la fidelidad del Dios que no se cansa de perdonar**. El arrepentimiento cuaresmal no es una negación de la gracia, sino su fruto más verdadero.

Vivida conforme a la Escritura, iluminada por los Padres y reformada por el Evangelio, la Cuaresma recuerda al creyente quién es y a quién pertenece. No

ayunamos para ser amados; ayunamos porque ya lo somos. No nos arrepentimos para obtener perdón; nos arrepentimos porque el perdón ha sido asegurado de una vez para siempre en la sangre del Cordero. Por ello, la Iglesia entra en la Cuaresma no con desesperación, sino con sobriedad y esperanza, consciente de que el camino del desierto no es un fin en sí mismo, sino el sendero que conduce inexorablemente a la Pascua.

Allí, donde el polvo es visitado por la vida nueva y la muerte es vencida desde dentro, el pueblo redimido alza su voz con gozo contenido y fe firme: **Cristo ha vencido, Cristo reina, Cristo volverá.** Así, la Cuaresma no se revela como un tiempo de oscuridad sin salida, sino como el umbral luminoso de la Pascua, donde la Iglesia, purificada por la gracia y sostenida por la promesa, aprende a morir con Cristo para vivir eternamente en Él.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

Amén.

Estacion de Cuaresma

Primer Día de Cuaresma,
comúnmente llamado Miércoles de Ceniza.



Mateo 6:16-21

"Convertíos a mí de todo vuestro corazón"
Devoción para el Primer día de Cuaresma, comúnmente llamado
Miércoles de Ceniza

Oración inicial:

Oh Dios santo y misericordioso, que llamas a tu pueblo desde el polvo hacia la vida, acalla en nosotros toda voz de autosuficiencia y abre nuestros oídos para escuchar tu llamado. Que en este inicio del santo ayuno seamos enseñados por tu Palabra, formados por tu Iglesia y renovados por tu Espíritu; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del Día:

OMNIPOTENTE y Eterno Dios, que no sientes aversión por nada de lo que has creado, y que perdonas a los que con verdadera fe se arrepienten; Crea en nosotros contritos corazones, y concédenos perfecto perdón ¡oh Dios de toda misericordia! a los que lamentamos nuestros pecados y reconocemos nuestra miseria; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Meditación:

La Colecta del Miércoles de Ceniza establece con claridad el tono teológico y espiritual de toda la Cuaresma, **no comienza con una exigencia humana, sino con la revelación del corazón de Dios**. La Iglesia confiesa a un Dios que no aborrece su creación ni se complace en la ruina del pecador, sino que llama con paciencia y misericordia a la conversión para la vida. Esta verdad es proclamada con especial fuerza en Ezequiel 33:11–16, donde el Señor jura por sí mismo que no quiere la muerte del impío, sino que se vuelva de su camino y viva; el arrepentimiento no es presentado como un último recurso desesperado, sino como la vía abierta por la misericordia divina para restaurar al ser humano a la comunión con Dios. En plena consonancia, el apóstol Pedro enseña que el aparente retraso del juicio es expresión de la longanimidad divina, Dios **"no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento"** (2 Pe 3:9). Sobre este fundamento bíblico descansa la enseñanza anglicana expresada en el Artículo XI de los Treinta y Nueve Artículos, que afirma que somos justificados únicamente por la fe en Jesucristo, "no por nuestras propias obras o merecimientos". El arrepentimiento, por tanto, no es la causa de la gracia, sino su fruto; no mueve a Dios a ser misericordioso, sino que brota del hecho de que Dios ya lo es. Así, la Cuaresma se inicia no bajo el peso del temor servil, sino bajo la luz del Evangelio: **el Dios que llama al arrepentimiento es el mismo que promete vida al que se vuelve a Él con fe, porque la justificación y el perdón tienen su fundamento exclusivo en la obra redentora de Cristo (cf. Ro 5:8; Ef 2:8–9).**

La Palabra de Dios nos llama con una fuerza que atraviesa el corazón, “Convertíos a mí de todo vuestro corazón” (Joel 2:12). Este llamado no es una exigencia legalista ni un mandato vacío; nace de la **misericordia infinita de Dios**, que nos invita a reconocer nuestra fragilidad y nuestra inclinación al pecado en todas sus formas, por **acción**, por **omisiones**, o incluso en **pensamientos y deseos** que se alejan de su voluntad. Todos hemos caído, y precisamente ese reconocimiento nos abre al camino de la verdadera conversión. Como recuerda Lamentaciones 3:39-42, “¿Por qué se lamenta el hombre viviente? Lámentese el hombre en su pecado. Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvámonos a Jehová; Levantemos nuestros corazones y manos a Dios en los cielos; nosotros nos hemos rebelado, y fuimos desleales”. El arrepentimiento comienza con esta **humilde mirada a nuestra propia conciencia**, admitiendo nuestra debilidad y buscando la restauración que solo Él puede otorgar.

El profeta Joel nos enseña que la conversión no consiste en gestos externos superficiales, sino en un **cambio interior del corazón** que se expresa en ayuno, llanto y lamento, signos visibles de un corazón quebrantado y sincero. Como afirma *La Homilía sobre el Arrepentimiento*, el verdadero arrepentimiento “no consiste en ceremonias exteriores, sino en un dolor sincero por el pecado unido a una fe viva en la misericordia de Dios”. Este principio encuentra fundamento en la Escritura, la confesión honesta del pecado (Salmo 51:3-4) y la confianza firme en la misericordia divina (1 Juan 1:9) son inseparables. Así, el llamado a la conversión es **total y transformador**, abarcando pensamiento, palabra y acción, y orientando toda nuestra vida hacia Dios. No se trata de temer el castigo, sino de reconocer la verdad de nuestra condición y acoger con esperanza la infinita ternura del Padre, quien nos restaura cuando nos volvemos a Él con corazón contrito y espíritu humilde.

El Evangelio según san Mateo (6:16–21) completa esta enseñanza al situar la práctica del ayuno en el contexto de la relación filial con el Padre. Cristo no rechaza el ayuno; lo **purifica**, señalando que no se trata de gestos externos para obtener reconocimiento humano, sino de un acto interior que **confronta la carne y eleva la mente hacia Dios**. En paralelo, la práctica de la limosna confronta la idolatría de nuestro corazón, evidenciando dónde realmente reside nuestro amor y nuestra seguridad; dar a los necesitados revela la orientación del corazón y purifica la avaricia, mostrando que nuestro verdadero tesoro no está en los bienes materiales sino en Dios mismo (cf. Mateo 6:19–20).

San Agustín sintetiza esta pedagogía espiritual con claridad: “El ayuno limpia el alma, eleva la mente y somete la carne al espíritu” (*De sermone Domini in monte*, 2.16). Con esta afirmación, subraya que el ayuno no es un fin en sí mismo ni un medio de mérito, sino una disciplina que **reorienta los afectos**, educa la voluntad y dispone el corazón a la oración y a la contemplación. Así, el ayuno cuaresmal, iluminado por el Evangelio y conforme a la tradición anglicana, se convierte en un **instrumento**

de transformación integral, disciplina los deseos, purifica la intención, fortalece la mente y dispone a la acción de caridad. Lejos de ser una carga, es una escuela de libertad interior, que ayuda al creyente a desprenderse de lo temporal y a fijar su corazón en el tesoro eterno que solo se encuentra en Dios.

En la confluencia de la Colecta, la Epístola y el Evangelio, la Iglesia percibe un hilo que unifica la liturgia, la conversión como don y tarea, como gracia recibida y vida renovada. La Colecta nos recuerda que es Dios quien inicia la obra en nuestros corazones y nos llama a volver a Él con sinceridad, y **en nuestras súplicas pedimos al Padre que haga fructificar en nosotros el arrepentimiento y la fidelidad**, recordando que “el Señor está cerca de los quebrantados de corazón, y salva a los que están abatidos de espíritu” (Salmo 34:18). Para el Miércoles de Ceniza, la Epístola nos invita a profundizar en esta dinámica a través de la lectura de Joel 2:12-17, en la que el profeta exhorta, “Convertíos a mí de todo vuestro corazón, con ayuno, llanto y lamento”. Esta llamada nos recuerda que la conversión no consiste únicamente en reconocer pasivamente el pecado, sino en una respuesta activa y transformadora que implica el movimiento del corazón, la disposición de la mente y la entrega de la vida. La gracia que Dios nos ofrece nos impulsa a actuar en coherencia con nuestro arrepentimiento, expresando externamente nuestro retorno a Él mediante signos de penitencia como el ayuno y la oración, y, al mismo tiempo, cultivando interiormente un corazón contrito y sincero. El Evangelio completa esta enseñanza al mostrar que nuestra conversión encuentra su modelo en Cristo, quien nos atrae con amor y nos invita a vivir plenamente la filiación divina. Así, la liturgia del Miércoles de Ceniza nos revela que la conversión es un camino doble, un don que Dios concede y una tarea que nos llama a corresponder, transformando la gracia recibida en vida renovada, esperanza viva y obras concretas de amor y fidelidad.

Lectura orante de la Palabra

Joel 2:12–17 nos convoca a todos, ancianos y niños, sacerdotes y laicos, recordándonos que el llamado profético es **un llamado a la conversión de todo el pueblo de Dios**. La conversión no es un acto privado ni aislado, sino eclesial; no se mide solo por la conducta individual, sino por la fidelidad del **cuerpo entero de creyentes**, que camina unido en fragilidad y esperanza. El ayuno proclamado es expresión de una comunidad que reconoce su miseria y se vuelve con humildad al Señor, suplicando su misericordia y renovación. En este clamor resuena la oración de la Iglesia militante, consciente de su debilidad, pero confiada en la ternura del Padre, “Perdona, oh Señor, a tu pueblo”. Cada gesto, cada ayuno y cada súplica se entrelaza, mostrando que la verdadera conversión es un **movimiento comunitario del corazón**, un despertar colectivo que transforma a todos sus miembros y fortalece la unidad de la Iglesia como un solo cuerpo en Cristo.

Mateo 6:16–21. Cristo dirige el corazón del creyente desde lo visible hacia lo eterno, recordándonos que nuestros tesoros no deben acumularse en la tierra, sino en el cielo, donde ni el tiempo ni la corrupción pueden tocarlos (Mateo 6:19-21). El verdadero ayuno se vive ante el Padre que ve en lo secreto, aquel que conoce los anhelos más profundos y las intenciones ocultas del corazón. Allí, en el silencio de la intimidad con Dios, se purifica el alma, se ordenan los deseos y se despierta la libertad interior que solo brota del amor a Dios por encima de todo. Donde está nuestro tesoro, allí se encuentra nuestro corazón; y en la disciplina cuaresmal, no hay mera negación de lo sensible, sino un camino de apertura y entrega, un ascenso del espíritu hacia lo eterno, un acto de amor que transforma la vida desde dentro.

Preguntas para reflexionar:

1. **Desde la Colecta:** ¿Reconozco mi necesidad de que Dios cree en mí un corazón verdaderamente contrito, o confío aún en mis propios esfuerzos espirituales?
2. **Desde la Epístola (Joel):** ¿Vivo el arrepentimiento como una respuesta comunitaria al llamado de Dios, o lo reduzco a una experiencia meramente individual?
3. **Desde el Evangelio (Mateo):** ¿Dónde está verdaderamente mi tesoro, y cómo revelan mis prácticas espirituales la orientación de mi corazón?

Aplicaciones prácticas:

1. **Desde la Colecta:** Comienza cada día de esta Cuaresma con una breve oración de confesión, recordando que el perdón es don de la misericordia divina, no recompensa del esfuerzo humano.
2. **Desde la Epístola:** Vive el ayuno no solo como abstinencia personal, sino como solidaridad con la Iglesia y con los necesitados, intercediendo por el pueblo de Dios y por el mundo.
3. **Desde el Evangelio:** Examina tus prácticas cuaresmales para asegurarte de que conducen a una mayor sencillez, discreción y amor, buscando el agrado del Padre y no la aprobación humana.

Oración final:

Padre misericordioso, tú que llamas a tu pueblo desde el polvo y prometes vida a los que se vuelven a ti, recibe nuestro arrepentimiento, purifica nuestras intenciones y ordena nuestros afectos. Enséñanos a ayunar con verdad, a orar con humildad y a vivir con el corazón puesto en el cielo, no en los tesoros de este mundo. Que,

caminando juntos como Iglesia peregrina, lleguemos a la Pascua renovados por tu gracia, por Jesucristo, quien vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por los siglos de los siglos.

Amén.

**CORAZONES ANCLADOS EN LO ETERNO: PIEDAD SINCERA, AMOR A
DIOS Y TESORO VERDADERO**
***Sermón para el Primer Día de Cuaresma, comúnmente llamado Miércoles
de Ceniza***

“¹⁶ Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. ¹⁷ Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, ¹⁸ para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público. ¹⁹ No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; ²⁰ sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. ²¹ Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.” *Mateo 6:16–21*

“El ayuno limpia el alma, eleva la mente y somete la carne al espíritu”. (San Agustín, De Sermone Domini in Monte, 2.16).

Introducción:

La liturgia del Miércoles de Ceniza nos confronta con nuestra condición humana, somos polvo y al polvo volveremos (Génesis 3:19), recordándonos nuestra fragilidad y dependencia de la gracia divina. Esta estación litúrgica nos introduce a un camino de penitencia, conversión y esperanza, un desierto que conduce a la Pascua, donde la muerte y el pecado son vencidos por la vida de Cristo. En Mateo 6:16–21, Jesús nos enseña acerca del ayuno, purificándolo de toda apariencia y ostentación, y situándolo en el marco de la relación íntima con el Padre. El verdadero ayuno, según Cristo, no es una mera renuncia física, sino un acto que nace de un corazón sincero, un discipulado del deseo y de la voluntad, orientado hacia lo eterno y libre de la hipocresía religiosa. Al practicarlo, el creyente aprende a someter la carne al espíritu, a cultivar la interioridad y la humildad, y a descubrir que la auténtica recompensa no proviene del reconocimiento humano, **sino de la cercanía y aprobación del Padre que ve en lo secreto**. Así, el ayuno cuaresmal se convierte en un instrumento pedagógico de transformación espiritual, capaz de guiar al alma desde la fragilidad del desierto hasta la esperanza y la vida renovada de la Pascua.

Las prácticas cuaresmales —ayuno, oración y limosna— tienen raíces profundas en la Escritura y constituyen instrumentos pedagógicos que orientan al creyente hacia la conversión auténtica y la vida en Dios. En el Antiguo Testamento, profetas como Joel (Joel 2:12-17) convocaron a todo el pueblo a volver al Señor con corazón contrito, demostrando que la conversión no es un acto individual aislado, sino una respuesta comunitaria al amor de Dios. Isaías (Isaías 58:1-12) denunció los ayunos meramente formales, sin justicia ni misericordia, recordando que la verdadera devoción exige transformación moral y afectiva. Los Salmos (Salmo 51; Salmo 34)

proclaman que un corazón quebrantado y humillado es la ofrenda que agrada al Señor más que cualquier ritual exterior. Deuteronomio (Deut 6:5; 10:12) y el Pentateuco en general insisten en que amar a Dios implica toda la mente, todo el corazón y todas las fuerzas, integrando afectos, pensamientos y acciones. Así, las disciplinas cuaresmales no son simples obligaciones, sino **medios de gracia que purifican el corazón, ordenan los deseos y liberan al creyente de la esclavitud del ego y de la idolatría a lo mundano**, preparándolo para la Pascua como un camino de renovación interior y de fidelidad concreta al Reino de Dios.

Mateo 6 no rechaza las prácticas piadosas; más bien, las purifica y eleva, revelando que la verdadera devoción no busca la aprobación de los hombres, sino la complacencia del Padre que ve en lo secreto. En este sentido, la Cuaresma debe ser asumida por el creyente **con conciencia y decisión** como un tiempo de reforma interior, una verdadera pedagogía espiritual que ordena el corazón, purifica los afectos y fortalece la voluntad. Es un llamado a la vigilancia, al discernimiento y a la coherencia entre fe y vida, preparando al alma para **dar la buena batalla de la fe** (1 Timoteo 6:12), enfrentando la tentación, la mediocridad y los ídolos del mundo con disciplina, oración y caridad. Este tiempo cuaresmal, por tanto, no es un mero ejercicio externo, sino un itinerario formativo que conduce desde el desierto de la fragilidad humana hacia el encuentro pascual con Cristo, transformando la fragilidad en fortaleza espiritual, la penitencia en libertad interior y la entrega en fidelidad gozosa al Reino de Dios. Con lo dicho en mente acompáñeme en el estudio de la doctrina de nuestro Señor sobre el ayuno y la riqueza.

1. Corazones sinceros guardados de la hipocresía (Mateo 6:16). ¹⁶ Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa”.

A partir de la expresión del Señor Jesucristo en Mateo 6:16 —“**Cuando ayunéis**”— se revela con claridad que el ayuno no es presentado como una posibilidad opcional, sino como una práctica **presupuesta** en la vida del discípulo. Cristo no dice “si ayunáis”, sino “cuando ayunéis”, dando por sentado que quienes le siguen asumirán esta disciplina como parte normal de su camino espiritual. Esta enseñanza se armoniza con su anuncio profético en Mateo 9:15, cuando declara que llegaría el día en que el Esposo sería quitado y entonces “**ayunarán**” sus discípulos, mostrando que el ayuno pertenece al tiempo de la Iglesia peregrina, que vive en espera, combate y fidelidad en medio de un mundo caído. En un contexto marcado por la lujuria, el desorden de los afectos y del pensamiento, la ansiedad, el ruido interior, la ostentación, la glotonería y la idolatría del placer, el discípulo cristiano está llamado de manera imperativa a **separar tiempo para ayunar** como acto consciente de resistencia espiritual. El ayuno se convierte así en un instrumento de muerte al pecado y a los deseos desordenados de la carne, conforme a la enseñanza apostólica: “si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos

8:13), formando parte del proceso de santificación, glorificación y libertad de los hijos de Dios (Romanos 8:14–21). De este modo, el ayuno no es mera abstinencia alimentaria, sino una disciplina de guerra espiritual, mediante la cual el creyente enfrenta las tentaciones del mundo, se ejercita en el dominio propio, ordena sus afectos, aquietta su interior y fija su mirada y su corazón en Dios, reconociendo que solo en Él se encuentra la verdadera vida, la libertad del alma y la plenitud del ser humano.

Nuestro Señor continúa su exhortación con palabras contundentes y penetrantes: “no seáis austeros, como los hipócritas”. El término griego *hypokritēs*, tomado del ámbito teatral, designaba a quien interpretaba un papel ante el público; al emplearlo, Jesús denuncia la piedad convertida en representación, la religiosidad que actúa para obtener aplauso social. Así, el discípulo no está llamado a asumir el rol de un actor, sino la identidad auténtica de quien vive delante de Dios. Al enseñar sobre el ayuno en Mateo 6:16, Cristo no rechaza ni invalida las prácticas piadosas, sino que las purifica y las orienta hacia su verdadero fin, **la comunión íntima con el Padre**. La advertencia “Cuando ayunéis, no seáis como los hipócritas” confronta al creyente con la tentación constante de convertir la devoción en un medio de reconocimiento humano, subrayando que tal búsqueda obtiene solo una recompensa efímera y superficial, “ya tienen su recompensa”. Aquí se revela la pedagogía cuaresmal como un proceso de formación interior, en el cual la disciplina externa debe brotar de un corazón sincero, libre de pretensión y vanagloria. La tradición patrística confirma esta enseñanza, san Gregorio Magno, en sus *Homilías sobre los Evangelios*, afirma que “el ayuno que agrada a Dios es aquel que purifica al hombre en lo secreto y le hace misericordioso hacia su prójimo”, indicando que la verdadera devoción **no consiste en ostentar rigor ascético, sino en la transformación de la interioridad y en la orientación de los afectos hacia Dios y el bien del prójimo**. Esta misma preocupación por la autenticidad del corazón recorre el Antiguo Testamento, Isaías 29:13 denuncia una religiosidad de labios sin obediencia; Joel 2:12–13 convoca a toda la comunidad a una conversión integral expresada en ayuno, llanto y lamento; y el Salmo 51:17 proclama que el sacrificio aceptable a Dios no es la apariencia externa, sino un espíritu quebrantado y humillado ante Él.

1.1: La admiración de los hombres, una recompensa perecedera.

El corazón humano, marcado por el engaño, la vanidad y el orgullo, se inclina naturalmente a buscar el aplauso del público, el reconocimiento y la exaltación que provienen de los hombres; anhela ser visto y afirmado. Con demasiada facilidad se olvida la verdad fundamental de la vida cristiana: **si agradamos a Dios, pierde importancia a quién desagradamos; pero si desagradamos a Dios, carece de valor a quién logremos agradar (cf. Colosenses 3:23–24)**. Por ello, el ayuno y toda práctica piadosa orientada conforme a la Escritura implican un ejercicio consciente de humildad y una muerte progresiva al orgullo y a la vanagloria. El

término “recompensa” (*misthos*), entendido como pago o salario, revela la gravedad de la advertencia de Jesús, **quienes buscan la admiración humana ya han recibido íntegramente su paga y no pueden esperar nada más.** Tal reconocimiento es pasajero, superficial y carente de peso eterno. Al subrayar el carácter limitado y pueril de esta recompensa, el Señor dirige la mirada del creyente hacia la orientación profunda de su devoción, un corazón que depende de la aprobación social sustituye la libertad interior por la esclavitud de la mirada ajena, debilitando su relación viva con Dios. La pedagogía cuaresmal, al purificar la intención, enseña que la virtud auténtica se cultiva en la discreción y en el secreto del corazón conocido solo por Dios, y no en la exposición pública. De este modo, el ayuno y las demás disciplinas cuaresmales se convierten en instrumentos de autodomínio, vigilancia espiritual y formación ética, preparando al creyente para resistir la tentación y perseverar en la fidelidad cotidiana. El Antiguo Testamento confirma esta orientación sapiencial, Proverbios 27:2 advierte contra la autoexaltación ante los hombres, mientras Eclesiastés 2:1 pone de manifiesto la vanidad de los logros y reconocimientos humanos, recordando que todo lo temporal carece de consistencia frente a la eternidad. Así, la Cuaresma se presenta como un tiempo de purificación interior y conversión deliberada de las intenciones, en el que la humildad y la sinceridad del corazón permiten que las prácticas externas —ayuno, oración y limosna— se conviertan en verdaderos medios de gracia, conduciendo al creyente desde el desierto de su fragilidad al encuentro pascual con Cristo.

Pregunta escudriñadora: ¿Busco yo la aprobación de los hombres o la complacencia de Dios?

Aplicación práctica: Este Miércoles de Ceniza, practica el ayuno en secreto y reflexiona sobre la motivación de tus obras. Haz de cada gesto un acto de amor a Dios y no un medio de reconocimiento social.

2. Un corazón gozoso que busca a Dios (Mateo 6:17-18). ¹⁷ Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, ¹⁸ para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.”

Cristo instruye: **“Mas tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público”.** El uso del imperativo griego *οὐ δὲ νηστεύων* (“pero tú, cuando ayunes”) refuerza el contraste con los hipócritas y deja en claro que el ayuno es una práctica asumida como normal en la vida del discípulo. Con esta exhortación, el Señor eleva el ayuno de un acto meramente ritual a una disciplina espiritual marcada por el gozo interior y la fidelidad silenciosa. Los verbos *ἄλειψαί σου τὴν κεφαλὴν* (“unge tu cabeza”) y *νίψαι σου τὸ πρόσωπον* (“lava tu rostro”) pertenecen al ámbito de la higiene cotidiana y de la celebración, no al del lamento público, indicando que Jesús rechaza

la teatralización de la penitencia como ya hemos indicado anteriormente, **Él enseña que la verdadera piedad no se expresa mediante señales visibles de severidad, sino a través de una transformación interior que solo Dios conoce.** De este modo, la penitencia auténtica no altera deliberadamente la apariencia para atraer miradas, sino que ordena el corazón y disciplina el espíritu en lo secreto.

El énfasis reiterado de Cristo en la expresión *ἐν τῷ κρυπτῷ* ("en lo secreto") revela el ámbito propio de la devoción genuina, **la presencia invisible del Padre que ve, conoce y discierne las intenciones del corazón. Vivir esta enseñanza implica asumir una existencia *coram Deo*,** es decir, delante de Dios y bajo su mirada constante. Esta perspectiva forma el carácter cristiano en la integridad, entendida no como perfección moral, sino como coherencia profunda entre fe y vida, entre convicción interior y conducta visible, aun cuando no hay testigos humanos. El discípulo es llamado a actuar no movido por el reconocimiento social ni por la necesidad de validación externa, sino por la firme resolución de agradar a Dios. Así, el ayuno se convierte en una escuela de libertad interior e integridad, en la que el creyente aprende a obedecer por amor y no por apariencia.

Cuando el Señor promete que el Padre "recompensará", emplea el verbo *ἀποδώσει*, que no sugiere una transacción mercantil, sino una respuesta relacional, **Dios se da a sí mismo como recompensa a quienes le buscan con sinceridad.** Esta enseñanza se sitúa en profunda continuidad con la revelación del Antiguo Testamento, donde el Señor no mira lo externo, sino el corazón (1 Samuel 16:7), se acerca a los quebrantados de espíritu (Salmo 34:18) y recibe como sacrificio agradable al espíritu contrito y humillado (Salmo 51:17). Así, el ayuno cuaresmal, vivido en lo secreto y con gozo sobrio, se revela como una pedagogía espiritual que purifica la intención, fortalece la fidelidad cotidiana y prepara al creyente para caminar con perseverancia desde el desierto de la disciplina hasta el encuentro pascual con Cristo.

2.1: El Padre que recompensa para la vida presente y eterna.

La recompensa que el Señor promete a quienes practican la piedad en lo secreto posee una profundidad que trasciende toda lógica meramente retributiva. Es una recompensa doble, conforme a la economía del Reino, **fortalece al creyente en la vida presente y, al mismo tiempo, anticipa la plenitud futura de la comunión con Dios.** En el tiempo presente, esta recompensa se manifiesta como purificación del corazón, crecimiento en virtud, claridad interior y libertad frente a los afectos desordenados; en la vida venidera, se consuma como participación plena en la vida eterna, donde Dios mismo es el gozo y la herencia del justo. Esta dinámica revela con claridad la pedagogía cuaresmal de la Iglesia: las disciplinas externas no constituyen un fin en sí mismas ni un medio para acumular mérito, sino instrumentos

formativos mediante los cuales la gracia ordena el interior del hombre y configura su vida conforme a la voluntad de Dios.

En este sentido, la enseñanza de san Gregorio Magno ilumina de manera singular las palabras de Cristo. Al comentar el ayuno evangélico, el santo doctor afirma: *"El ayuno verdadero consiste en que el hombre se prive de lo ilícito y se entregue a las obras de misericordia"* (*Homiliae in Evangelia*, Homilía XVI, 5). Con esta afirmación, Gregorio subraya que la abstinencia corporal solo es agradable a Dios cuando va acompañada de una intención recta y de una conversión efectiva del corazón. El ayuno, vivido en discreción y unido a la oración, purifica las motivaciones ocultas, libera al alma de la vanagloria y la dispone a recibir la acción transformadora de la gracia. Dicha gracia actúa de manera integral, **en lo interior, ordena los afectos, fortalece la voluntad y educa el deseo; en lo visible, se manifiesta en una vida virtuosa marcada por la misericordia, la justicia y la fidelidad cotidiana**. Así, la recompensa prometida por el Padre no es un premio externo ni inmediato, sino la obra silenciosa de Dios en el alma ahora, y la plenitud de su presencia en la eternidad, hacia la cual la Cuaresma orienta todo el itinerario espiritual del creyente.

Pregunta escudriñadora: ¿Busco a Dios en secreto o dependo de la mirada de los demás para sentirme espiritual?

Aplicación práctica: Dedicar espacios del día para orar y meditar en secreto, cultivando intimidad con Dios y alegría interior que no depende del reconocimiento humano.

3. La necesidad de un corazón centrado en lo terreno (Mateo 6:19). ¹⁹ No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan".

La enseñanza de nuestro Señor acerca de las riquezas se encuentra en profunda armonía con su doctrina sobre el ayuno. Aunque a primera vista pudiera parecer un cambio temático abrupto, en realidad Jesús conduce la reflexión del discípulo hacia una misma dinámica espiritual expresada en dos direcciones complementarias: **por un lado, la mortificación de los deseos internos desordenados mediante el ayuno; por otro, la renuncia consciente a la codicia exterior mediante la reorientación del propósito de la vida**. En ambos casos, el llamado es a morir a aquello que esclaviza el corazón para vivir en libertad delante de Dios. Así, cuando Cristo exhorta a **"hacerse tesoros en el cielo"**, no propone un desprecio del mundo creado, ni de la ganancia legítima y honesta, sino una ordenación correcta de los afectos, reconociendo que solo lo eterno permanece. De este modo, el Señor confronta simultáneamente la idolatría de la carne, la idolatría de los ojos y la vana gloria de la vida (cf. 1 Juan 2:16), revelando que toda forma de apego desordenado desvía al hombre de su verdadero fin.

Jesús advierte con tono imperativo: “No os hagáis tesoros en la tierra”. El verbo griego *θησαυρίζετε* (atesorar) indica una acumulación deliberada y persistente, no una mera posesión ocasional, y **revela una actitud interior centrada en la seguridad y el significado obtenidos a partir de lo material**. Al mencionar que “la polilla y el orín corrompen” —*σῆς* y *βρῶσις*, términos que evocan tanto la destrucción silenciosa como el desgaste inevitable— y que “ladrones minan y hurtan”, el Señor subraya la fragilidad intrínseca de todo lo terreno. Con ello, Cristo desplaza la mirada del discípulo de la tierra al cielo, de lo transitorio a lo permanente, y reorienta el propósito de la existencia, **las cosas creadas no están destinadas a alimentar el ego ni a sostener la codicia, sino a servir a la vida, al bien del prójimo y, en última instancia, a la gloria de Dios**. Esta misma exhortación resuena en la enseñanza apostólica cuando san Pablo exhorta: “Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Colosenses 3:2), **no como una evasión del mundo, sino como una vida ordenada según la realidad del Reino**.

Desde esta perspectiva, **la pedagogía cuaresmal nos recuerda que los bienes materiales son por naturaleza transitorios y vulnerables, y que depositar en ellos el corazón constituye una necedad espiritual que pone en peligro la verdadera vida del alma**. El discernimiento al que Cristo llama no es ascetismo vacío, sino sabiduría, distinguir entre lo pasajero y lo eterno, entre lo que sirve al Reino y lo que esclaviza el corazón. Así, la Cuaresma se convierte en un tiempo privilegiado para reorientar los afectos hacia Dios, aprender a usar los bienes sin absolutizarlos y redescubrir que solo aquello que se ofrece en amor y obediencia a Dios adquiere valor imperecedero.

3.1. Frente a las riquezas de este mundo, el creyente debe grabar en su mente y en su corazón que nada ha traído y nada llevará consigo.

La Escritura exhorta al creyente a vivir frente a los bienes de este mundo con sobriedad, lucidez espiritual y santo desapego. Quien teme a Dios aprende a sostener las realidades temporales con mano suelta, consciente de su carácter transitorio. Job proclama con claridad, “Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá” (Job 1:21), afirmación que revela no solo la fragilidad de la condición humana, sino también la verdad fundamental de que nada poseemos en sentido absoluto. En la misma línea, Deuteronomio 8:17–18 advierte contra la ilusión de autosuficiencia, recordando que todo bien procede de Dios y que es Él quien concede la capacidad de adquirirlo. Estas enseñanzas sostienen la pedagogía cuaresmal como un tiempo propicio para desapegarse de lo perecedero y reordenar el corazón hacia lo que permanece en Dios. En este contexto, el ayuno, la limosna y la oración se revelan como **instrumentos espirituales de desprendimiento, disciplinan los deseos, liberan al corazón de la avaricia y entrenan la voluntad en la búsqueda del tesoro celestial**.

El discípulo cristiano debe reconocer, además, que su combate espiritual se despliega en dos frentes íntimamente relacionados. Por un lado, la lucha contra el orgullo y la vanagloria, que buscan erigir al propio ego como un ídolo, en abierta contradicción con el primer mandamiento: **"No tendrás dioses ajenos delante de mí"**. Por otro, la lucha contra la codicia, denunciada al cierre del Decálogo, que revela la inclinación del corazón humano a absolutizar las realidades creadas y a aferrarse a ellas como fuente de seguridad y sentido. En ambos casos, el Señor conduce al creyente a un mismo discernimiento, **toda forma de idolatría —sea del yo o de lo material— esclaviza el alma y oscurece la verdadera libertad**. La pedagogía cuaresmal, entonces, no es simple ejercicio ascético, sino una invitación a la liberación interior, que solo se alcanza cuando el hombre aprende a adorar y servir exclusivamente a su Señor y Creador, encontrando en Él el único bien que no pasa.

Pregunta escudriñadora: ¿Dónde deposito mis esfuerzos y afectos, en lo que pasa o en lo que permanece con Dios?

Aplicación práctica: Haz un inventario espiritual y material. Identifica lo que esclaviza tu corazón y entrégalo a Dios mediante limosna, ayuno o renuncia consciente.

4. Un corazón sabio que edifica para la eternidad (Mateo 6:20-21). ²⁰ sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. ²¹ Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón".

Después de denunciar la necesidad de aferrarse a lo perecedero, nuestro Señor presenta una alternativa clara, positiva y exigente: *"haceos tesoros en el cielo"*. El verbo griego **θησαυρίζετε** (*thēsaurízete*) se encuentra en **imperativo presente**, indicando una acción continua, deliberada y perseverante. No se trata de un gesto ocasional ni de una acumulación fortuita, sino de una orientación habitual de la vida. Cristo no condena la provisión ni el uso responsable de los bienes, sino la absolutización de lo temporal como fin último. El contraste entre la tierra y el cielo no es meramente espacial, sino teológico, lo terrenal está marcado por la corrupción (*σῆς*—polilla— y *βρῶσις*—corrosión, deterioro—), mientras que lo celestial participa de la incorruptibilidad que procede de Dios mismo.

La sabiduría bíblica consiste precisamente en este discernimiento entre lo pasajero y lo permanente. El Antiguo Testamento anticipa esta enseñanza al afirmar que solo Dios es la porción verdadera del justo (Salmo 16:5; 73:25–26) y que **la riqueza que procede del temor del Señor es la única que no añade tristeza (Proverbios 10:22)**. Así, la pedagogía cuaresmal encuentra aquí uno de sus ejes fundamentales, **reordenar los afectos para que el corazón aprenda a valorar aquello que permanece ante Dios**. La Cuaresma se convierte, entonces, en un

tiempo privilegiado para cultivar bienes espirituales —caridad, fidelidad, misericordia, obediencia— que, aunque invisibles a los ojos del mundo, constituyen el verdadero tesoro que ningún poder puede arrebatarse.

Cristo exhorta al creyente a edificar conscientemente una herencia eterna mediante una vida fundada en la adoración sincera, el servicio desinteresado y la obediencia amorosa al Evangelio. El ayuno, la oración y la limosna no son fines en sí mismos, sino expresiones concretas de un corazón purificado del orgullo y de la codicia, y ordenado según la ley del amor. En esta lógica del Reino, toda buena obra adquiere su valor no por su visibilidad, sino por su orientación, **hecha para la gloria de Dios y para el bien del prójimo**, en quien el discípulo aprende a reconocer el rostro de Cristo mismo (cf. Levítico 19:18; Proverbios 19:17). Así, la edificación del tesoro celestial no es evasión del mundo, sino una forma santa de habitarlo como embajadores del Reino.

4.1. Tu corazón evidencia quién es en verdad tu Dios

El Señor concluye esta enseñanza con una afirmación de profundo alcance antropológico y espiritual: *"Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón"*. El término griego **καρδία** (*kardía*) designa en la Escritura no solo el ámbito emocional, sino el centro integral de la persona, **la sede de la voluntad, del entendimiento, de los deseos y de las decisiones morales**. Jesús no dice que el tesoro sigue al corazón, sino que el corazón sigue al tesoro, revelando que aquello que el hombre valora y prioriza termina por gobernar su interioridad y orientar toda su existencia.

Esta comprensión es plenamente coherente con la revelación veterotestamentaria. Deuteronomio 6:5 establece que amar a Dios implica la totalidad del ser —corazón, alma y fuerzas—, mientras que Miqueas 6:8 vincula la fidelidad a Dios con una vida concreta de justicia, misericordia y humildad. **El corazón, en la Biblia, es el lugar donde se decide la alianza o la idolatría (Jeremías 17:9–10; Proverbios 4:23)**. Por ello, la práctica cuaresmal no apunta a una fragmentación de la vida espiritual, sino a la formación de una unidad interior donde pensamiento, afectos y acciones convergen en la obediencia amorosa a Dios.

San Agustín expresó esta verdad con precisión al afirmar que el hombre es definido por aquello que ama (*Confesiones*, XIII, 9), pues el amor revela el centro real de la existencia. Si el tesoro del corazón son las riquezas, el poder o la aprobación humana, la vida quedará inevitablemente marcada por la ansiedad, la posesividad y el egoísmo. Pero si el tesoro es Dios y su Reino, el corazón aprende la libertad, la paz y el gozo que nacen de la dependencia filial. La sentencia de Cristo se convierte así en una pregunta inevitable para el creyente en Cuaresma: ¿dónde está realmente mi tesoro?, ¿qué gobierna mis decisiones, mis afectos y mis prioridades?

Esta interpelación no busca condenar, sino conducir a una conversión genuina. La pedagogía cuaresmal invita a someter el corazón a la luz de Dios para que Él lo purifique, lo reoriente y lo renueve, cumpliendo la promesa anunciada por los profetas, **un corazón nuevo y un espíritu recto (Ezequiel 36:26)**. Solo desde esta transformación interior el creyente puede edificar para la eternidad y caminar, desde el desierto de la fragilidad humana, hacia la plenitud pascual en Cristo.

Pregunta escudriñadora: ¿Dónde reside mi tesoro y, por tanto, mi corazón?

Aplicación práctica: Comprométete a cultivar bienes espirituales durante la Cuaresma: actos de caridad, oración y fidelidad a la comunidad de la Iglesia, evidenciando que tu tesoro está en Cristo y en la Iglesia.

Conclusión:

La enseñanza de nuestro Señor en Mateo 6:16–21, proclamada en el umbral de la Cuaresma, no debe ser entendida como un simple conjunto de prescripciones ascéticas, sino como una **pedagogía divina de conversión** que busca reordenar el corazón y orientar la vida entera hacia Dios. Cristo no rechaza las prácticas piadosas heredadas de la tradición bíblica; antes bien, las **purifica, las interioriza y las reconduce a su verdadero fin**, liberándolas de la hipocresía y del afán de reconocimiento humano. El ayuno, la oración y la limosna solo alcanzan su plenitud cuando brotan de un corazón sincero, humilde y reconciliado, que vive *coram Deo*, consciente de la mirada amorosa del Padre que ve en lo secreto y que recompensa no según la apariencia, sino conforme a la verdad interior.

En este horizonte, la recompensa prometida por Jesús se revela como profundamente evangélica, es **doble y una**, pues fortalece al creyente en la vida presente mediante la gracia que ordena los afectos y sostiene la fidelidad, y culmina en la comunión eterna con Dios, donde el tesoro ya no puede corromperse ni perderse. Así, la Cuaresma, iluminada por el testimonio del Antiguo Testamento — desde el llamado profético a la conversión sincera hasta la sabiduría que denuncia la vanidad de lo pasajero—, nos recuerda que la conversión es al mismo tiempo **don gratuito de Dios y respuesta responsable del ser humano**. Es un camino de desierto, de despojo y de verdad, en el que la fragilidad es confrontada y el corazón es renovado, para ser conducido a la Pascua, donde la muerte da paso a la vida y la penitencia se transfigura en gozo.

Vivida en comunión, la Cuaresma no es una experiencia individualista, sino un ejercicio eclesial, **la Iglesia, como un solo cuerpo, aprende a discernir dónde deposita su tesoro y hacia dónde se orienta su deseo**. En este tiempo santo, somos llamados a examinar con honestidad nuestra existencia: ¿qué ocupa el centro de nuestro corazón?, ¿qué amamos verdaderamente?, ¿qué tesoro guía nuestras decisiones y configura nuestra esperanza? Que esta estación sagrada sea para

nosotros un tiempo de **reordenamiento interior**, de renovada docilidad a la gracia y de fidelidad perseverante al Dios que, en su misericordia, nos llama una y otra vez del desierto de la autosuficiencia al gozo pascual de la vida nueva en Cristo.

Gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

Amén.

Estación de Cuaresma

Primera Dominica de Cuaresma.



Mateo 4:1-11

"Guiados por el Espíritu en el Desierto: Llamados a una Obediencia Santa"

Devoción para la Primera Dominica de Cuaresma

Oración Inicial:

Dios eterno y misericordioso, que llamas a tu pueblo a salir del ruido del mundo para entrar en el silencio santo del desierto, purifica nuestros corazones por tu Espíritu, ilumina nuestras mentes por tu Palabra, y ordena nuestras voluntades conforme a tu santa ley, para que en este tiempo de cuaresma aprendamos a caminar en obediencia, a resistir al maligno y a vivir para la gloria de tu Nombre; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La Colecta del Día:

OH Señor, que por amor nuestro ayunaste cuarenta días y cuarenta noches; Concédenos que vivamos con tal abstinencia, que, estando nuestra carne sujeta al Espíritu, obedezcamos siempre tus divinas inspiraciones en verdadera justicia y santidad, para honra y gloria tuya, que siendo un solo Dios con el Padre y el Espíritu Santo, vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Meditación:

La Colecta de esta Primera Dominica de Cuaresma nos introduce con sobriedad reverente y profundidad teológica en el misterio del ayuno de nuestro Señor Jesucristo. No se trata de una práctica ascética simplemente ejemplar ni de un ejercicio espiritual aislado, sino de un acto redentor realizado *"por amor nuestro"*, expresión que sitúa el ayuno de Cristo dentro de la economía de la salvación. En continuidad orgánica con el Antiguo Testamento, los cuarenta días y cuarenta noches evocan momentos decisivos en la historia del pueblo de Dios, el ayuno de Moisés en el Sinaí al recibir la Ley (Éxodo 34:28), la prolongada prueba de Israel en el desierto como escuela de dependencia y obediencia (Deuteronomio 8:2-3), y la travesía de Elías hacia el Horeb, sostenido únicamente por la provisión divina (1 Reyes 19:8). En todos estos episodios, el desierto es lugar de prueba, purificación y revelación. Cristo no solo rememora esta historia, sino que la recapitula y la cumple plenamente, **Él es el verdadero Israel que no murmura, el profeta definitivo que no desfallece y el nuevo Adán que permanece fiel donde el primero cayó.**

La súplica central de la Colecta —*"que, estando nuestra carne sujeta al Espíritu, obedezcamos siempre tus divinas inspiraciones"*— encuentra un eco directo y profundo en la Epístola del día. San Pablo proclama con urgencia escatológica, *"Ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación"* (2 Corintios 6:2). Esta afirmación no es meramente cronológica, sino teológica, **el tiempo de la gracia exige una respuesta concreta de obediencia perseverante.** El Apóstol

exhorta a no recibir la gracia de Dios en vano, es decir, a no permitir que el don divino quede sin fruto en una vida inconsecuente. Por ello describe una existencia marcada por aflicciones, privaciones y contradicciones, vividas no como derrota, sino como participación en la obediencia sufriente del Hijo. Esta vida cruciforme refleja la disposición interior de Cristo, **quien no evitó el sufrimiento ni buscó caminos alternativos a la voluntad del Padre, sino que abrazó la obediencia perfecta como expresión suprema del amor filial.**

El Evangelio nos muestra con claridad cómo esta obediencia se encarna histórica y concretamente. Jesús es llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado, no por debilidad, sino por designio divino. Allí, en el ámbito simbólico del desierto —lugar de prueba y revelación desde el Éxodo— se manifiesta la fidelidad perfecta del Hijo. **Donde Israel, liberado de Egipto, sucumbió a la murmuración y la incredulidad, Cristo permanece confiado en la Palabra del Padre; donde Adán desobedeció en medio de la abundancia, Cristo vence en la escasez y el hambre.** Así, la Colecta, la Epístola y el Evangelio convergen en una enseñanza unitaria, la verdadera justicia y santidad no proceden del esfuerzo humano autónomo ni de una disciplina meramente exterior, sino de una vida plenamente sometida al Espíritu, nutrida por la Palabra de Dios y ordenada íntegramente a su gloria.

Esta doctrina se halla en plena consonancia con la enseñanza oficial del anglicanismo. El **Artículo X de los Treinta y Nueve Artículos de la Religión Cristiana**, "*Del Libre Albedrío*", afirma que el ser humano, a causa de la caída, no puede por sus propias fuerzas volverse a Dios ni prepararse para la fe sin la gracia preveniente: "*La condición del hombre después de la caída de Adán es tal, que no puede volverse ni prepararse por su propia fuerza y buenas obras para la fe y la invocación de Dios*". De igual modo, el **Artículo XI**, "*De la Justificación del Hombre*", enseña que somos justificados únicamente por la fe en Cristo, no por méritos propios, pero que esta fe viva y verdadera produce necesariamente frutos de obediencia. El **Primer Libro de Homilías**, particularmente en la *Homilía de la Salvación*, insiste en que las buenas obras no son la causa de la justificación, pero sí su consecuencia inevitable, como testimonio visible de una gracia eficazmente recibida.

En este mismo horizonte teológico se sitúa la enseñanza de san Agustín, quien afirma: "*Cristo ayunó para que el cristiano aprendiera que no vive para el cuerpo, sino para Dios*" (Sermón 210). El Obispo de Hipona no presenta el ayuno como un fin en sí mismo, sino como una pedagogía espiritual que ordena los afectos del creyente. Al ayunar, Cristo enseña que la vida humana alcanza su verdadera orientación cuando el cuerpo se somete al gobierno del Espíritu y toda la existencia se dirige hacia Dios como su fin último. De este modo, la Cuaresma no se comprende como una carga legalista ni como una mortificación estéril, sino como una escuela

de libertad espiritual, en la que el creyente aprende a vivir no dominado por los deseos, sino sostenido por la gracia que conduce a la vida eterna.

Lectura Orante de la Palabra:

Epístola: 2 Corintios 6:1–10

Al escuchar esta exhortación apostólica, somos llamados a contemplar el ministerio cristiano como participación en la vida misma de Cristo. Pablo describe una existencia marcada por aflicciones y debilidades, pero también por la gracia poderosa de Dios que obra en medio de ellas. Esta tensión recuerda la experiencia del pueblo de Israel, sostenido por Dios en el desierto, y nos enseña que la fidelidad no se mide por la ausencia de pruebas, sino por la perseverancia en medio de ellas. Aquí aprendemos que la abstinencia cuaresmal no es solo corporal, sino espiritual, **es aprender a vivir desapegados del mundo, ricos en fe aun cuando somos pobres, entristecidos, pero siempre gozosos, muriendo cada día y, sin embargo, viviendo en Cristo.**

Evangelio: Mateo 4:1–11

En el relato de las tentaciones, contemplamos al Hijo obediente que responde al tentador únicamente con la Escritura. Cada respuesta remite al Deuteronomio, al tiempo del desierto, mostrando que Cristo vive en perfecta continuidad con la revelación antigua. **Él no busca gloria inmediata, ni poder, ni seguridad fuera de la voluntad del Padre.** Así nos enseña que la victoria espiritual se alcanza no evitando el desierto, sino permaneciendo fieles en él.

El **Segundo Libro de Homilías**, en la **Homilía sobre el Ayuno**, enseña con notable claridad que el ayuno cristiano no se reduce a la mera abstinencia corporal, sino que tiene como fin la transformación integral de la vida conforme a la voluntad de Dios. Allí se afirma expresamente: *"El verdadero ayuno es no solo abstenerse de la comida, sino apartarse de toda maldad, refrenar la ira, dominar las pasiones, huir del pecado y ejercitarse en obras de misericordia"* (*Second Book of Homilies, Homily of Fasting*). Esta enseñanza subraya que el ayuno auténtico es inseparable de la obediencia a Dios, de la caridad activa hacia el prójimo y de la mortificación real del pecado en todas sus formas. En este sentido, el ayuno no es un fin en sí mismo, ni un medio para adquirir mérito delante de Dios, sino una disciplina espiritual ordenada a disponer el corazón para una vida santa. **Cristo mismo es el modelo perfecto de este ayuno santo, pues en el desierto no solo se abstuvo de alimento, sino que vivió en plena sumisión al Padre, rechazó toda tentación de desobediencia y manifestó que la verdadera vida del hombre procede de toda palabra que sale de la boca de Dios.**

Preguntas para la Reflexión:

1. **Desde la Colecta:**

¿Estoy permitiendo que el Espíritu de Dios gobierne mis deseos y afectos, o sigo consintiendo que la carne dirija mi vida?

2. **Desde la Epístola:**

¿Recibo la gracia de Dios con seriedad y perseverancia, aun en medio de pruebas, o la recibo en vano con una vida dividida?

3. **Desde el Evangelio:**

Cuando soy tentado, ¿respondo con la Palabra de Dios y una confianza filial, o con mis propios razonamientos y fuerzas?

Aplicaciones Prácticas:

1. **Desde la Colecta:**

Practica una abstinencia consciente esta semana que te ayude a ordenar tus afectos y a crecer en dominio propio bajo la guía del Espíritu.

2. **Desde la Epístola:**

Abraza con paciencia una dificultad presente, ofreciéndola a Dios como ejercicio de fidelidad y confianza en su gracia.

3. **Desde el Evangelio:**

Dedica tiempo diario a la lectura de la Escritura, aprendiendo a usarla como Cristo la usó: con reverencia, obediencia y fe.

Oración Final:

Señor Jesucristo, que venciste al tentador en el desierto y permaneciste fiel hasta el fin, enséñanos a vivir este tiempo santo con corazones humildes y voluntades rendidas. Sujeta nuestra carne a tu Espíritu, afirma nuestros pasos en tu Palabra y concédenos perseverar en verdadera justicia y santidad, para que, resistiendo al maligno, vivamos para la gloria del Padre, en la comunión del Espíritu Santo, un solo Dios, bendito por los siglos de los siglos.

Amén.

CRISTO, EL NUEVO ADÁN, VENCEDOR EN EL DESIERTO Y FUNDAMENTO DE NUESTRA FIDELIDAD

Sermón para la Primera Dominica de Cuaresma

“Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. ²Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. ³Y vino a él el tentador, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan. ⁴Él respondió y dijo: Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. ⁵Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, ⁶y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra. ⁷Jesús le dijo: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios. ⁸Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, ⁹y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adores. ¹⁰Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás. ¹¹El diablo entonces le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían” (Mateo 4:1-11)

Introducción:

La tentación de nuestro Señor Jesucristo es, con frecuencia, leída en los Evangelios de manera fragmentaria o simplemente ejemplar, como si se tratara de un episodio aislado de su vida terrena. Sin embargo, una lectura atenta y teológicamente ordenada nos conduce a reconocer que este acontecimiento pertenece de manera esencial al corazón mismo de la **economía de la redención**. Cristo no entra en el desierto por accidente, ni por simple demostración moral; nada en su vida es fortuito, pues todo cuanto hace está orientado, desde la encarnación hasta la cruz, al cumplimiento fiel de la misión que el Padre le confió para la salvación de su Iglesia. Este episodio reviste una importancia singular porque nos revela a Cristo bajo una triple dimensión inseparable, **como nuestro sustituto**, que enfrenta la tentación en nuestro lugar; **como nuestro modelo**, que nos enseña el camino de la obediencia; y, de manera suprema, **como el Hijo eterno hecho carne**, que asume voluntariamente la humillación y la fragilidad humanas sin dejar de ser el Santo de Dios. En el desierto contemplamos no una aparente vulnerabilidad, sino la obediencia perfecta del Mediador, que rehace desde dentro la historia caída de la humanidad.

En este sentido, afirma san Ireneo de Lyon, *"Así como por la desobediencia de un solo hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo muchos serán constituidos justos"*. (**San Ireneo de Lyon, Adversus Haereses**, V, 16, 3). Para san Ireneo, Cristo recapitula en sí mismo la historia de Adán y de Israel, rehaciendo con su obediencia lo que fue arruinado por la desobediencia. La tentación en el desierto no es, por tanto, sólo una confrontación moral, sino un acto redentor en el cual el Nuevo Adán vence allí donde el antiguo

cayó. Esta comprensión patrística sostiene la lectura clásica de la Iglesia, Cristo no sólo nos instruye, sino que **obra eficazmente nuestra salvación** mediante su fidelidad.

La enseñanza apostólica de **1 Juan 2:16** ilumina este pasaje al identificar las tres corrientes fundamentales del desorden humano: **los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida**. Estas no proceden del Padre, sino del mundo caído, y constituyen el repertorio habitual del enemigo. No es casual que Satanás emplee estas mismas artimañas en su triple asalto contra Cristo, apela a los deseos de la carne al tentar al Señor con el pan en medio del hambre; a los deseos de los ojos al ofrecerle los reinos del mundo y su gloria; y a la vanagloria de la vida al incitarlo a una manifestación espectacular de poder desde el pináculo del templo. El tentador no improvisa, opera con astucia, repitiendo en cada generación las mismas estrategias que ya fueron usadas desde el principio.

Por ello, este pasaje no sólo nos permite contemplar el costo y la profundidad de nuestra redención, sino que también ordena nuestra vida cristiana conforme al camino de Cristo. En Él aprendemos a resistir la tentación no por autosuficiencia, sino por **dependencia filial del Padre**, arraigados en la Palabra y sostenidos por el Espíritu. Asimismo, este relato se convierte en una escuela espiritual que da sentido a las **disciplinas cuaresmales** —el ayuno, la oración y la limosna— no como ejercicios externos, sino como medios de conformación interior a Cristo.

Así, al disponernos a escuchar la Palabra de Dios en este tiempo santo, especialmente en el umbral de la Cuaresma, seamos conducidos a una escucha reverente y humilde, para que, contemplando al Señor vencedor en el desierto, aprendamos a seguirle con fidelidad en nuestro propio peregrinaje hacia la Pascua.

1. En la economía divina era necesario que nuestro Señor fuese tentado.
"Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo". (Mateo 4:1)

La entrada de Jesucristo en el desierto no responde a una contingencia histórica ni a una iniciativa personal desconectada del designio divino. El evangelista Mateo afirma con claridad que el Señor fue **llevado por el Espíritu**, subrayando que este acontecimiento pertenece al plan soberano de Dios y se inscribe plenamente en la economía de la redención. El verbo griego *ἀνέχθη* (*anēchthē*), forma pasiva del verbo *ἀνάγω*, indica una conducción deliberada y soberana. No sugiere violencia ni resistencia, sino obediencia filial. Asimismo, la expresión *ὑπὸ τοῦ Πνεύματος* señala la acción activa del Espíritu Santo como guía del Hijo encarnado, manifestando la perfecta armonía trinitaria en la obra redentora.

El desierto, en la Sagrada Escritura, es el lugar de la prueba, de la purificación y del encuentro decisivo con Dios. Israel fue llevado al desierto tras la liberación de Egipto

para ser probado y formado como pueblo del pacto (cf. Deuteronomio 8:2). Del mismo modo, Elías caminó cuarenta días hasta Horeb para ser renovado en su vocación profética (cf. 1 Reyes 19:8). Cristo, al entrar en el desierto, **asume y recapitula esta historia**, colocándose voluntariamente en el lugar del pueblo de Dios para cumplir lo que éste no logró.

La necesidad de la tentación de Cristo no radica en una posibilidad de caída, sino en la manifestación de su obediencia perfecta. La encarnación no fue un gesto simbólico ni una apariencia pedagógica; fue una asunción real de nuestra humanidad. El Hijo eterno se sometió a las condiciones de la existencia humana, incluida la prueba, para santificarla desde dentro. Así, enfrentó tentaciones auténticamente humanas sin ceder al pecado, no sólo para instruirnos, sino para **representarnos** ante Dios como Mediador fiel.

En este contexto se revela con claridad la tipología del **Nuevo Adán**. Allí donde el primer Adán fue tentado en un jardín de abundancia y cayó por desobediencia, Cristo es tentado en un desierto de privación y permanece fiel. Adán disfrutaba de comunión inmediata y plenitud material; Cristo se encuentra en soledad, sostenido únicamente por su comunión con el Padre en el poder del Espíritu. Adán desconfió de la Palabra de Dios; Cristo se aferró a ella como fundamento absoluto de su obediencia. De este modo, el Señor no sólo vence la tentación, sino que restaura la fidelidad humana perdida.

Asimismo, esta experiencia constituye una preparación inmediata para su ministerio público. Antes de proclamar el Reino, Cristo se somete a la disciplina del silencio, del ayuno y de la dependencia total de Dios. Nada en su misión nace de la improvisación, del impulso emocional o de la aprobación humana. Todo en Él fluye de la obediencia reverente al Padre y del gobierno del Espíritu Santo. En ello, el Señor establece un principio fundamental para la vida y el ministerio de la Iglesia, **la fecundidad espiritual sólo puede nacer de la comunión obediente con Dios**.

Finalmente, Cristo se presenta como nuestro ejemplo supremo frente a la tentación. Él demuestra que el maligno no es vencido por la fuerza de la voluntad, por la astucia humana ni por recursos externos, sino por una vida anclada en la Palabra de Dios. La Escritura no es para Él un recurso ocasional, sino el eje que ordena sus pensamientos, sus afectos y sus decisiones. En esta obediencia confiada, Cristo revela el camino por el cual su pueblo es llamado a resistir al enemigo.

1.1. En la economía divina era necesario que fuese tentado en un estado de debilidad humana. *"Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre" (Mateo 4:2)*

El evangelista subraya deliberadamente el momento en que ocurre la tentación: **después** de cuarenta días y cuarenta noches de ayuno. Este detalle no es accesorio, sino teológicamente decisivo, pues revela tanto la profundidad de la solidaridad de Cristo con nuestra condición como la astucia del tentador. El verbo *ἐπεινάσεν* (*epeinasen*), “tuvo hambre”, expresa una necesidad real y física. Mateo no suaviza la experiencia del Señor, sino que afirma sin ambigüedad su verdadera humanidad. Cristo no aparenta debilidad: **la asume plenamente.**

Desde la perspectiva del designio divino, el número cuarenta remite de manera reiterada en el Antiguo Testamento a un tiempo de prueba y preparación. Israel peregrinó cuarenta años en el desierto; Moisés ayunó cuarenta días en el Sinaí antes de recibir la Ley (cf. Éxodo 34:28); Elías caminó cuarenta días hacia el monte de Dios (cf. 1 Reyes 19:8). En todos estos casos, el período de cuarenta señala un proceso de purificación, dependencia y renovación antes de una intervención decisiva de Dios. Cristo cumple plenamente este simbolismo, **Él realiza lo que Israel no logró y lo que nosotros no podemos realizar por nosotros mismos.**

El ayuno del Señor manifiesta, además, la profundidad de su encarnación. Al experimentar el hambre, Cristo se identifica con la fragilidad humana sin reservas. Esta debilidad no contradice su santidad; por el contrario, la magnifica, pues en ella se revela una obediencia perfecta. Así, Cristo se presenta simultáneamente como **nuestro sustituto**, que cumple la justicia en nuestro lugar, y como **nuestra justicia misma**, conforme al designio redentor del Padre.

Desde la perspectiva del tentador, este momento de debilidad aparente parece propicio. El diablo, con su larga experiencia en la ruina de las almas, suele atacar cuando percibe vulnerabilidad, soledad o desgaste. Cree encontrar a Cristo exhausto, aislado y expuesto. Sin embargo, ignora que **la verdadera fortaleza del Hijo no reside en la plenitud física, sino en su comunión inquebrantable con el Padre.** Aunque Satanás supone ausencia y abandono, la realidad es que la presencia divina nunca ha estado más cercana.

Esta escena enseña a la Iglesia que la tentación no es señal de abandono divino, sino que, muchas veces, se da precisamente en el marco de una profunda obra formativa de Dios. El desierto no es ausencia de Dios, sino lugar de revelación; la debilidad asumida en obediencia se convierte en el escenario donde se manifiesta la victoria de la gracia.

Pregunta escudriñadora:

¿Reconozco que mi victoria sobre el pecado no nace de mi fuerza, sino de la obediencia perfecta de Cristo en mi lugar?

¿Entiendo los tiempos de prueba como formación espiritual o los interpreto sólo como obstáculos?

Aplicación práctica:

La Cuaresma nos llama a abandonar toda pretensión de autosuficiencia espiritual y a vivir desde la gratitud por una obediencia ya cumplida por Cristo.

La Iglesia aprende que ningún ministerio auténtico nace de la prisa, sino del silencio, la obediencia y la espera en Dios.

2. Satanás procura tentarnos apelando a los deseos de la carne. *"Y vino a Él el tentador, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan" (Mateo 4:3).*

El evangelista introduce al adversario con una designación cargada de sentido teológico: **"el tentador"**. No se trata de una aparición ocasional ni improvisada, sino de aquel cuya identidad está definida por su constante oposición al designio de Dios. La Escritura testifica que Satanás recorre el mundo buscando a quién devorar (cf. 1 Pedro 5:8), no sólo para inducir al pecado, sino para **frustrar la obra de Dios y quebrantar la comunión del hombre con su Creador**. El participio ó *πειράζων* (*ho peirázōn*) indica una acción habitual y persistente: "el que tienta continuamente". Mateo presenta a Satanás no como un agente autónomo, sino como un instrumento limitado, cuya actividad, aunque real y peligrosa, se desarrolla siempre bajo la soberanía de Dios.

La tentación no comienza con una proposición burdamente inmoral, sino con una insinuación sutil dirigida al corazón de la filiación, **"Si eres Hijo de Dios..."**. Satanás no desconoce la identidad de Jesús; su propósito es **introducir una grieta entre la filiación y la confianza**, sugiriendo que la condición de Hijo debe ser probada mediante una acción independiente de la voluntad del Padre. De este modo, intenta sembrar la sospecha de abandono, insinuando que Dios es indiferente a una necesidad legítima.

Esta estrategia no es nueva. En el huerto del Edén, el tentador actuó de manera semejante al distorsionar la Palabra de Dios y presentar al Creador como restrictivo y desconfiable (cf. Génesis 3:1–5). Ahora, en el desierto, vuelve a emplear la misma táctica, **desfigurar el rostro del Padre**, transformándolo en un ser distante y poco compasivo. Satanás odia la verdad bíblica de la paternidad divina porque sabe que la confianza filial es el fundamento de la obediencia.

La tentación apela a un deseo legítimo, el hambre. Cristo no es tentado con un exceso, sino con una necesidad real. El mal no reside en alimentarse, sino en **apropiarse de manera autónoma de lo que sólo el Padre puede conceder**

en su tiempo y forma. Satanás propone que Jesús use su poder fuera de la obediencia filial, convirtiendo una necesidad legítima en una ocasión de desobediencia encubierta.

Aquí se revela un principio fundamental para la vida espiritual, el enemigo no determina ni las condiciones, ni los medios por los cuales Dios suplente nuestras necesidades. La criatura no tiene nada que demostrar ante el tentador. Vivimos bajo el cuidado providente del Padre, cuya sabiduría gobierna tanto el tiempo como el modo de su provisión.

2.1 La respuesta del Hijo: la Palabra de Dios como sustento verdadero. *"Él respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mateo 4:4).*

La respuesta de Cristo introduce una fórmula decisiva, **"Escrito está"**. Con estas palabras, el Señor se sitúa deliberadamente bajo la autoridad de la revelación divina y establece la Escritura como el criterio supremo frente a la tentación. La expresión griega *γέγραπται* (*gégraptai*) se encuentra en tiempo perfecto pasivo, indicando una acción pasada con efectos permanentes: **la Palabra ha sido escrita y permanece vigente**. Cristo no improvisa ni razona desde la circunstancia, sino que se apoya en la autoridad duradera de la revelación de Dios.

El texto citado procede de **Deuteronomio 8:3**, donde Moisés interpreta la experiencia de Israel en el desierto. Dios permitió el hambre para enseñar a su pueblo que la vida no depende exclusivamente del sustento material, sino de la fidelidad a la Palabra divina. Israel, sin embargo, respondió con murmuración y desconfianza. Cristo, al citar este pasaje, **se identifica con Israel**, pero también se distingue radicalmente de él, **allí donde el pueblo falló, el Hijo permanece fiel**.

En esta respuesta se revela nuevamente la tipología del **verdadero Israel**. Cristo rehace en su persona la historia del pueblo del pacto, viviendo en obediencia perfecta lo que Israel no pudo vivir. Donde el antiguo Israel cuestionó la bondad de Dios, Cristo descansa en ella; donde Israel exigió señales, Cristo confía; donde Israel absolutizó la necesidad inmediata, Cristo afirma la primacía de la Palabra.

Este pasaje nos enseña que el hambre más profunda del ser humano no es física, sino espiritual. El pan sostiene el cuerpo por un tiempo; la Palabra de Dios sostiene la vida en su totalidad. En el peregrinaje por el desierto de este mundo, la Iglesia es llamada a vivir alimentada, formada y gobernada por la Palabra que procede de la boca de Dios.

Así, Cristo no sólo rechaza la tentación, sino que **reordena el deseo humano**, restaurando la jerarquía correcta entre lo material y lo espiritual. Su victoria nos

recuerda que la verdadera libertad no consiste en satisfacer inmediatamente toda necesidad, sino en vivir confiados bajo la voz vivificante del Padre.

Pregunta escudriñadora:

¿Qué ocupa el lugar central en mi vida cuando experimento necesidad o carencia?

Aplicación práctica:

El ayuno cuaresmal no es negación estéril, sino reeducación del deseo para volver a poner a Dios en el centro.

3. Satanás procura tentarnos mediante la vanagloria de la vida. *"Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra" (Mateo 4:5-6).*

En esta segunda tentación, el adversario cambia deliberadamente de escenario. Ya no se trata del desierto silencioso, sino de **la santa ciudad**; no del aislamiento, sino del centro visible de la vida religiosa de Israel. El traslado no es casual ni arbitrario, sino profundamente simbólico, **Satanás sitúa a Cristo en el lugar donde convergen la expectativa mesiánica, la religiosidad pública y el prestigio espiritual**. El verbo *παραλαμβάνει* (*paralambáne*), "le llevó", expresa una acción permitida, no coercitiva. El diablo no tiene dominio soberano, pero se vale del contexto y de la sugestión para tentar. Asimismo, la expresión *πτερύγιον τοῦ ἱεροῦ* ("pináculo del templo") alude probablemente a un punto elevado y visible del complejo del templo, desde donde un acto espectacular habría causado un impacto inmediato en el imaginario religioso del pueblo.

La tentación apunta directamente a la **vanagloria de la vida**, es decir, al deseo de autoexaltación, reconocimiento y validación pública. Satanás sugiere a Cristo que se manifieste como Mesías mediante un gesto extraordinario, visible y asombroso, capaz de suscitar admiración y aplauso. En otras palabras, lo invita a **sustituir el camino de la obediencia silenciosa por el de la espectacularidad religiosa**. Esta tentación encuentra ecos claros en el Antiguo Testamento. Israel, en múltiples ocasiones, buscó señales visibles para confirmar la presencia de Dios, reduciendo la fe a la exigencia de prodigios. De manera particular, el templo había llegado a ser, en ciertos momentos, un símbolo de falsa seguridad espiritual, como denuncia el profeta Jeremías: *"Templo de Jehová, templo de Jehová es éste"* (Jeremías 7:4). Satanás instrumentaliza este imaginario para inducir a Cristo a una confianza presuntuosa, no filial.

De manera aún más sutil, el adversario **cita la Escritura**, recurriendo al Salmo 91. No lo hace con reverencia, sino con manipulación. Arranca el texto de su contexto, omitiendo su llamado a caminar en los caminos del Señor, y lo convierte en una

garantía automática de protección ante una acción temeraria. Aquí se revela una de las formas más peligrosas de tentación: **la Escritura usada contra la obediencia a la misma Escritura.**

La apariencia de piedad no debe engañarnos. El diablo no se presenta como enemigo manifiesto, sino como intérprete bíblico. Esta es su estrategia constante, **disfrazar el mal con lenguaje religioso, imitar la verdad para conducir al error, y sembrar orgullo espiritual bajo la apariencia de fe.** La vanagloria de la vida no siempre se expresa en ostentación mundana; con frecuencia adopta la forma de una religiosidad espectacular que busca reconocimiento más que obediencia.

3.1 Confiar en la providencia del Padre sin caer en la temeridad. “*Jesús le dijo: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios*” (Mateo 4:7).

Frente a la Escritura manipulada, Cristo responde con la **Escritura plenamente comprendida.** Introduce su respuesta con una expresión decisiva: “*Escrito está también*”, afirmando que la Palabra de Dios no puede ser fragmentada ni utilizada selectivamente, sino que debe ser interpretada en su coherencia total, la Palabra interpreta a la Palabra como un todo. El adverbio *πάλιν* (“también”) subraya la complementariedad y armonía interna de la revelación. Cristo no contrapone textos, sino que los integra, mostrando que ningún pasaje bíblico puede contradecir el carácter de Dios ni justificar una acción contraria a su voluntad.

La cita procede de **Deuteronomio 6:16**, que remite al episodio de Masah (Éxodo 17:1–7), donde Israel exigió una señal tangible de la presencia divina, dudando del cuidado providente de Dios. Aquella actitud no fue fe, sino presunción; no fue confianza, sino desafío. Al evocar este pasaje, Cristo se identifica nuevamente con la historia de Israel, pero esta vez como el Hijo obediente que rehúsa repetir la desconfianza del pueblo.

La enseñanza es clara, **la fe verdadera no pone a Dios a prueba.** Confiar en la providencia del Padre no autoriza conductas temerarias ni exige demostraciones extraordinarias de su amor. Dios no necesita ser forzado a actuar; su fidelidad no depende de nuestras provocaciones. La oración enseñada por el mismo Señor —“*no nos metas en tentación*”— presupone una actitud vigilante, humilde y responsable, no una disposición imprudente que se arroja deliberadamente al peligro.

Cristo rechaza toda forma de espiritualidad que confunda confianza con imprudencia. Él no necesita exhibirse, ni probar su filiación mediante actos espectaculares. Su seguridad descansa en la comunión con el Padre, no en la aprobación del público. Así, nos enseña que la verdadera piedad se expresa en una obediencia perseverante, no en actos destinados a la autoafirmación religiosa.

Ante un adversario que conoce la Escritura pero la desfigura, la Iglesia es llamada a responder con la Palabra **correctamente citada, fielmente interpretada y humildemente vivida**. A lo largo de la historia, no han faltado quienes, bajo apariencia de celo religioso, han inducido a otros a conductas temerarias apelando a textos aislados. Cristo nos advierte que la Palabra de Dios nunca legitima aquello que contradice su carácter santo y su propósito de vida.

De este modo, el Señor vence la tentación de la vanagloria de la vida, reafirmando que la gloria verdadera no consiste en ser visto por los hombres, sino en permanecer fiel al Padre. En Él, la Iglesia aprende que la confianza genuina descansa en la providencia divina y se expresa en una obediencia sobria, reverente y constante.

Pregunta escudriñadora:

¿Confío en Dios en silencio o necesito señales para creer?

Aplicación práctica:

La Cuaresma nos llama a una fe sobria, humilde y perseverante, que descansa en la fidelidad de Dios sin exigirle demostraciones.

4. Satanás procura tentarnos mediante los deseos de los ojos. *"Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos; y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares". (Mateo 4:8–9)*

La expresión inicial *"otra vez"* revela la persistencia del tentador. Satanás no abandona fácilmente su propósito; insiste con una estrategia renovada cuando las anteriores han fracasado. Si en el Edén bastó una sola insinuación para provocar la caída del primer hombre, aquí el adversario multiplica sus intentos, consciente de que en Cristo se juega el destino de la humanidad. Su objetivo es claro, **impedir que el Hijo inicie su ministerio redentor y frustrar, si fuese posible, el designio eterno de Dios**.

El texto emplea ahora el término *διάβολος* (*diábolos*), cuyo significado fundamental es "el que divide". Esta designación no es casual. El tentador busca separar al Hijo de su obediencia al Padre, desgarrar la unidad de su voluntad y desviar su misión. Así ha obrado desde el principio, dividir al hombre de Dios, a la criatura del Creador, y al corazón humano de su vocación.

El escenario de esta tentación es **un monte muy alto**, imagen profundamente cargada de simbolismo bíblico. En el Antiguo Testamento, los montes son lugares de revelación, alianza y decisión, Sinaí, Horeb, Sion. Moisés contempló desde el monte Nebo la tierra prometida sin entrar en ella (Deuteronomio 34:1–4); ahora Cristo contempla todos los reinos del mundo, no como herencia concedida por el Padre, sino como oferta engañosa del usurpador.

La frase "*le mostró*" (ἐδείξεν) no implica necesariamente una visión geográfica literal, sino una representación totalizante, probablemente visionaria, que apela a la imaginación y al deseo. Satanás presenta **los reinos del mundo y su gloria**, es decir, poder, dominio, prestigio y esplendor, sin sufrimiento ni humillación, sin cruz ni obediencia hasta la muerte. Es la tentación de alcanzar el fin legítimo —el señorío mesiánico— por un medio ilegítimo.

Aquí se manifiestan los **deseos de los ojos**, aquello que seduce por su apariencia y promete plenitud inmediata. El adversario ofrece una gloria desvinculada de la voluntad del Padre, una realeza sin sacrificio, una coronación sin pasión. No obstante, la oferta es una mentira, pues Satanás no es dueño de aquello que promete. Toda autoridad y todo reino pertenecen a Dios por derecho de creación y soberanía (Salmo 24:1). El tentador ofrece lo que no le pertenece, pues es, como nuestro Señor mismo afirma, *mentiroso y padre de mentira*.

Además, esta tentación apunta a quebrar la comunión trinitaria. La obra de la redención no es un proyecto aislado del Hijo, sino el designio eterno del Padre, ejecutado por el Hijo y aplicado por el Espíritu Santo. La unidad perfecta de la Trinidad es inviolable. Mientras Cristo permanece firme en esa comunión, el divisor no tiene poder alguno sobre Él. Esta verdad es también una lección pastoral de profundo alcance, **la comunión con Dios es la fortaleza inexpugnable contra la tentación**.

4.1 La claridad del propósito y la exclusividad del culto como defensa contra la tentación. *"Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás; porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás."* (Mateo 4:10)

La respuesta de Cristo es definitiva y autoritativa. Ya no hay diálogo ni argumentación; hay un mandato directo: "*Vete, Satanás*". La tentación alcanza aquí su punto culminante, pues el adversario ha cruzado el umbral último al exigir adoración. Ante la idolatría abierta, Cristo responde con la confesión fundamental de la fe bíblica: **la exclusividad del culto a Dios**.

Los verbos *προσκυνήσεις* ("adorarás") y *λατρεύσεις* ("servirás") indican no solo un acto externo, sino una disposición total del ser. En la Escritura, adoración y servicio son inseparables, **aquello que se adora determina aquello a lo que se sirve. Jesús afirma que toda la vida —no solo los gestos litúrgicos— debe estar orientada exclusivamente al Señor**.

La cita remite a **Deuteronomio 6:13**, texto situado en el corazón del *Shema* y profundamente vinculado a la memoria de la liberación de Egipto. Moisés exhorta al pueblo a no olvidar que fue Dios quien los sacó de la casa de servidumbre, y a responder a esa gracia con temor reverente, servicio fiel y adoración exclusiva.

Cristo, como el verdadero Israel, permanece fiel allí donde el antiguo pueblo cayó repetidas veces en la idolatría.

Con esta respuesta, nuestro Señor declara que su propósito está claramente definido y grabado en lo más profundo de su ser. Él no ha venido a obtener poder, sino a obedecer; no a recibir gloria de los hombres, sino a glorificar al Padre; no a reinar por concesión del maligno, sino a establecer el Reino de Dios mediante la cruz y la resurrección.

Esta palabra interpela también a la Iglesia. Cada tentación es, en el fondo, una pregunta sobre nuestra lealtad última. Los deseos de los ojos siguen prometiendo reinos, seguridades y glorias pasajeras, pero el discípulo de Cristo es llamado a discernir a quién adora y a quién sirve. **La fidelidad al propósito divino y la adoración exclusiva del Dios verdadero son el antídoto contra toda seducción del mundo.**

Así, Cristo vence la última tentación y permanece firme en su misión. Donde Adán cayó, Él permanece obediente; donde Israel fue infiel, Él es fiel; donde el enemigo ofreció una gloria falsa, Él abrazó el camino de la cruz. En esta victoria, se convierte no solo en nuestro Redentor, sino también en nuestro modelo, enseñándonos que **resistir al maligno comienza con una adoración indivisa y un corazón plenamente rendido a Dios.**

Pregunta escudriñadora:

¿A quién sirvo realmente cuando tomo decisiones difíciles?

Aplicación práctica:

La Iglesia aprende que la fidelidad vale más que el éxito, y que no hay Pascua sin cruz.

Conclusión:

El relato evangélico culmina con una afirmación cargada de consuelo y esperanza: **"Entonces el diablo le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían"** (Mateo 4:11). Estas palabras no son un simple desenlace narrativo, sino una proclamación teológica de gran profundidad. Nos revelan que la obediencia perseverante es honrada por Dios, y que allí donde el Hijo permanece firme en la voluntad del Padre, el poder del maligno queda definitivamente limitado.

La retirada del tentador no ocurre por negociación ni concesión alguna, sino como consecuencia directa de la fidelidad absoluta de Cristo. Cuando la mente y el corazón están plenamente alineados con Dios, cuando la vida es gobernada por su Palabra y sostenida por el Espíritu, Satanás no halla lugar donde establecerse. Cristo, nuestro Señor, nos muestra que la verdadera fortaleza no radica en la autosuficiencia, sino

en la dependencia filial. Por ello, inmediatamente después de la victoria, el Padre envía a sus ángeles para servir al Hijo, testificando que Dios no es indiferente ni mezquino con aquellos que le honran, sino abundante en cuidado y provisión.

Esta escena final interpela seriamente a nuestra conciencia: ¿honramos nosotros a Dios con nuestra vida? ¿Le honramos con una obediencia concreta, con el uso fiel de nuestro tiempo, nuestros recursos y nuestra vocación? La fidelidad cristiana no es meramente confesional, sino existencial; **se expresa en una vida rendida, ordenada y consagrada al Señor.**

Toda esta enseñanza queda admirablemente sintetizada en la exhortación apostólica: "*Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros*" (Santiago 4:7).

El orden es fundamental. Primero, la sumisión a Dios, tal como Cristo se sometió plenamente al Padre, dejándose guiar en todo por el Espíritu Santo. Luego, la resistencia al maligno, no mediante la fuerza humana ni la astucia personal, sino por la sabiduría divina contenida en la Sagrada Escritura. Nuestro Señor no dialogó con el error, no coqueteó con la tentación, no actuó por impulso ni curiosidad; respondió con la Palabra correctamente entendida, correctamente aplicada y obedecida con todo su ser.

No debemos ignorar que tenemos un enemigo antiguo, experimentado y persistente. No se cansa, no se conmueve, no se debilita como la carne humana. Su propósito es claro, **nuestra ruina espiritual y la esterilidad de nuestro testimonio.** Sin embargo, no luchamos desde la derrota, sino desde la victoria ya consumada. El diablo fue vencido en el desierto, despojado en la cruz y definitivamente derrotado en la resurrección gloriosa de nuestro Señor Jesucristo.

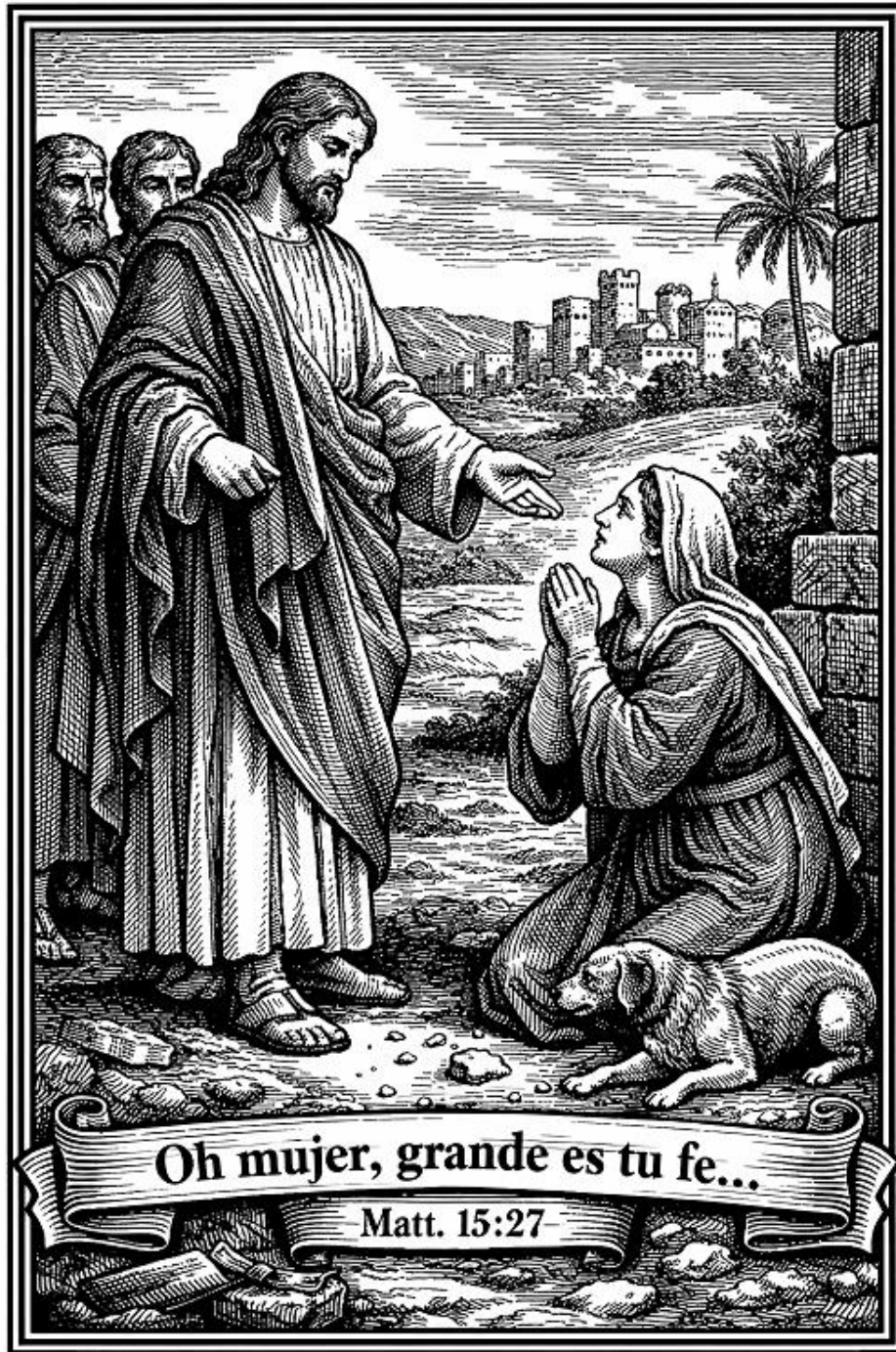
En este tiempo de cuaresma, somos llamados a recordar esta victoria y a vivir a la luz de ella. Que el ayuno, la oración y la limosna no sean prácticas vacías, sino medios de gracia que nos formen en dependencia, discernimiento y fidelidad. Así, resistiendo al maligno y permaneciendo unidos al Dios Trino y uno, creceremos en santidad, libertad y bienaventuranza, hasta el día en que, como nuestro Señor, participemos plenamente de la gloria prometida.

Gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

Amén.

Estación de Cuaresma

Segunda Dominica de Cuaresma



Mateo 15:21-28

"Guardados por la Gracia: Pureza del Alma y Perseverancia de la Fe en el Camino Cuaresmal"
Devoción para la Segunda Dominica de Cuaresma

Oración Inicial:

Oh Dios eterno y misericordioso, que en este tiempo santo de Cuaresma llamas a tu Iglesia a la penitencia, a la obediencia y a la fe perseverante: inclina nuestros corazones a tu Palabra, ilumina nuestras mentes por tu Espíritu Santo, y concédenos caminar delante de ti con humildad, sobriedad y confianza filial, para que, fortalecidos por tu gracia, seamos transformados conforme a la imagen de tu Hijo Jesucristo, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Colecta del Día:

DIOS Todopoderoso, que sabes bien que no hay en nosotros poder alguno para defendernos; Guárdanos exteriormente en nuestros cuerpos, e interiormente en nuestras almas; para que seamos librados de todas las adversidades que puedan molestar al cuerpo, y de los malos pensamientos que puedan ofender y dañar al alma; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Meditación:

La Colecta de la Segunda Dominica de Cuaresma nos introduce en el núcleo mismo de la teología espiritual anglicana, **la confesión reverente y sin reservas de la radical impotencia del ser humano a causa de su condición caída**. En ella reconocemos, a la luz de las Santas Escrituras, que "no hay en nosotros poder alguno para defendernos", afirmación que no alude a una debilidad circunstancial, sino a la profunda incapacidad moral y espiritual que brota del pecado original, por el cual la voluntad humana ha quedado corrompida y desviada de Dios. Esta verdad resuena con la severa advertencia veterotestamentaria, "Maldito el hombre que confía en el hombre... bendito el que confía en Jehová" (Jeremías 17:5-7), donde se denuncia la futilidad de toda autosuficiencia nacida de la carne. Tal confesión se halla en plena consonancia con el **Artículo X de los Treinta y Nueve Artículos**, que enseña que el hombre, en su estado natural, no puede volverse a Dios ni disponerse a la fe sin la gracia preveniente y operante del Espíritu Santo. De este modo, la oración cuaresmal no expresa desesperación ni resignación fatalista, sino una fe auténtica y penitente que, renunciando a toda pretensión de mérito propio, se abandona por completo a la misericordia divina, reconociendo que toda defensa, restauración y salvación —tanto del cuerpo como del alma— proceden únicamente del Señor, fuente y autor de toda gracia.

La Epístola de **1 Tesalonicenses 4:1–8** desarrolla la súplica de la Colecta desde su necesaria consecuencia ética y espiritual, **el llamado ineludible de los regenerados a vivir diligentemente en el proceso de santificación**. San Pablo exhorta a los fieles a “andar como es digno de Dios”, recordándoles que la gracia que justifica es la misma que reclama una vida transformada, particularmente en la santidad del cuerpo y en la pureza de la conducta. El apóstol fundamenta esta exhortación en una afirmación decisiva, *“Pues no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación”*, subrayando que la vocación cristiana es, por su misma naturaleza, una vocación santa, que excluye toda connivencia con el pecado y demanda una obediencia perseverante nacida de la fe. La conexión con la Colecta es profunda y orgánica, el Dios que guarda exteriormente de las adversidades es el mismo que, por la obra interior del Espíritu Santo, libra al creyente de los pensamientos desordenados y de las pasiones que brotan de la carne caída. Esta visión integral de la santidad hunde sus raíces en la Ley del Antiguo Testamento, donde el llamado divino —“Sed santos, porque yo soy santo” (Levítico 19:2)— abarca tanto la vida interior como la exterior. El **Primer Libro de Homilías**, en la *Homilía de la Caída del Hombre*, enseña que el pecado ha corrompido la totalidad de la naturaleza humana, y que, por tanto, la obra santificadora de Dios debe extenderse a todo el ser, restaurando progresivamente cuerpo y alma conforme a la imagen de Cristo. Así, la exhortación paulina no constituye un retorno al legalismo, sino la respuesta obediente y agradecida de aquellos que, habiendo sido regenerados por la gracia, son llamados a cooperar diligentemente con el Espíritu Santo en el camino de una santidad real, visible y perseverante.

El Evangelio de **Mateo 15:21–28** nos ofrece, en la figura de la mujer cananea, una manifestación luminosa de la fe verdadera que se abandona por completo a la misericordia soberana de Dios. Consciente de su condición de extranjera, ajena a los pactos y promesas de Israel, y desprovista de todo mérito o derecho, ella se acerca a Cristo no con exigencias, sino con una confianza humilde y perseverante en su compasión. Su fe se caracteriza por una profunda conciencia de necesidad, por la aceptación reverente del orden divino y por una perseverancia que no se escandaliza ni ante el silencio del Señor ni ante la prueba de sus palabras, sino que discierne, incluso en la aparente negativa, la sobreabundancia de la gracia. Así, su súplica —“Ten misericordia de mí”— se une al clamor penitencial de los Salmos: *“Ten misericordia de mí, oh Dios, conforme a tu benignidad”* (Salmo 51:1), confesando que toda defensa, sanidad y liberación proceden únicamente del Señor. La respuesta de Jesús —“¡Oh mujer, grande es tu fe!”— no es simplemente aprobación afectiva, sino declaración solemne de complacencia divina ante una fe viva que se aferra a Cristo como única esperanza de salvación. Los Padres de la Iglesia, especialmente **San Juan Crisóstomo** (*Homilías sobre Mateo*, Hom. LII), vieron en esta mujer el paradigma de la humildad creyente que vence toda prueba mediante la perseverancia confiada. En plena consonancia con el **Artículo XI de los Treinta y Nueve Artículos**, este pasaje proclama que somos justificados únicamente por la fe, no por obras ni prerrogativas, sino por una fe que, probada y

purificada, descansa enteramente en la misericordia de Cristo. De este modo, el Evangelio encarna la súplica de la Colecta y muestra su cumplimiento en la persona del Señor, quien responde con gracia abundante al corazón contrito y creyente.

La Colecta, la Epístola y el Evangelio de la Segunda Dominica de Cuaresma convergen de manera armónica en una misma confesión teológica y espiritual, **la absoluta incapacidad del ser humano a causa del pecado y la suficiencia plena de la gracia misericordiosa de Dios que salva, guarda y transforma.** La Colecta establece el fundamento antropológico y soteriológico al reconocer que “no hay en nosotros poder alguno para defendernos”, implorando la custodia divina tanto exterior como interior, lo cual presupone una naturaleza caída que necesita ser sostenida y gobernada por la gracia. Esta súplica encuentra su desarrollo ético y santificador en la Epístola de 1 Tesalonicenses 4:1–8, donde el apóstol Pablo afirma que Dios, al llamarnos eficazmente en Cristo, no nos ha llamado a inmundicia, sino a santificación, mostrando que **la misma gracia que nos libra del juicio es la que obra internamente para conformar nuestra vida a la voluntad santa de Dios.** Finalmente, el Evangelio de Mateo 15:21–28 ofrece la encarnación viva de esta verdad en la fe de la mujer cananea, quien, consciente de su indignidad y carencia absoluta de méritos, se abandona por completo a la misericordia de Cristo y recibe de Él la aprobación divina: “¡Oh mujer, grande es tu fe!”. **Así, lo que la Colecta confiesa en oración, la Epístola lo exhorta como vocación santa, y el Evangelio lo manifiesta en una fe probada y perseverante que se aferra únicamente a la gracia.** En conjunto, los tres textos proclaman que la vida cristiana —desde la justificación hasta la santificación— es obra exclusiva de Dios, recibida por la fe humilde y vivida en obediencia agradecida, formando al pueblo de Dios en el camino cuaresmal que conduce del desierto a la Pascua.

Lectura Orante de la Palabra:

Al escuchar la exhortación de San Pablo, la Iglesia es llamada a examinar su caminar cotidiano delante de Dios. La santificación no es obra de la voluntad humana aislada, sino fruto del Espíritu Santo que Dios nos da (1 Tesalonicenses 4:8). Esta verdad está enraizada en la promesa del Antiguo Testamento: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros” (Ezequiel 36:26). El **Segundo Libro de Homilías**, en la Homilía “Del Ayuno”, enseña que la verdadera disciplina cuaresmal consiste en la mortificación del pecado y en la renovación interior, no en prácticas externas vacías. Al orar esta Epístola, pedimos que Dios guarde nuestras almas de los pensamientos que dañan la comunión con Él y nos conduzca a una vida santa.

En el Evangelio, la mujer cananea nos enseña a orar con fe perseverante. Su encuentro con Cristo revela que la gracia de Dios no está limitada por fronteras étnicas ni por méritos humanos, sino que se derrama sobre aquellos que confían en Él. Este pasaje se enlaza con la fe de los patriarcas, especialmente con Abraham, quien “creyó a Dios” (Génesis 15:6). **San Agustín**, al comentar este texto, afirma

que Dios demora su respuesta no para negar la gracia, sino para avivar el deseo y fortalecer la fe (Sermón 77). En la oración, la Iglesia aprende a esperar en el Señor, segura de que Él guarda tanto el cuerpo como el alma de quienes se acogen a su misericordia.

Preguntas para Reflexionar:

1. **Desde la Colecta:** ¿Reconozco verdaderamente, en mi vida espiritual, que no tengo poder alguno para defenderme sin la gracia de Dios?
2. **Desde la Epístola:** ¿De qué maneras concretas me llama el Espíritu Santo a crecer en santidad de cuerpo y alma durante esta Cuaresma?
3. **Desde el Evangelio:** ¿Persevero en la fe y en la oración aun cuando la respuesta de Dios parece tardar o desafiar mis expectativas?

Aplicaciones Prácticas:

1. **Colecta:** Practicar diariamente una oración de dependencia, confesando ante Dios nuestra fragilidad y pidiendo su custodia sobre cuerpo y alma.
2. **Epístola:** Examinar la propia conducta y pensamientos a la luz de la santidad a la que Dios llama a su pueblo, buscando vivir con pureza y obediencia.
3. **Evangelio:** Cultivar una fe perseverante, aprendiendo de la mujer cananea a acercarnos a Cristo con humildad y confianza absoluta en su misericordia.

Oración Final:

Oh Dios todopoderoso y fiel, tú que conoces nuestra debilidad y ves los peligros que nos rodean, guárdanos por tu gracia en cuerpo y alma. Purifica nuestros pensamientos, fortalece nuestra voluntad, y concédenos una fe viva y perseverante, para que, andando en santidad conforme a tu Palabra, seamos sostenidos por tu Espíritu Santo hasta el día en que, libres de toda adversidad, te alabemos eternamente en tu Reino glorioso; por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

“La fe que persevera en el silencio de Dios: gracia, humildad y esperanza en el camino cuaresmal”

Sermón para la Segunda Domínica de Cuaresma

“²¹ Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón. ²² Y he aquí una mujer cananea que había salido de aquella región clamaba, diciéndole: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio. ²³ Pero Jesús no le respondió palabra. Entonces acercándose sus discípulos, le rogaron, diciendo: Despídela, pues da voces tras nosotros. ²⁴ Él respondiendo, dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. ²⁵ Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo: ¡Señor, socórreme! ²⁶ Respondiendo él, dijo: No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos. ²⁷ Y ella dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. ²⁸ Entonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora” (Mateo 15:21–28).

Introducción:

La Segunda Domínica de Cuaresma nos sitúa en el corazón mismo de la pedagogía divina por la cual Dios conduce a su Iglesia del desierto a la Pascua. En este tiempo santo, la Palabra nos confronta no con una fe triunfalista o inmediata, sino con una fe probada, purificada y fortalecida a través del silencio, la espera y la aparente contradicción. El Evangelio según san Mateo (15:21–28) nos presenta un encuentro que, a primera vista, resulta desconcertante, **Cristo se retira a territorio gentil, guarda silencio ante el clamor angustiado de una mujer extranjera y pronuncia palabras que parecen duras a la sensibilidad contemporánea.** Sin embargo, bajo esta severidad aparente se revela una profunda verdad teológica y espiritual acerca del obrar soberano de la gracia y del carácter de la fe auténtica que Dios suscita en los suyos.

Los Padres de la Iglesia discernieron con claridad esta dimensión formativa del texto. **San Juan Crisóstomo**, en sus *Homilías sobre el Evangelio de Mateo* (Homilía LII), enseña que el silencio inicial de Cristo no es señal de rechazo, sino un acto deliberado de pedagogía divina, el Señor difiere su respuesta para manifestar la grandeza de la fe de la mujer y para instruir a sus discípulos en el poder de la perseverancia humilde. De manera complementaria, **San Agustín** interpreta este episodio dentro de la economía de la gracia, afirmando que la mujer “fue probada, no despreciada; fue humillada, no rechazada; y al ser humillada, fue exaltada” (*Sermón 77*), viendo en ella una figura de la Iglesia procedente de las naciones, llamada a participar de las promesas hechas a Israel no por derecho, sino por pura misericordia divina.

Estas lecturas patristicas armonizan profundamente con la tradición **anglicana**, que reconoce en la Escritura la obra soberana de la gracia de Dios formando la fe del

creyente mediante la Palabra y la prueba. Conforme al **Artículo XI de los Treinta y Nueve Artículos**, la justificación es por la fe viva, una fe que nunca está separada de la humildad ni de la perseverancia, y que se manifiesta precisamente cuando toda autosuficiencia es despojada. En el marco cuaresmal, este pasaje nos enseña que la fe no se forja en la satisfacción inmediata, sino en la espera confiada; no en el mérito humano, sino en la humillación voluntaria; no en la seguridad visible, sino en el abandono total en la misericordia de Dios. Así como Israel fue formado en el desierto mediante la prueba y la dependencia diaria del Señor (Deuteronomio 8:2), la Iglesia es formada por Cristo a través del silencio, la aparente negativa y la perseverancia confiada que aprende a descansar únicamente en la bondad del Señor. En este camino, la fe que persevera en el silencio de Dios se revela como instrumento de la gracia, escuela de humildad y fuente de esperanza viva en el tránsito cuaresmal hacia la Pascua.

1. La retirada de Cristo y el clamor persistente. ²¹ Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón. ²² Y he aquí una mujer cananea que había salido de aquella región clamaba, diciéndole: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio" (*Mateo 15:21–22*).

El evangelista introduce el episodio con una afirmación cargada de intención teológica: **"Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón"**. El verbo griego *ἀνεχώρησεν* (*anechōrēsen*), traducido como "se fue" o "se retiró", no describe una huida fortuita, sino un movimiento deliberado que en el Evangelio de Mateo suele señalar una transición significativa dentro del despliegue del plan redentor (cf. Mateo 2:14; 4:12; 12:15). Cristo se desplaza conscientemente desde territorio judío hacia una región gentil históricamente asociada tanto al juicio como a la misericordia de Dios. Tiro y Sidón, ciudades fenicias frecuentemente denunciadas por los profetas a causa de su soberbia y riqueza idólatra (Isaías 23; Ezequiel 26–28), fueron también escenario de una gracia inesperada, como en el ministerio de Elías con la viuda de Sarepta (1 Reyes 17:8–24), anticipando que la misericordia divina no estaría confinada a Israel según la carne. Así, este desplazamiento geográfico de Jesús posee un profundo significado teológico, **el Mesías de Israel, sin abandonar su misión primaria, comienza a revelar que el alcance del Reino de Dios se extiende más allá de las fronteras del pacto mosaico, cumpliendo las promesas hechas a Abraham de que en su descendencia serían benditas todas las naciones de la tierra (Génesis 12:3)**. En este acto inicial, Mateo prepara al lector para contemplar cómo la gracia soberana de Dios irrumpe en territorio extranjero, mostrando que la historia de la salvación avanza conforme al designio eterno del Señor y no según las expectativas exclusivistas del hombre.

San Mateo continúa el relato con una expresión que subraya tanto la sorpresa como la importancia teológica del encuentro: **"Y he aquí una mujer cananea que había salido de aquella región clamaba"**. La fórmula *kai ἰδοὺ* (*kai idoù*, "y he aquí")

introduce en Mateo un acontecimiento digno de atención especial, señalando la irrupción inesperada de la acción divina en el curso narrativo. La mujer es identificada como *Xavavaía* (*Chananáia*), término cargado de resonancias veterotestamentarias que remite a los antiguos habitantes de la tierra prometida, frecuentemente asociados con la idolatría y la oposición al pueblo de Dios (cf. Deuteronomio 7:1–5). Su procedencia subraya que se trata de alguien situada fuera del pacto y de las promesas, y, sin embargo, es precisamente ella quien toma la iniciativa de acercarse a Cristo. El verbo *κραυγάζω* (*kraugázō*), traducido como “clamaba”, expresa un grito insistente y urgente, utilizado en la Escritura para describir el clamor del afligido que reconoce su total desamparo y suplica socorro divino (cf. Éxodo 2:23; Salmo 34:6). Así, el clamor de esta mujer cananea se sitúa en continuidad con los grandes clamores del Antiguo Testamento, donde Dios se revela como aquel que oye el grito del oprimido y actúa conforme a su misericordia. De este modo, Mateo presenta a esta mujer como una figura paradójica, excluida según la historia del pacto, pero incluida por la fe; extranjera según la carne, pero cercana al corazón de Dios; enseñando que la gracia soberana irrumpe allí donde el clamor nace de una fe humilde que reconoce su necesidad absoluta del Señor.

1.1. Una confesión de fe profunda y confianza en el poder absoluto del Mesías.

La súplica de la mujer cananea —“**iSeñor, Hijo de David, ten misericordia de mí!**”— constituye una confesión de fe de notable profundidad teológica. En el texto griego, el uso de *Κύριε* (*Kýrie*) expresa no solo respeto, sino reconocimiento de autoridad soberana; no es un simple título honorífico, sino una confesión implícita de señorío. Al añadir *Υιὲ Δαυὶδ* (*Hyie Dauid*), la mujer articula una cristología sorprendentemente precisa, **identifica a Jesús como el Mesías davídico, heredero de las promesas reales establecidas por Dios en el pacto con David (2 Samuel 7:12–16; Salmo 89:3–4)**. Esta confesión resulta aún más significativa por provenir de una mujer gentil, ajena al pacto mosaico, lo que pone de manifiesto que su fe no nace del privilegio étnico, sino de una revelación concedida por gracia. La petición *ἐλέησόν με* (*elēēsón me*, “ten misericordia de mí”) revela una conciencia clara de indignidad y dependencia absoluta, ella no apela a derechos ni a méritos, sino exclusivamente a la compasión divina, en consonancia con el clamor penitencial del Antiguo Testamento, donde la misericordia de Dios es el único refugio del pecador y del afligido (cf. Salmo 51:1; Daniel 9:18). Así, su fe se manifiesta como una fe humilde, informada por las promesas bíblicas y plenamente orientada hacia la gracia soberana.

Esta confesión encuentra su profundidad existencial en la causa concreta del clamor: “**Mi hija es gravemente atormentada por un demonio**”. La expresión griega *κακῶς δαιμονίζεται* (*kakōs daimonízetai*) indica una opresión severa y persistente, donde *κακῶς* intensifica la gravedad del sufrimiento y *δαιμονίζομαι* señala la acción real y personal del reino de las tinieblas. La mujer reconoce, implícitamente, que el

poder del mal excede toda capacidad humana de intervención, y que solo Cristo posee autoridad soberana para liberar. Esta convicción descansa sobre la esperanza veterotestamentaria de un Mesías que vendría a quebrantar el dominio del enemigo y a liberar a los cautivos (Génesis 3:15; Isaías 61:1). Al presentar su necesidad ante Jesús, la mujer no solo confiesa su fe en su identidad mesiánica, sino que descansa plenamente en su poder real sobre las fuerzas del mal. De este modo, su clamor se convierte en un acto de fe que reconoce que el reino de Dios, encarnado en la persona de Cristo, es superior y victorioso sobre el reino de las tinieblas, anticipando la derrota definitiva del mal que será consumada en la Pascua.

Pregunta escudriñadora:

¿Reconozco la soberanía de Cristo aun cuando Él parece obrar fuera de mis expectativas o límites religiosos?

Aplicación práctica:

En la Cuaresma, somos llamados a seguir a Cristo incluso cuando su camino nos conduce a territorios incómodos, confiando en que su propósito redentor siempre trasciende nuestras fronteras visibles.

2. El silencio del Señor y la dureza de corazón de los discípulos. ²³ Pero Jesús no le respondió palabra. Entonces acercándose sus discípulos, le rogaron, diciendo: Despídela, pues da voces tras nosotros. ²⁴ Él respondiendo, dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (*Mateo 15:23–24*).

El evangelista describe con sobriedad y fuerza teológica uno de los momentos más desconcertantes del relato: "**Jesús no le respondió palabra**". En el texto griego, la expresión *οὐκ ἀπεκρίθη αὐτῇ λόγον* (uk apekríthe auté lógon) subraya una negación absoluta de respuesta verbal, intensificando deliberadamente la tensión narrativa. Este silencio no debe interpretarse como indiferencia ni rechazo, sino como un acto pedagógico intencional del Señor. A lo largo de la Escritura, el silencio de Dios aparece frecuentemente como antesala de una revelación más profunda y transformadora, el clamor aparentemente no escuchado del justo (Salmo 22:1–2), la espera expectante de la misericordia divina (Isaías 30:18), o el tiempo de aparente abandono que precede a la intervención salvadora. Aquí, el silencio de Cristo cumple una función formativa, **prueba la fe de la mujer, despoja toda expectativa de respuesta automática y revela que la gracia no se recibe por demanda, sino por confianza perseverante**. En este silencio, el Señor enseña que la fe verdadera aprende a esperar, a depender radicalmente de la gracia y a someterse al tiempo soberano de Dios, siendo conformada, incluso sin palabras, a la imagen del Hijo obediente.

Mientras la mujer persevera en su clamor, los discípulos reaccionan con incomodidad y dureza: "**Despídela, pues da voces tras nosotros**". El verbo *ἀπόλυσον* (*apóluson*, "despídela") puede implicar tanto un deseo de expulsión como una

solicitud pragmática para silenciar la molestia, revelando un corazón aún gobernado por prejuicios religiosos y fronteras étnicas. Su reacción pone de manifiesto que, aunque han sido llamados por Cristo, todavía interpretan la misión del Mesías desde categorías limitadas y excluyentes. En su mentalidad, una mujer gentil, considerada impura y ajena a los pactos, no merece atención ni lugar en la economía de la gracia. Así, olvidan la enseñanza profética según la cual Dios desea misericordia y no sacrificio (Oseas 6:6), y pasan por alto el testimonio del Antiguo Testamento que anuncia la compasión divina extendida a las naciones (Isaías 56:6–7). Paradójicamente, mientras los discípulos desean apartarla, el Buen Pastor se detiene, guarda silencio y permite que la fe de esta mujer sea expuesta ante todos, revelando que los verdaderos límites no los establece la etnia ni el privilegio, sino la dureza o la apertura del corazón.

2.1. El Señor prueba la fe públicamente con una aparente dureza.

La respuesta de Jesús —“**No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel**”— constituye una declaración teológicamente precisa que debe leerse dentro del orden histórico del plan redentor. El verbo *ἀπεστάλην* (*apestálēn*, “he sido enviado”) subraya la misión divina del Hijo como Enviado del Padre, conforme a las promesas hechas a Israel. Esta afirmación no expresa una negación definitiva de los gentiles, sino el reconocimiento del orden establecido por Dios en la historia de la salvación, tal como más tarde afirmará san Pablo: “al judío primeramente, y también al griego” (Romanos 1:16). Cristo declara públicamente la verdad de su misión inicial, no para excluir, sino para provocar una respuesta de fe que trascienda toda pretensión de derecho. Al hacerlo, expone ante los discípulos que Dios es capaz de levantar hijos a Abraham aun de los lugares más inesperados, cumpliendo así la promesa de que en la descendencia de Abraham serían benditas todas las naciones (Génesis 12:3).

Esta aparente dureza revela, en realidad, la profundidad de la obra divina y la ceguera momentánea de los discípulos. Ellos, probablemente, se sintieron inicialmente confirmados en su comprensión restringida de la gracia, incapaces de discernir que el Señor estaba obrando más allá de sus categorías. La Escritura, sin embargo, enseña que no es judío el que lo es exteriormente, sino aquel cuyo corazón ha sido transformado por Dios (cf. Deuteronomio 10:16; Jeremías 4:4; Romanos 2:28–29). **En la mujer cananea, Dios manifiesta que la fe auténtica no surge del linaje ni del privilegio religioso, sino de su llamado soberano.** La reacción de los discípulos revela la persistencia de corazones aún endurecidos por expectativas humanas, mientras que la fe de la mujer anticipa la Iglesia reunida de entre todas las naciones. Así, el Señor, mediante una palabra que parece restrictiva, abre el camino para una revelación mayor, **que la gracia no pertenece a un pueblo por derecho, sino que es otorgada libremente por Dios a quienes, con humildad y perseverancia, se abandonan a su misericordia soberana.**

Pregunta escudriñadora:

¿Cómo reacciono cuando Dios guarda silencio ante mis súplicas más urgentes?

Aplicación práctica:

El silencio de Dios en la oración cuaresmal nos invita a examinar si buscamos su don o su voluntad, aprendiendo a perseverar sin condiciones.

3. Humildad que se postra y fe que no retrocede. ²⁵ Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo: ¡Señor, socórreme! ²⁶ Respondiendo él, dijo: No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos". (*Mateo 15:25-26*).

El relato alcanza ahora su punto decisivo: "*Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo: ¡Señor, socórreme!*" (v. 25). El verbo utilizado por Mateo, **προσεκύνει** (*prosekýnei*), no describe una simple inclinación corporal, sino un acto de **adoración reverente** que, a lo largo del Evangelio, se reserva para el reconocimiento de una autoridad que trasciende lo meramente humano (cf. Mateo 2:11; 14:33; 28:9). La mujer, lejos de retroceder ante el silencio y la aparente dureza, avanza hacia Cristo y se postra, confesando con su cuerpo lo que ya ha expresado con sus labios: que Él es su Señor y su única esperanza. Aquí la fe se manifiesta como verdadera humildad, no como autonegación estéril, sino como abandono consciente de toda autosuficiencia ante el señorío absoluto del Hijo de Dios.

Su oración se reduce ahora a una súplica breve y total: "*Κύριε, βοήθει μοι*" (*Kýrie, boéthei moi*), "Señor, socórreme". El imperativo **βοήθει** expresa una petición urgente, nacida de la conciencia de una necesidad extrema. No hay razonamientos ni apelaciones al mérito; no hay defensa propia ni exigencia alguna. Este clamor desnudo recuerda la oración de los justos en los Salmos: "*Oh Dios, acude a librarne; apresúrate, oh Señor, a socorrerme*" (Salmo 70:1). La mujer encarna así la fe que se aferra únicamente a la misericordia divina, una fe que, al despojarse de todo reclamo, se convierte en instrumento de la gracia salvadora. Esta es la postura del creyente justificado: postrado en humildad, pero firme en la confianza.

3.1. Una respuesta que prueba la fe y da ocasión a la humildad.

La respuesta del Señor introduce una imagen que, leída superficialmente, podría parecer dura: "*No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos*" (v. 26). Sin embargo, el uso del término **κυνάρια** (*kynária*), diminutivo de *κύων*, suaviza significativamente la expresión, aludiendo no a animales salvajes, sino a perros domésticos. Esta elección lingüística revela que Cristo no está rechazando a la mujer, sino **probando su fe** y llevándola al punto en que toda pretensión humana queda excluida. La metáfora del "pan" remite al lenguaje del Antiguo Testamento,

donde el alimento simboliza las bendiciones del pacto (cf. Salmo 147:19–20; Éxodo 16), y los “hijos” representan a Israel como receptor inicial de la revelación divina.

Lejos de extinguir la fe de la mujer, esta palabra del Señor crea el espacio para que su humildad resplandezca con mayor claridad. En la economía divina, la humillación precede a la exaltación (cf. Proverbios 15:33; 1 Samuel 2:7–8). Cristo, manso y humilde de corazón (Mateo 11:29), conduce a esta mujer por el camino de la fe purificada, una fe que acepta su total indignidad sin desesperar de la bondad del Señor. Así, el aparente rigor de la respuesta de Jesús no brota de dureza, sino de amor formativo, **el mismo amor que, a través de la prueba, arranca la soberbia del corazón humano y hace florecer una confianza íntegra, dependiente y perseverante**. En este punto, la mujer no solo busca misericordia, se convierte en testigo de cómo la gracia actúa allí donde la humildad se rinde por completo ante Cristo.

Pregunta escudriñadora:

¿Estoy dispuesto a abandonar toda pretensión de derecho ante Dios y descansar únicamente en su misericordia?

Aplicación práctica:

La Cuaresma nos llama a una oración más sencilla y verdadera, donde la fe se expresa no en la elocuencia, sino en la entrega humilde.

4. La fe que discierne la gracia incluso en lo mínimo. ²⁷ Y ella dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. ²⁸ Entonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora” (*Mateo 15:27–28*).

La respuesta de la mujer cananea alcanza una profundidad teológica y espiritual extraordinaria: *“Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos”* (v. 27). Su afirmación inicial —**Naí, Kúrie** (*Naí, Kýrie*)— no introduce objeción alguna, sino una plena aquiescencia al orden divino. Ella no se resiste a la economía de la salvación ni cuestiona la prioridad histórica de Israel; antes bien, reconoce con humildad la soberanía de Dios y confía en la **sobreabundancia de su gracia**. Esta fe no se ofende ni se repliega, porque ha aprendido a discernir que incluso aquello que parece mínimo en el Reino de Dios es portador de vida y salvación.

La imagen de las “migajas” (**ψῆξα, psichía**) no expresa escasez, sino plenitud desbordante. En la lógica del Reino, una sola migaja de la mesa del Señor es suficiente para sanar, restaurar y dar vida. Aquí resuena la memoria veterotestamentaria del maná en el desierto, don gratuito que descendía cada día no como salario, sino como pura gracia (Éxodo 16:4–15). Del mismo modo, la mujer comprende que la misericordia de Dios no se mide por cantidades, sino por su

origen, **procede del Dios vivo y, por tanto, nunca es insuficiente.** Su fe discierne que, aun en su condición de extranjera, ella se encuentra ya dentro del ámbito del cuidado del Señor, como quien pertenece a la casa y vive de la bondad de su Amo.

4.1. La fe que es bendecida con el Sí y el amén.

La respuesta final de Jesús corona el itinerario de fe de la mujer: "*¡Oh mujer, grande es tu fe!*" (v. 28). El adjetivo **μεγάλη** (*megalē*) subraya no una fe ostentosa, sino una fe profundamente arraigada en la humildad, en marcado contraste con la "poca fe" (**ὀλιγόπιστοι**) que en otros pasajes caracteriza incluso a los discípulos (cf. Mateo 14:31; 16:8). Cristo exalta esta fe porque reconoce en ella el fruto de un corazón quebrantado y confiado, conforme a la promesa, **"A este miraré: al humilde y al que tiembla a mi palabra" (Isaías 66:2)**. En esta mujer se cumple el principio constante de la Escritura, Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Proverbios 3:34).

La sanidad acontece "desde aquella hora" (**ἀπὸ τῆς ὥρας ἐκείνης**), señalando la eficacia inmediata de la palabra soberana de Cristo y la plena participación de la fe perseverante en la gracia sanadora. Una vez cumplido el propósito formativo — purificar la fe, despojarla de todo apoyo humano y conducirla a una confianza absoluta—, la respuesta divina se manifiesta con un "sí" pleno y definitivo. Así, el texto nos enseña que las pruebas no son obstáculos al favor de Dios, sino instrumentos mediante los cuales Él nos conduce a pedir correctamente y a recibir abundantemente. En última instancia, la mayor dádiva concedida a esta mujer no es solo la sanidad de su hija, sino la revelación de que Cristo mismo es su porción y su bien supremo, cumplimiento de la promesa: "*El Señor es la parte de mi herencia y de mi copa*" (Salmo 16:5).

Pregunta escudriñadora:

¿Confío en que incluso la gracia que no comprendo plenamente es suficiente para mi necesidad más profunda?

Aplicación práctica:

En el camino hacia la Pascua, aprendemos a vivir no de la abundancia visible, sino de la fidelidad invisible de Dios, que nunca niega su misericordia al corazón contrito.

Conclusión:

El relato de la mujer cananea nos conduce al corazón mismo de la pedagogía cuaresmal con la que la Iglesia es guiada del desierto a la Pascua. En este encuentro, el Señor no solo concede una sanidad, sino que forma una fe auténtica, **una fe que no se escandaliza ante el silencio divino, que no se repliega frente a la prueba, y que no apela a derechos ni méritos, sino que persevera**

humildemente aferrada a la misericordia soberana de Dios. Lo que en apariencia se presenta como rechazo se revela, a la luz de la fe, como un proceso de purificación mediante el cual Cristo despoja al corazón humano de toda autosuficiencia para hacerlo plenamente receptivo a la gracia.

Así, el territorio gentil, el silencio del Señor, la palabra que prueba y la respuesta humilde convergen en una proclamación pascual anticipada, **la gracia de Dios irrumpe con poder allí donde la fe ha sido llevada a su desnudez más profunda.** El desierto del sufrimiento y de la espera no es el final del camino, sino el lugar donde la esperanza es afinada y donde la fe aprende a discernir que incluso las "migajas" de la mesa del Señor son plenitud de vida. Como Israel en el éxodo, la Iglesia aprende que no vive de pan solamente, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios, palabra que aquí se encarna en la misericordia de Cristo.

En esta Segunda Dominica de Cuaresma, la Iglesia confiesa nuevamente que la salvación no es posesión ni conquista humana, sino don gratuito; no es prerrogativa étnica ni logro moral, sino gracia soberana recibida por la fe viva. El camino hacia la vida nueva pasa, inevitablemente, por la humillación del orgullo, la perseverancia en la prueba y la confianza absoluta en Cristo, el Señor misericordioso que nunca desoye la fe verdadera. A quienes, como la mujer cananea, se postran ante Él con un corazón quebrantado y confiado, el Señor sigue diciendo hoy. **"Hágase contigo como quieres"**, anticipando ya en el tiempo presente la alegría y la plenitud de la Pascua eterna.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

Amén.

Estación de Cuaresma

Tercera Dominica de Cuaresma



Lucas 11:14-28

"De las Tinieblas a la Luz: la defensa divina y el llamado a vivir como hijos de la Luz"
Devoción para la Tercera Domínica de Cuaresma

Oración Inicial:

Oh Dios eterno y todopoderoso, luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, concédenos, en este tiempo santo de Cuaresma, ser librados del engaño de las tinieblas y fortalecidos por tu gracia, para que, renunciando a toda obra de oscuridad, vivamos como hijos de la luz, siguiendo fielmente a Jesucristo, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Colecta del Día:

TE suplicamos, Omnipotente Dios, que atiendas a los vivos deseos de tus humildes siervos, y extiendas la diestra de tu Majestad, para que sea nuestra defensa contra todos nuestros enemigos; mediante Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Meditación:

La Colecta de la Tercera Domínica de Cuaresma eleva ante Dios una súplica profundamente bíblica y sobriamente realista, **el reconocimiento de que el pueblo del Señor peregrina en medio de una lucha constante contra enemigos que no puede vencer por sus propias fuerzas**. Al implorar que Dios "atienda los vivos deseos" de sus humildes siervos y extienda la diestra de su Majestad como defensa, la Iglesia confiesa, a la vez, su radical dependencia y su firme esperanza. Esta oración se enraíza en la experiencia del Antiguo Testamento, donde la "diestra del Señor" es símbolo recurrente de poder salvador, de intervención soberana y de victoria sobre enemigos tanto visibles como invisibles (cf. Éxodo 15:6; Salmo 18:35). A la luz de esta confesión, resuena con particular fuerza la enseñanza apostólica, **"Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes"** (Efesios 6:12). Así, la Iglesia discierne que sus adversarios exceden toda capacidad humana, la astucia del diablo y de sus demonios, los poderes de este mundo que se oponen al Ungido de Dios, los falsos maestros, los deseos de la carne no mortificados y las vanidades engañosas del siglo presente. Por ello, sólo Dios puede ser su pronto auxilio y defensa mientras avanza, en fe y obediencia, en su peregrinación terrenal.

La Epístola a los Efesios (5:1–14) nos conduce a contemplar, con sobria profundidad espiritual, el abismo que separa el pasado del creyente de su presente en Cristo. San Pablo recuerda a la Iglesia que hubo un tiempo en que no solo caminábamos

en tinieblas, sino que éramos tinieblas, nuestras palabras, deseos y obras estaban sometidos a la esclavitud del pecado y al dominio del maligno; vivíamos ajenos a la vida de Dios, incapaces de agradarle y sin verdadera libertad. Pero ahora, por la intervención soberana de la diestra del Señor, hemos sido trasladados de la oscuridad a la luz, de la servidumbre al pecado a la libertad gozosa de vivir bajo el señorío de Cristo. Ya no somos hijos de la noche, sino hijos de la luz; ya no estamos gobernados por pasiones desordenadas, sino llamados a reflejar el carácter santo de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable.

Este contraste ilumina de manera pastoral la súplica de la Colecta, la defensa que imploramos no es solo contra enemigos externos, sino contra aquello que antes reinaba en nuestro interior. Dios no solo nos protege, sino que nos transforma; no solo nos guarda, sino que nos rehace. Así como Israel fue sacado de la esclavitud de Egipto para caminar a la luz de la presencia divina (cf. Éxodo 13:21; Isaías 9:2), así el creyente es llamado a dejar atrás las obras estériles de las tinieblas y a vivir en la claridad de una obediencia agradecida. En armonía con esta verdad, el *Primer Libro de Homilías*, en la *Homilía sobre la verdadera fe viva*, nos recuerda que la fe que justifica nunca permanece sola, sino que engendra una vida nueva, visible y perseverante, como testimonio de que hemos pasado verdaderamente de muerte a vida, y de las tinieblas a la luz de Cristo.

El relato de Lucas 11:14–28 expone la irrupción soberana del Reino de Dios en la historia de la salvación, donde la expulsión del demonio mudo manifiesta que el **Señorío de Cristo** no admite neutralidad. Ante la calumnia que atribuye su autoridad a Beelzebú, Jesús despliega una lógica teológica irrefutable, **la derrota de Satanás no es un conflicto interno del mal, sino la victoria del «más fuerte» que, por el dedo de Dios, despoja al usurpador de su botín**. Esta obra redentora no es un acto aislado, sino el cumplimiento de las **promesas del pacto** iniciadas en el Protoevangelio de Génesis 3:15, donde se profetizó la derrota definitiva de la serpiente. Al rescatar a los cautivos, Cristo actúa como el nuevo y verdadero Adán, reclamando para su Reino lo que el pecado había sujetado a la servidumbre, e inaugurando una nueva humanidad justificada y libre por su sola gracia.

Siguiendo la enseñanza de San Ireneo de Lyon sobre la **recapitulación**, entendemos que el Verbo encarnado penetró el dominio del enemigo para despojarlo legítimamente desde nuestra propia naturaleza humana. Como señala Ireneo en *Adversus Haereses*, Cristo venció allí donde nosotros caímos, restituyendo al hombre a la comunión con el Padre mediante su obediencia perfecta. Esta victoria real y ontológica, central en la identidad anglicana, nos enseña que la libertad cristiana es el fruto de una **incorporación activa en Cristo**. El Evangelio no deja lugar a la ambigüedad, **quien no recoge con Él, desparrama**. Por tanto, la derrota de las tinieblas no solo fundamenta nuestra esperanza, sino que nos convoca

a una vida de fidelidad vigilante y obediencia bajo el estandarte de aquel que nos rescató del poder de la muerte para hacernos coherederos de su gloria eterna.

La convergencia entre la Colecta, la Epístola y el Evangelio en esta Tercera Dominica de Cuaresma se manifiesta con una armonía profundamente pedagógica y pastoral. La Colecta eleva el clamor humilde de la Iglesia que, consciente de su fragilidad, suplica la defensa poderosa de la diestra de Dios frente a enemigos que la superan; la Epístola muestra el fruto de esa defensa en una vida rescatada de las tinieblas y ahora llamada a caminar como hija de la luz, renunciando a las obras del pecado y revistiéndose de una obediencia que refleja el carácter mismo de Dios; y el Evangelio revela el fundamento objetivo de esta esperanza y de esta transformación, **Cristo, el Más Fuerte, ha vencido al enemigo, ha despojado a Satanás de su poder y ha inaugurado el Reino de Dios con autoridad irresistible**. Así, la oración de la Iglesia no queda suspendida en el vacío, sino que se apoya en la victoria consumada de Cristo; la exhortación apostólica no es un moralismo estéril, sino la respuesta agradecida de quienes han sido liberados; y la confrontación evangélica nos recuerda que no hay neutralidad posible en esta lucha espiritual. En el camino cuaresmal, la Iglesia aprende a orar desde su necesidad, a vivir desde la luz recibida y a descansar en la victoria del Señor, avanzando con esperanza desde el desierto de la prueba hacia la Pascua de la vida nueva.

Lectura Orante de la Palabra:

Al meditar Efesios 5:1–14, la Iglesia recibe un llamado urgente y pastoral a una vida marcada por el arrepentimiento continuo y la renovación progresiva que brota de la gracia. El apóstol no se dirige a inconversos, sino a creyentes ya iluminados, recordándoles que, aunque han sido rescatados de las tinieblas, aún caminan en un mundo donde el pecado busca recuperar terreno en el corazón. Por ello, abandonar las obras infructuosas de la oscuridad implica más que un rechazo externo del mal, **supone una conversión cotidiana de la mente y de la voluntad, una mortificación constante del viejo hombre y una disposición humilde a ser expuestos y corregidos por la luz de Cristo**. Este proceso de santificación se sostiene por el uso diligente de los medios de gracia —la Palabra proclamada y escuchada, los sacramentos fielmente administrados, la oración perseverante y la comunión de los santos— mediante los cuales el Espíritu del Señor conforma al creyente a la imagen del Hijo. Así, el llamado paulino resuena en continuidad con la exhortación profética, “Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz” (Isaías 60:1), no como un simple imperativo moral, sino como una invitación a vivir desde la realidad ya inaugurada de la redención, donde la luz recibida en Cristo capacita al creyente para caminar, día tras día, en una obediencia que glorifica a Dios y da testimonio del Reino.

El Evangelio del día proclama con claridad que la libertad cristiana no consiste meramente en la ausencia de opresión, sino en la plenitud de una vida habitada por

la presencia soberana de Dios. Como atestigua el mismo Señor: «si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Juan 8:36), afirmación que subraya que la emancipación del pecado no se alcanza por negación o vacío, sino por la unión viva con Cristo, en quien somos injertados por la fe. En este pasaje, Jesús revela que no existe neutralidad posible en el conflicto espiritual, pues declara con autoridad, “el que no es conmigo, contra mí es” (Mateo 12:30). La liberación del endemoniado manifiesta que Cristo no solo derrota al enemigo, sino que reclama el corazón humano como territorio de su Reino. En consonancia, san Agustín advierte con solemnidad pastoral: «No basta con que el espíritu inmundo haya salido; si Cristo no entra a habitar, el vacío se convierte en ocasión para un mal mayor» (Sermón 125), enseñando que un corazón liberado, pero no gobernado por Cristo permanece expuesto a una recaída más profunda si no es llenado por la fe viva, la obediencia y la caridad. Así, conforme a la tradición anglicana, la Palabra nos instruye que la defensa divina no nos conduce a una pasividad espiritual, sino a una fidelidad vigilante, en la cual la verdadera libertad se expresa, paradójicamente, en el gozoso y obediente servicio a aquel que, por pura gracia, nos ha rescatado y hecho suyos.

Preguntas para Reflexionar:

1. **Desde la Colecta:** ¿Reconozco con humildad mi necesidad constante de que Dios extienda su diestra para defenderme de mis enemigos espirituales?
2. **Desde la Epístola:** ¿De qué maneras concretas estoy llamado a vivir como hijo de la luz, abandonando las obras de las tinieblas?
3. **Desde el Evangelio:** ¿Vivo plenamente bajo el señorío de Cristo, o intento permanecer en una falsa neutralidad espiritual?

Aplicaciones Prácticas:

1. **Colecta:** Cultivar una vida de oración constante, reconociendo que solo la defensa del Señor puede sostenernos en la lucha espiritual diaria.
2. **Epístola:** Examinar la propia conducta y hábitos a la luz de la santidad cristiana, buscando reflejar el fruto de la luz en bondad, justicia y verdad.
3. **Evangelio:** Aferrarse a Cristo como el Vencedor del mal, llenando la vida con la Palabra y la obediencia para permanecer firmes en la libertad recibida.

Oración Final:

Oh Dios omnipotente y fiel, tú que con tu diestra poderosa derrotas a nuestros enemigos y nos llamas de las tinieblas a tu luz admirable, guárdanos en la obediencia de la fe. Libranos de todo engaño del maligno, haznos caminar como hijos de la luz,

y concédenos perseverar en la santidad, para que, defendidos por tu gracia, te glorifiquemos ahora y por siempre; por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

“El más fuerte ha llegado: del poder de las tinieblas a la obediencia que guarda la palabra”

Sermón para la Tercera Dominica de Cuaresma

“¹⁴ Estaba Jesús echando fuera un demonio, que era mudo; y aconteció que salido el demonio, el mudo habló; y la gente se maravilló. ¹⁵ Pero algunos de ellos decían: Por Beelzebú, príncipe de los demonios, echa fuera los demonios. ¹⁶ Otros, para tentarle, le pedían señal del cielo. ¹⁷ Mas él, conociendo los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado; y una casa dividida contra sí misma, cae. ¹⁸ Y si también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo permanecerá su reino? ya que decís que por Beelzebú echo yo fuera los demonios. ¹⁹ Pues si yo echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿vuestros hijos por quién los echan? Por tanto, ellos serán vuestros jueces. ²⁰ Mas si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros. ²¹ Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está lo que posee. ²² Pero cuando viene otro más fuerte que él y le vence, le quita todas sus armas en que confiaba, y reparte el botín. ²³ El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama. ²⁴ Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo; y no hallándolo, dice: Volveré a mi casa de donde salí. ²⁵ Y cuando llega, la halla barrida y adornada. ²⁶ Entonces va, y toma otros siete espíritus peores que él; y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero. ²⁷ Mientras él decía estas cosas, una mujer de entre la multitud levantó la voz y le dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste. ²⁸ Y él dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan” (*Lucas 11:14–28*).

Introducción:

El Evangelio según san Lucas (11:14–28) nos introduce en el corazón mismo del conflicto espiritual que atraviesa toda la historia de la redención. En la expulsión del demonio mudo, Cristo manifiesta de forma visible y contundente su autoridad soberana sobre el reino de las tinieblas y revela que el Reino de Dios ha irrumpido decisivamente en la historia. Sin embargo, este acto liberador no suscita una respuesta uniforme, algunos se maravillan, otros blasfeman atribuyendo la obra del Espíritu a Beelzebú, y otros, aún insatisfechos, exigen señales adicionales. En medio de esta diversidad de reacciones humanas, el Señor proclama una verdad central e ineludible, **el Reino ha llegado porque el Más Fuerte ha vencido al fuerte y ha comenzado a despojarlo de su dominio.**

Los Padres de la Iglesia reconocieron en este pasaje una clave decisiva para comprender, a la vez, la victoria objetiva de Cristo y la responsabilidad espiritual del creyente que ha sido liberado. San Agustín de Hipona identifica explícitamente a Cristo como el *fortior*, el “Más Fuerte” que irrumpe en la casa del hombre fuerte, derrota al enemigo antiguo y libera al ser humano de la esclavitud del pecado y del

diablo; sin embargo, añade una advertencia de profundo tono pastoral, **el alma que ha sido liberada no puede permanecer vacía ni ociosa, porque, si no es habitada y gobernada por la gracia de Cristo, queda expuesta a una recaída más grave que la condición anterior** (cf. *Sermón* 125, sobre Mt 12 y Lc 11; *De Trinitate* IV, 13–15). Para Agustín, la victoria de Cristo exige una inhabitación continua del corazón por el amor divino, de modo que la libertad recibida sea custodiada por la obediencia. San Cirilo de Alejandría, por su parte, interpreta la expulsión del demonio como una señal inequívoca de que el Reino de Dios ha irrumpido efectivamente en la historia conforme a las promesas hechas a Israel; este acto revela que la obra mesiánica de Cristo no se reduce a una liberación política o externa, sino que es, ante todo, espiritual y escatológica, dirigida a despojar a Satanás de su dominio sobre la humanidad (cf. *Comentario al Evangelio de Lucas*, ad loc., sobre Lc 11:20–22). Finalmente, san Juan Crisóstomo subraya que la acusación dirigida contra Jesús —atribuir su obra al poder de Beelzebú— manifiesta la ceguera de un corazón endurecido que, al resistirse obstinadamente a la verdad, llega a confundir la luz con las tinieblas; tal perversión del juicio es, para Crisóstomo, uno de los signos más graves del engaño espiritual que afecta a quienes rechazan la acción salvadora de Dios (cf. *Homilías sobre Mateo* 41, aplicables al paralelo sinóptico). De este modo, el testimonio patrístico converge en afirmar que la victoria de Cristo es real y definitiva, pero reclama una respuesta perseverante de fe, vigilancia y obediencia por parte de aquellos que han sido rescatados.

Estas lecturas patrísticas armonizan de manera profunda y orgánica con la enseñanza propia del anglicanismo clásico. El Artículo XVIII de los *Treinta y Nueve Artículos de la Religión Cristiana*, titulado "*De obtener la salvación eterna solamente por el Nombre de Cristo*", confiesa con claridad inequívoca que "solo el Nombre de Jesucristo es aquel por el cual los hombres deben ser salvos", rechazando toda pretensión de liberación o salvación al margen de su persona y obra redentora. Esta afirmación doctrinal sitúa a Cristo como el *Más Fuerte* que vence definitivamente al pecado, al diablo y a la muerte, y excluye cualquier neutralidad religiosa o moral frente a su señorío. De modo concordante, el *Segundo Libro de Homilías* proclama que la victoria de Cristo sobre el pecado, la muerte y Satanás constituye el fundamento firme y suficiente de la vida cristiana, especialmente en la *Homilía de la Resurrección* y en la *Homilía del estado del hombre*, donde se enseña que el creyente, habiendo sido librado del dominio del enemigo, es llamado a vivir en obediencia viva y perseverante. En este sentido, el testimonio lucano no solo anuncia una liberación objetiva y consumada en Cristo, sino que interpela al oyente a una respuesta concreta y existencial: **no existe neutralidad ante el Señor que ha vencido, y la verdadera libertad solo se conserva allí donde el corazón liberado permanece bajo el gobierno de su Palabra y la obediencia de la fe.**

En el marco de la Estación de Cuaresma, este pasaje se convierte en una auténtica pedagogía espiritual. Nos llama a discernir la naturaleza de la verdadera liberación,

a reconocer la seriedad del combate espiritual y a comprender que la victoria del Más Fuerte no culmina en un vacío, sino en una vida rendida a la obediencia que guarda la Palabra. Aquí convergen los grandes temas cuaresmales —arrepentimiento, vigilancia, fidelidad perseverante y renovación interior— en continuidad con el testimonio del Antiguo Testamento, donde Yahvé se revela como Guerrero poderoso que libra a su pueblo y reclama para sí un corazón íntegro (Éxodo 15:3; Salmo 24:8). Así, este Evangelio nos conduce del poder de las tinieblas a la obediencia viva que glorifica a Dios y confirma que, verdaderamente, el Más Fuerte ha llegado.

1. La manifestación del Reino en la expulsión del demonio. “¹⁴ Estaba Jesús echando fuera un demonio, que era mudo; y aconteció que salido el demonio, el mudo habló; y la gente se maravilló” (Lc 11:14).

El evangelista presenta este signo como una **manifestación concreta del Reino de Dios**. Jesús no solo enfrenta una dolencia visible, sino que desvela su raíz espiritual, la mudez del hombre es consecuencia directa de la opresión demoníaca. El texto griego describe al espíritu como **κωφὸν** (*kōphón*), término que puede indicar tanto incapacidad para hablar como dificultad para oír, sugiriendo una **interrupción radical de la comunicación**. De este modo, Lucas subraya que el poder del mal no solo aflige el cuerpo, sino que **silencia la voz humana**, impidiendo la alabanza, la confesión y el testimonio.

Esta imagen remite al trasfondo veterotestamentario donde la mudez aparece asociada al juicio, la opresión o la impotencia ante Dios (cf. Sal 38:13; Is 56:10). Sin embargo, los profetas también anuncian que, en la era mesiánica, tales condiciones serían revertidas, “*entonces cantará la lengua del mudo*” (Is 35:6). Al devolverle el habla al hombre, Jesús no realiza un simple milagro aislado de compasión, sino que **inaugura visiblemente el cumplimiento de las promesas escatológicas**, confirmando que el tiempo de la restauración ha llegado.

En este sentido, las curaciones y exorcismos de Jesús deben entenderse como **señales del Reino** y no como simples actos prodigiosos. La Escritura revela que las diversas discapacidades físicas —la ceguera, la sordera, la mudez, la cojera y la lepra— funcionan tipológicamente como **imágenes de la condición espiritual del ser humano caído**. El ciego no percibe el camino de la salvación, el sordo no atiende a la voz de Dios, el cojo no puede andar conforme a su voluntad, el mudo no proclama su gloria y el leproso encarna la corrupción progresiva y contagiosa del pecado. Frente a esta realidad, Jesús se presenta como **la única medicina eficaz**, pues solo Él posee autoridad para sanar tanto el cuerpo como el alma. Por ello, Isaías 35:5-6 no describe simples actos terapéuticos, sino las credenciales inequívocas del **Mesías verdadero**, cuyas obras autentifican su identidad y su misión redentora.

Leído en clave cuaresmal, este signo de liberación adquiere una profundidad espiritual particular, pues la Cuaresma es el tiempo en que la Iglesia se dispone a escuchar de nuevo la voz de Dios y a recuperar la palabra que el pecado ha silenciado. La mudez causada por la opresión demoníaca se convierte en imagen del corazón humano cautivo, incapaz de confesar la fe, alabar al Creador o dar testimonio de la verdad. Al expulsar al demonio y devolver el habla al hombre, Cristo manifiesta que el Reino irrumpe precisamente para romper ese silencio espiritual, restaurando la comunión perdida. Así, la Cuaresma no es solo un tiempo de abstinencia exterior, sino un camino de sanidad interior, en el que el Mesías verdadero libera al creyente de toda atadura que impide oír su Palabra y proclamarla con libertad. De este modo, el llamado cuaresmal al arrepentimiento y a la conversión se presenta como una participación concreta en la obra del Reino, **pasar del silencio impuesto por las tinieblas a la voz restaurada que glorifica a Dios y anuncia su salvación.**

1.1. La reacción del pecador ante la manifestación del reino.

La afirmación lucana "*salido el demonio*" pone de relieve la **potestad soberana de Cristo**. No hay diálogo ni negociación, ante su presencia, el espíritu maligno se ve obligado a retirarse. Esta expulsión evidencia el choque entre dos dominios irreconciliables, **el Reino de Dios irrumpe haciendo retroceder al reino de las tinieblas**. La autoridad de Jesús no procede de técnicas rituales ni de poderes derivados, sino de su propia santidad y del Espíritu de Dios que actúa en Él. Allí donde Cristo está presente, el mal no puede permanecer, pues "*la luz resplandece en las tinieblas*" (cf. Jn 1:5).

La respuesta inmediata de la multitud se expresa con el verbo **ἐθαύμασαν** (*ethaúmasan*), que denota un asombro profundo ante una obra que trasciende la experiencia ordinaria. No se trata de una admiración superficial, sino del reconocimiento implícito de que algo **decisivamente nuevo y divino** está ocurriendo en medio de ellos. Este asombro confirma que los signos mesiánicos anunciados por los profetas no pertenecen ya al futuro, sino que se están cumpliendo en la persona de Jesús.

Sin embargo, este mismo asombro prepara el terreno para una división ulterior, el Reino, al manifestarse, **exige una respuesta**. La expulsión del demonio no solo revela el poder de Cristo, sino que confronta al corazón humano con la pregunta inevitable sobre su identidad y autoridad. Así, el milagro funciona como un acto revelador que desenmascara tanto la fe naciente como la resistencia endurecida, anticipando la enseñanza posterior de Jesús acerca de la imposibilidad de la neutralidad ante el Reino de Dios.

En la Estación de Cuaresma, esta reacción ante la manifestación del Reino adquiere un carácter exhortativo para la vida espiritual del creyente. Este tiempo litúrgico no

solo contempla la victoria objetiva de Cristo sobre las tinieblas, sino que invita a examinar cómo responde el corazón cuando esa victoria se hace presente. El asombro inicial de la multitud refleja una apertura incipiente, pero insuficiente, pues la Cuaresma recuerda que el Reino no admite una admiración distante, sino una conversión concreta. La expulsión del demonio se convierte así en una llamada cuaresmal a permitir que la luz de Cristo expulse toda resistencia interior, revelando aquello que aún se opone a su señorío. En este camino penitencial, el creyente es confrontado con la imposibilidad de la neutralidad, **o se deja transformar por la presencia del Más Fuerte, o endurece el corazón ante la evidencia de su poder**. De este modo, la Cuaresma se presenta como el tiempo propicio para pasar del asombro pasajero a la obediencia perseverante, acogiendo plenamente el Reino que irrumpe con autoridad y santidad en medio de su pueblo.

Pregunta escudriñadora:

¿Reconozco en la obra de Cristo la liberación integral que solo el Reino de Dios puede otorgar?

Aplicación práctica:

En Cuaresma somos llamados a identificar aquellas áreas donde el pecado ha silenciado nuestro testimonio, y a buscar en Cristo la restauración que devuelve voz a nuestra fe.

2. De un corazón muerto sólo puede brotar blasfemia contra el poder de Dios. ¹⁵ Pero algunos de ellos decían: Por Beelzebú, príncipe de los demonios, echa fuera los demonios. ¹⁶ Otros, para tentarle, le pedían señal del cielo” (Lc 11:15–16).

Frente a la manifestación evidente del Reino, emerge una reacción que revela la **profunda corrupción del corazón humano**. Algunos atribuyen la obra liberadora de Jesús a **Βεελζεβούλ** (*Beelzeboúl*), nombre que designa al “príncipe de los demonios” y que etimológicamente remite al “señor de las moscas”. Esta imagen evoca el ámbito de la **putrefacción, la inmundicia y la muerte**, pues las moscas se asocian a la descomposición y al hedor. La ironía teológica es contundente, aquello que es inequívocamente obra del **Señor de la vida**, que restaura, regenera y devuelve dignidad, es blasfemamente atribuido al dominio de la corrupción.

Esta reacción no es nueva en la historia de la salvación. El Antiguo Testamento testimonia cómo Israel, aun habiendo sido testigo de prodigios innegables, endureció su corazón y cuestionó la fidelidad de Dios (cf. Núm 14; Sal 78). La incredulidad persistente no surge de falta de evidencia, sino de una **voluntad rebelde** que rehúsa someterse a la verdad. Así ocurre aquí, la liberación del mudo no conduce a la adoración, sino a la calumnia, mostrando que un corazón espiritualmente muerto es incapaz de reconocer la gloria divina incluso cuando se manifiesta con claridad.

Desde esta perspectiva, la blasfemia no es simplemente un error intelectual, sino una **distorsión moral deliberada**. El corazón caído juzga la obra de Dios desde su propia condición depravada, movido por el celo, la envidia y la impotencia ante una autoridad que no puede controlar. La reacción que cabría esperar de un israelita fiel —reconocer al Mesías prometido y postrarse en obediencia— es sustituida por la acusación sacrílega. El corazón no regenerado prefiere negar la verdad antes que arrepentirse, pues glorificar a Dios implicaría renunciar a su autonomía y someterse a su Reino.

Leído a la luz de la Cuaresma, este pasaje se convierte en un espejo espiritual que confronta a la Iglesia con la posibilidad real de endurecer el corazón incluso en presencia de la gracia. El tiempo cuaresmal no solo recuerda el combate de Cristo contra el maligno, sino que desenmascara la corrupción interior que lleva a llamar “tinieblas” a lo que es obra manifiesta de Dios. Así como algunos, cegados por su resistencia, atribuyeron al “señor de la muerte” la acción vivificadora del Mesías, también el creyente es llamado a examinar si su pecado no ha distorsionado su discernimiento hasta el punto de justificar la incredulidad. La Cuaresma, como camino de arrepentimiento y purificación, exhorta a renunciar a toda blasfemia práctica que nace del orgullo y la autosuficiencia, y a recuperar un corazón humilde capaz de reconocer la gloria de Dios allí donde Él actúa. Solo mediante esta conversión profunda se pasa de la calumnia a la adoración, y de la resistencia al sometimiento gozoso al Reino que Cristo ha manifestado con poder.

2.1. Un corazón muerto, es siempre un corazón incrédulo que se resiste al llamado de Dios.

Lucas añade una nota reveladora al señalar que *“otros, para tentarle, le pedían señal del cielo”*. El verbo **πειράζοντες** (*peirázontes*), “tentar” o “poner a prueba”, delata la intención real de estos interlocutores. No buscan discernimiento ni fe, sino reproducen la actitud del tentador por excelencia, aquel que desde el principio se opone a la obra de Dios. La Escritura es clara, tentar a Dios no es un acto de humildad, sino un acto de **arrogancia espiritual** (cf. Dt 6:16), una osadía que pretende someter la voluntad divina a criterios humanos.

La petición de una “señal del cielo” resulta especialmente perversa a la luz del contexto. Una señal ya había sido concedida, **la expulsión del demonio y la restauración del hombre mudo constituían un acto manifiestamente celestial**. Sin embargo, el corazón endurecido nunca se sacia. La exigencia de nuevas señales no responde a una carencia objetiva, sino a una **resistencia deliberada** que busca posponer la obediencia y justificar la incredulidad. Así como Israel tentó a Dios en el desierto pese a haber contemplado su poder redentor, estos oyentes exigen más pruebas para evadir la confrontación con la verdad que ya tienen delante.

De este modo, el evangelista pone al descubierto la dinámica de las tinieblas, **frustrar, desviar o desacreditar la obra de Dios mediante la sospecha y la burla**. Los milagros de Jesús, lejos de ser simples demostraciones de poder, funcionan como **señales mesiánicas** que autentifican su identidad y revelan la cercanía del Reino. Rechazarlas no es neutralidad, sino oposición activa. Solo un corazón muerto en delitos y pecados puede presenciar una obra que procede inequívocamente del Creador y, aun así, exigir más pruebas para persistir en la oscuridad. La petición de señales adicionales se convierte, así, en un velo piadoso que encubre una decisión previa: **cerrar los ojos a la luz de Cristo y permanecer voluntariamente en las tinieblas**.

En el marco de la Cuaresma, estos versículos adquieren una fuerza pedagógica particular, pues desenmascaran una tentación espiritual que acompaña al creyente en su camino penitencial, **la de exigir a Dios pruebas adicionales en lugar de responder con arrepentimiento y obediencia a la luz ya recibida**. Así como Israel tentó a Dios en el desierto después de haber sido liberado con mano poderosa, también el corazón humano, aun confrontado con las señales claras del Reino, busca postergar la conversión mediante demandas piadosas que encubren resistencia interior. La Cuaresma, como tiempo de examen y purificación, llama a la Iglesia a reconocer que no toda petición de “señales” nace de la fe, sino que muchas veces procede de un corazón endurecido que rehúye el juicio sanador de la Palabra. Frente a esta dinámica de las tinieblas, el Evangelio invita a abandonar la sospecha y la autosuficiencia, para acoger con humildad la obra ya realizada por Cristo, dejando que su luz revele y transforme aquello que aún permanece oculto. Así, el itinerario cuaresmal nos exhorta a pasar de la tentación de probar a Dios a la obediencia confiada que se rinde ante la verdad manifestada y camina hacia la Pascua con un corazón contrito y vigilante.

Pregunta escudriñadora

¿De qué maneras puedo estar resistiendo la obra de Dios por incredulidad o autosuficiencia espiritual?

Aplicación práctica

La Cuaresma nos invita a examinar nuestras motivaciones, renunciando a toda sospecha que distorsione la verdad revelada en Cristo.

3. El Más Fuerte que vence al fuerte. ¹⁷ Mas él, conociendo los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, es solado; y una casa dividida contra sí misma, cae. ¹⁸ Y si también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo permanecerá su reino? ya que decís que por Beelzebú echo yo fuera los demonios. ¹⁹ Pues si yo echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿vuestros hijos por quién los echan? Por tanto, ellos serán vuestros jueces. ²⁰ Mas si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros. ²¹ Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está lo que

posee.²² Pero cuando viene otro más fuerte que él y le vence, le quita todas sus armas en que confiaba, y reparte el botín” (Lc 11:17–22).

Jesús responde a la acusación blasfema con una argumentación de una claridad implacable. Conociendo sus pensamientos —señal de su conocimiento divino del corazón humano— declara que *πᾶσα βασιλεία μερισθεῖσα καθ’ ἑαυτῆς ἐρημοῦται* (“todo reino dividido contra sí mismo queda devastado”). La lógica del Señor no es meramente retórica, sino teológica, **el mal no puede autodestruirse voluntariamente sin anular su propio dominio**. Esta afirmación se alinea con la revelación veterotestamentaria del Dios de Israel, quien no actúa en confusión ni contradicción, sino con propósito, fidelidad y coherencia absoluta (cf. Núm 23:19; 1 Sam 15:29). Atribuir la obra liberadora de Cristo al poder de Satanás no es un error ingenuo, sino una resistencia consciente a la luz que se manifiesta con evidencia incontestable.

Jesús lleva la acusación hasta sus últimas consecuencias al señalar que, si su poder procede de Beelzebú, entonces aquellos exorcistas judíos reconocidos por el pueblo quedarían bajo la misma sospecha. De este modo, los propios referentes religiosos del judaísmo se convierten en jueces contra la obstinación de quienes blasfeman. El argumento expone la inconsistencia moral e intelectual de un corazón endurecido que, para evitar la rendición, prefiere torcer la verdad antes que reconocer la irrupción del Reino de Dios. La blasfemia, así entendida, se revela como un acto de auto-condenación, **quien llama tinieblas a la luz se encierra voluntariamente en la oscuridad**.

El clímax de la enseñanza llega con la imagen del “hombre fuerte” y del “más fuerte”. Satanás es presentado como aquel que guarda su palacio armado, ejerciendo un dominio real aunque ilegítimo sobre un territorio usurpado. Sin embargo, este dominio es temporal y vulnerable. Cuando irrumpe *ὁ ἰσχυρότερος* (“el más fuerte”), no se produce una negociación ni un equilibrio de fuerzas, sino una conquista decisiva. El Más Fuerte vence, desarma y despoja, y reparte el botín como señal pública de su victoria. Esta imagen revela el corazón del Evangelio, **la redención no consiste únicamente en una instrucción moral o en una mejora espiritual, sino en una liberación objetiva lograda por la victoria soberana de Cristo sobre los poderes del mal**. Aquí resuena la promesa antigua de Yahvé como Guerrero divino que rescata a su pueblo del opresor (cf. Is 49:24–25; Sal 24:8), ahora cumplida plenamente en el Hijo encarnado.

En el tiempo penitencial de cuaresma, este pasaje adquiere una fuerza pedagógica singular, pues sitúa a la Iglesia en el corazón mismo del combate espiritual que caracteriza este tiempo santo. La Cuaresma no es solo un itinerario de penitencia individual, sino una participación consciente en la victoria del Más Fuerte que irrumpe para despojar al enemigo de su dominio. Al contemplar a Cristo venciendo al “hombre fuerte”, la Iglesia es llamada a reconocer que su propia liberación no

procede del esfuerzo ascético aislado, sino de la obra soberana de Dios que actúa con su “dedo” poderoso. Sin embargo, esta victoria exige una respuesta, **la renuncia deliberada a toda duplicidad interior, a todo reino dividido en el corazón**. La lógica cuaresmal confronta al creyente con la imposibilidad de la neutralidad; o se permanece bajo el dominio ilusorio del usurpador, o se es conquistado por el Reino que ha llegado en Cristo. Así, la Cuaresma se revela como un tiempo de discernimiento, de despojo y de rendición, en el que el fiel, iluminado por la Palabra, se deja vencer gozosamente por el Más Fuerte, para vivir ya desde ahora bajo el señorío liberador del Dios que salva.

3.1. El Más Fuerte es el Dios Creador en acción: con el toque de su dedo restaura lo que estaba quebrado y despoja al reino de las tinieblas de todo poder.

Jesús afirma: *“si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el Reino de Dios ha llegado a vosotros”*. La expresión griega *ἐν δακτύλῳ Θεοῦ* no es mera retórica o poesía, sino profundamente teológica. Remite directamente a los grandes actos fundacionales de la historia de Israel. En Éxodo 8:19, los magos de Faraón reconocen que las plagas son obra del “dedo de Dios”, confesando implícitamente la superioridad irresistible del poder divino. En Éxodo 31:18, ese mismo “dedo” graba la Ley en tablas de piedra, señalando tanto el poder creador como la autoridad soberana de Yahvé. Al emplear esta expresión, Jesús se identifica inequívocamente con el Dios del Éxodo, el Libertador que vence a los tiranos y establece su Reino por la fuerza de su palabra creadora.

La derrota del “hombre fuerte” implica el despojo total de sus armas, es decir, de todo aquello con lo que ejercía su dominio. La Escritura nombra esas armas con claridad, **la mentira, la acusación, la división, el engaño, la usurpación de autoridad y la seducción del pecado**. Satanás es llamado diablo (el que calumnia), Satanás (el adversario), la serpiente antigua (astucia engañosa), el dragón (poder hostil), el tentador, el maligno, el acusador y el padre de mentira. Sin embargo, todas estas armas quedan inutilizadas frente a Cristo. El Más Fuerte no solo expulsa al enemigo, sino que anula su capacidad de dominio y libera a los cautivos de toda influencia corruptora.

Así, la obra de Cristo se manifiesta como una conquista total y definitiva. Él no actúa como un reformador dentro del sistema del mal, sino como el Señor soberano que invade el territorio enemigo, restaura lo que estaba quebrado y reclama para sí lo que le pertenece por derecho creador y redentor. En Cristo, Dios mismo ha entrado en la historia para rehacer su creación y establecer un Reino que no puede ser vencido. La victoria del Más Fuerte no es parcial ni provisional, sino absoluta, invencible y eterna, porque es la victoria del Dios vivo que reina con poder y gloria para siempre.

Al discernir este texto en clave cuaresmal, esta afirmación de Cristo sitúa a la Iglesia ante el misterio central de este tiempo santo, **Dios mismo actúa para recrear lo que el pecado ha desfigurado**. La Cuaresma recuerda que el camino hacia la Pascua no comienza con el esfuerzo humano, sino con la iniciativa soberana del “dedo de Dios” que irrumpe para liberar y restaurar. Así como en el Éxodo el poder divino dismanteló la tiranía de Faraón y constituyó a Israel como pueblo libre, en Cristo el Dios Creador entra en el desierto del mundo y del corazón humano para despojar al enemigo de sus armas y devolver a la creación su orientación original. Este tiempo penitencial invita, por tanto, a reconocer que toda verdadera conversión nace de esta victoria previa, **el creyente no lucha para vencer al mal por sí mismo, sino que aprende a vivir desde la derrota ya consumada del “hombre fuerte”**. La disciplina cuaresmal —ayuno, oración y penitencia— se convierte así en una respuesta agradecida y vigilante a la obra del Más Fuerte, que con un solo gesto de su poder creador rehace al ser humano, rompe las cadenas de la mentira y conduce a los redimidos hacia la libertad gloriosa del Reino que ha llegado en Él.

Pregunta escudriñadora

¿Vivo confiando plenamente en la victoria consumada de Cristo sobre el mal?

Aplicación práctica

El creyente en cuaresma descansa en la obra ya realizada por Cristo, enfrentando la lucha espiritual con esperanza y confianza, no con temor servil.

4. La imposibilidad de la neutralidad espiritual. ²³ El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Lc 11:23).

La declaración de Jesús posee un carácter absoluto e inapelable. El texto griego es categórico: **ὁ μὴ ὦν μετ’ ἐμοῦ κατ’ ἐμοῦ ἐστίν** (“El que no está conmigo, contra mí está”), estableciendo una antítesis sin matices ni excepciones. No se trata de una exhortación moral entre otras, sino de una revelación ontológica sobre la condición humana frente al Reino de Dios. Cristo no admite zonas grises ni posturas intermedias, **estar “con Él” implica adhesión real a su persona y a su obra**; no estarlo equivale, de hecho, a oponerse a su señorío. Esta lógica recuerda la antigua exhortación del pacto, «escogeos hoy a quién sirváis» (Jos 24:15), donde la fidelidad a Yahvé exigía una decisión consciente y total, excluyendo toda ambigüedad.

Desde esta perspectiva, la neutralidad no es una opción moralmente aceptable, sino una forma pasiva de resistencia al bien. En el marco del conflicto entre el Reino de Dios y el reino de las tinieblas, no tomar partido por Cristo implica permanecer bajo una autoridad ajena a Él. La Escritura es consistente en este punto: «nadie puede servir a dos señores» (cf. Mt 6:24). El verdadero discípulo, liberado por el Más Fuerte, ya no se pertenece a sí mismo ni puede vivir en una lealtad dividida. La

redención no solo lo rescata del poder del maligno, sino que lo traslada a un nuevo dominio, donde la obediencia a Cristo no es una carga, sino la expresión viva de la libertad restaurada.

En el tiempo **cuaresmal**, esta palabra de Jesús adquiere una densidad espiritual particular, pues sitúa al creyente ante la urgencia de una decisión renovada. La Cuaresma no es un tiempo de ambigüedad ni de espera pasiva, sino un camino de discernimiento y conversión en el que queda desenmascarada toda ilusión de neutralidad. Al llamar a examinar el corazón, la Iglesia recuerda que el seguimiento de Cristo exige una adhesión concreta y total, **ayuno, oración y penitencia no son fines en sí mismos, sino medios para ordenar la vida bajo su señorío**. En este tiempo de arrepentimiento, la advertencia «el que no es conmigo, contra mí es» confronta toda religiosidad superficial que pretende coexistir con lealtades divididas. Así como Israel fue llamado en el desierto a elegir entre la vida y la muerte (cf. Dt 30:19), el cristiano es invitado durante la Cuaresma a renunciar activamente a las tinieblas y a recoger con Cristo, permitiendo que su Reino gobierne cada ámbito de la existencia. De este modo, la disciplina cuaresmal se revela como una respuesta concreta a la victoria del Más Fuerte, **una vida reconciliada, reunificada y orientada sin reservas hacia Dios, en preparación para la Pascua, donde la elección por Cristo alcanza su plenitud en la luz de la resurrección**.

4.1. La falsa neutralidad del corazón: recoger con Cristo o dispersarse en las tinieblas.

La sentencia de Jesús —«el que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama» (Lc 11:23)— desenmascara con claridad la ilusión de la neutralidad espiritual. En el contexto del conflicto entre el Reino de Dios y el reino de las tinieblas, no existe un espacio intermedio donde el corazón humano pueda permanecer indemne o espectador. El verbo συνάγειν (*synágein*), “recoger”, evoca la acción de reunir, congregar y edificar, imagen que remite tanto a la obra pastoral de Dios en el Antiguo Testamento —quien recoge a su pueblo disperso (cf. Ez 34:11–16)— como a la misión mesiánica de Cristo, que convoca a los suyos para formar un solo rebaño. Rechazar esta comunión activa con Cristo no es una opción inocente o pasiva; por el contrario, implica participar, consciente o inconscientemente, en la dinámica opuesta de dispersión, fragmentación y pérdida que caracteriza a las tinieblas.

Desde una perspectiva espiritual y pastoral, Jesús advierte que la ausencia de compromiso con su señorío conduce inevitablemente a la disolución interior. El verbo σκοπνίζειν (*skorpízein*), “desparramar”, expresa el efecto del pecado que desintegra la vida humana, rompe la comunión con Dios y fractura la unidad del corazón. Esta dispersión recuerda la experiencia de Israel cuando, al apartarse del pacto, fue esparcido entre las naciones (cf. Dt 28:64), mostrando que la desobediencia nunca es estática, sino progresiva y destructiva. Así, el Señor enseña que la verdadera

fidelidad no consiste solo en evitar el mal, sino en una adhesión viva y obediente a su persona. Recoger con Cristo es participar activamente en su obra redentora; no hacerlo equivale a permitir que las fuerzas del desorden y de la muerte reclamen nuevamente el terreno que solo Él puede gobernar con vida, luz y paz.

En clave cuaresmal, esta palabra confronta con fuerza toda forma de religiosidad tibia, aquella que se contenta con gestos externos sin una conversión real del corazón. La Cuaresma no tolera medias lealtades ni adhesiones parciales, pues el seguimiento de Cristo no se reduce a prácticas devocionales aisladas, sino que reclama la totalidad de la persona. Ser fiel al Señor implica una entrega integral que compromete la mente, para ser renovada por la verdad de su Palabra; la voluntad, para ser dócil y obediente a su señorío; y la vida entera, para ser configurada según su cruz. En este tiempo de consagración, la Iglesia es llamada a examinar si su fe ha sido diluida en la comodidad espiritual o si, por el contrario, ha asumido el costo del discipulado. Así, la Cuaresma se presenta como un llamado urgente a abandonar toda tibieza, a renunciar a la autosuficiencia y a abrazar una fidelidad radical que, purificada por la penitencia y sostenida por la gracia, conduce a la auténtica libertad y prepara el corazón para la luz pascual.

Pregunta escudriñadora:

¿He intentado mantener una fe sin compromiso pleno con el señorío de Cristo?

Aplicación práctica:

La Cuaresma es tiempo propicio para renovar nuestros votos bautismales y afirmar sin reservas nuestra lealtad al Señor.

5. La advertencia sobre el corazón deshabitado. ²⁴ Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo; y no hallándolo, dice: Volveré a mi casa de donde salí. ²⁵ Y cuando llega, la halla barrida y adornada. ²⁶ Entonces va, y toma otros siete espíritus peores que él; y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero” (Lc 11:24–26).

El versículo presenta una enseñanza solemne sobre la realidad espiritual que subyace a la liberación sin conversión. Jesús describe al “espíritu inmundo” (τὸ πνεῦμα τὸ ἀκάθαρτον), término que en el judaísmo designa una fuerza personal de impureza moral y cultural, incompatible con la santidad de Dios. Cuando este espíritu “sale del hombre”, el verbo ἐξέλθῃ (exélthē) indica una salida real, efectiva, pero no necesariamente definitiva. El demonio recorre “lugares secos” (οἱ ἀνύδρων τόπων), imagen profundamente arraigada en el Antiguo Testamento y en la literatura judía intertestamentaria, donde el desierto es símbolo de caos, desolación y morada de fuerzas hostiles a Dios (cf. Isaías 13:21; 34:14). Estos “lugares secos” representan la ausencia de vida, orden y bendición divina. El espíritu busca “reposo” (ἀνάπαυσιν), término que contrasta deliberadamente con el verdadero reposo que solo Dios puede

otorgar (cf. Salmo 62:1; Mateo 11:28). El texto subraya así que el mal no halla descanso verdadero, pues su naturaleza es inquieta, errante y destructiva.

Al no encontrar reposo, el espíritu inmundo toma una decisión reveladora: “Volveré a mi casa de donde salí”. La expresión “mi casa” (τὸν οἶκόν μου) es teológicamente alarmante, pues indica una pretensión de derecho y pertenencia. El demonio considera al hombre como su morada legítima cuando esta no ha sido ocupada por Dios. Aquí Jesús introduce una advertencia pastoral de enorme gravedad, **la expulsión del mal, por sí sola, no equivale a salvación**. Desde la perspectiva veterotestamentaria, la “casa” evoca el templo como lugar de habitación divina (cf. 1 Reyes 8:10–13); si el verdadero Señor no habita en ella, queda vulnerable a la profanación. Así, el Señor enseña que la liberación exterior debe ir acompañada de una transformación interior, una inhabitación efectiva de Dios por su Espíritu. De lo contrario, el corazón humano permanece expuesto al retorno del mal, revelando que no basta con abandonar las tinieblas, sino que es necesario ser llenos de la luz, vivir bajo el señorío de Cristo y perseverar en la obediencia que guarda su Palabra.

En un sentido **cuaresmal**, esta advertencia de Jesús se vuelve especialmente incisiva y pastoral. La Cuaresma no es solo un tiempo de limpieza exterior, de prácticas ascéticas o de corrección moral, sino un llamado urgente a la **inhabitación plena de Dios en el corazón**. La casa “barrida y adornada” representa una vida ordenada, incluso religiosamente reformada, pero todavía vacía del señorío efectivo de Cristo. El peligro no radica en el orden, sino en el vacío; no en la disciplina, sino en la ausencia de comunión viva con Dios. Por eso, la conversión auténtica que la Cuaresma propone no se agota en renunciar al pecado, sino que exige acoger al Más Fuerte como único dueño de la casa. Solo cuando el corazón es habitado por Cristo —por su Palabra, su Espíritu y su cruz— queda verdaderamente protegido contra el retorno del mal. Así, la penitencia, el ayuno y la oración se revelan no como fines en sí mismos, sino como caminos para fortalecer nuestra comunión con Dios, transformando una casa vulnerable en templo vivo del Reino, sellado por la presencia invencible del Señor que salva.

5.1. La ilusión de la reforma sin conversión: orden exterior y vacío interior.

La descripción “la halla barrida y adornada” (Lc 11:25) encierra una ironía teológica profunda. Los participios σεσπαρμένην (“barrida”) y κεκοσμημένην (“adornada”) indican una condición de orden, limpieza y embellecimiento exterior, pero notablemente vacía. El texto no menciona que la casa esté ocupada. La imagen sugiere una reforma moral o religiosa lograda sin una verdadera conversión del corazón. Desde el Antiguo Testamento, esta escena recuerda las constantes purificaciones externas denunciadas por los profetas, cuando el pueblo practicaba ritos y observancias mientras el corazón permanecía lejos de Dios (cf. Is 1:16–17; Jer 4:14). Jesús revela así que una vida “arreglada” pero no rendida al señorío de Dios queda espiritualmente vulnerable. La ausencia de impureza no equivale a la

presencia de santidad; solo la inhabitación de Dios convierte la casa en morada segura.

El desenlace es aún más grave, **el espíritu inmundo regresa acompañado de “otros siete espíritus peores que él”**. El número siete, en la simbología bíblica, expresa plenitud o totalidad, indicando que el estado final no es una recaída parcial, sino una ocupación completa y devastadora. El verbo κατοικοῦσιν (“moran allí”) señala una instalación estable y permanente, en contraste con la expulsión inicial. El juicio de Jesús es contundente: **“el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero”**. Esta progresión refleja una verdad espiritual constante en la Escritura, rechazar la gracia después de haber sido expuesto a ella endurece el corazón y agrava la condición espiritual (cf. Prov 26:11; 2 Pe 2:20–22). En el contexto del Evangelio, la advertencia apunta a Israel —y a todo oyente— que ha experimentado la irrupción del Reino pero se resiste a recibir al Rey. Solo Cristo habitando plenamente en el corazón preserva al hombre de una falsa restauración que, al final, conduce a una esclavitud más profunda que la inicial.

Desde una lectura cuaresmal, este pasaje se convierte en una exhortación decisiva contra toda espiritualidad superficial. La Cuaresma no llama simplemente a “ordenar” la vida, a corregir hábitos o a embellecer la conducta exterior, sino a una **conversión real que permita a Cristo habitar el corazón**. Una casa barrida pero vacía es imagen de una penitencia incompleta, **ayunos sin entrega, oraciones sin obediencia, renunciencias sin comunión viva con el Señor**. El tiempo cuaresmal confronta así la peligrosa ilusión de una reforma sin inhabitación, recordándonos que el corazón humano no puede permanecer neutral ni desocupado. Solo cuando el Más Fuerte toma posesión de la casa —por su Palabra acogida, su Espíritu recibido y su cruz abrazada— la limpieza se transforma en santidad y el orden en verdadera libertad. De lo contrario, la aparente renovación se vuelve frágil y engañosa. La Cuaresma, por tanto, es el tiempo favorable para pasar del vacío al encuentro, de la reforma exterior a la conversión profunda, y permitir que Dios mismo sea el huésped permanente que guarda, gobierna y vivifica toda nuestra existencia.

Pregunta escudriñadora

¿He confundido disciplina exterior con verdadera comunión con Dios?

Aplicación práctica

El ejercicio cuaresmal del ayuno y la penitencia debe ir acompañado de una vida saturada de la Palabra y los sacramentos.

6. Una admiración sincera pero insuficiente. ²⁷ Mientras él decía estas cosas, una mujer de entre la multitud levantó la voz y le dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste” (Lc 11:27).

La exclamación de la mujer brota de una admiración genuina y profundamente humana. Al proclamar μακαρία ἡ κοιλία ἡ βαστάσασά σε ("bienaventurado el vientre que te llevó"), reconoce en Jesús una grandeza extraordinaria y, conforme a la mentalidad veterotestamentaria, atribuye honor a la maternidad que ha dado al mundo a un varón tan lleno de autoridad y poder. En la Escritura, la fecundidad del vientre es signo de bendición divina y favor de Dios (cf. Gén 30:13; Sal 127:3). Sin embargo, Lucas sitúa esta alabanza en un punto estratégico del discurso para mostrar su insuficiencia teológica. La mujer ve correctamente la gloria de Cristo, pero la interpreta aún desde categorías naturales y afectivas. En clave cuaresmal, esta escena desenmascara una tentación constante del corazón religioso, **admirar a Jesús, emocionarse ante sus obras y palabras, sin dejar que su señorío alcance la raíz de la vida**. La admiración que no conduce a la obediencia permanece en la superficie; reconoce al Más Fuerte, pero todavía no se rinde plenamente a Él.

Cristo reorienta nuestras categorías naturales y afectivas al desplazar el centro de la bienaventuranza desde lo meramente humano —los vínculos, las emociones legítimas, la admiración espontánea— hacia la obediencia radical que nace de escuchar y guardar la Palabra de Dios. En la cuaresma, este giro pedagógico nos conduce de un asombro emotivo a un asombro santo, **ya no nos quedamos en la conmoción inicial ante su poder o su ternura, sino que somos llamados a una reverencia que se rinde, a una fe que se entrega y a una vida que se deja gobernar por su señorío**. Así, Cristo purifica el afecto sin negarlo, lo eleva sin destruirlo, y lo transforma en adoración obediente, en testimonio fiel y en seguimiento concreto. El asombro cuaresmal no se disipa en palabras ni en gestos pasajeros, sino que madura en una adhesión perseverante al Más Fuerte, que reclama el corazón entero y lo convierte en espacio vivo de su Reino.

6.1. La verdadera bienaventuranza: oír y acoger la Palabra de Dios. ²⁸ Y él dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan" (Lc 11:28).

La respuesta de Jesús no reprende la admiración espontánea, sino que la conduce a su plenitud teológica y revela, de manera implícita pero contundente, que Él mismo es el Varón bienaventurado del Salmo 1 y, en Él, el modelo de todo creyente. El adverbio μενοῦνγε ("antes bien", "más aún") introduce una corrección que no niega lo dicho, sino que lo trasciende, **la auténtica μακαριότης no se funda en la proximidad biológica ni en el afecto natural, sino en una comunión espiritual definida por dos verbos inseparables, ἀκούειν y φυλάσσειν**. En clave bíblica, "oír" no significa una recepción pasiva, sino la escucha obediente del Shemá —«Oye, Israel» (Dt 6:4)— que compromete el ser entero ante la Palabra viva de Dios. "Guardar" (φυλάσσειν) expresa la perseverancia fiel, la custodia vigilante de la Palabra como bien supremo que ordena la vida. Esta descripción alcanza su cumplimiento perfecto en Cristo mismo, **Él es quien nunca anduvo en**

consejo de impíos, quien se deleitó plenamente en la voluntad del Padre y la encarnó sin fisura, quien meditó y vivió la Ley no solo día y noche, sino en cada acto de su obediencia filial. Así, Jesús no solo redefine la bienaventuranza, sino que la encarna; se revela como el Árbol plantado junto a corrientes de aguas vivas, siempre fecundo, incorruptible y victorioso. En Él, el Salmo 1 deja de ser solo promesa o exhortación y se manifiesta como realidad cumplida, ofreciendo al creyente liberado por el Más Fuerte no solo el camino de la bienaventuranza, sino al Bienaventurado mismo como fuente, norma y destino de la vida redimida.

Siguiendo nuestra pedagogía cuaresmal, Jesús enseña que la victoria del Más Fuerte no se manifiesta solo en la expulsión del mal, sino en la instauración efectiva de su señorío en el corazón humano mediante su Palabra oída y guardada. "Oír" (ἀκούειν) implica una escucha reverente y obediente, propia del Shemá de Israel, que no se conforma con la emoción pasajera ni con la comprensión intelectual, sino que abre la mente y la voluntad a la voz de Dios que llama a la conversión. Cuaresma es, por tanto, tiempo de silencio interior y de atención renovada, donde el creyente aprende a discernir la voz del Señor por encima de las voces que dispersan y endurecen el corazón. Pero esta escucha encuentra su plenitud en el "guardar" (φυλάσσειν): custodiar la Palabra como un tesoro vivo, permitir que eche raíces, ordene los afectos y gobierne las decisiones cotidianas. Así, el discípulo verdaderamente liberado no se limita a admirar a Cristo desde fuera, sino que, transformado por su gracia, vive bajo el imperio de su Palabra, persevera en una obediencia concreta y fecunda, y se convierte en tierra buena donde el Reino de Dios no solo permanece, sino que crece y da fruto abundante para la gloria de Dios y la edificación de los demás.

Aquí culmina la pedagogía cuaresmal: **la victoria sobre el mal no se reduce a un triunfo puntual ni a una experiencia emocional intensa, sino que se hace visible y verificable en una vida transformada por la obediencia nacida de la gracia.** El Reino de Dios se afianza allí donde el corazón, liberado por el Más Fuerte, aprende a perseverar bajo su señorío, conformando pensamientos, afectos y acciones a su Palabra. La Cuaresma, así entendida, no es solo tiempo de renuncia, sino de reordenamiento interior, en el que la gracia sostiene al creyente para vivir de manera coherente con la liberación recibida. Vencer al mal significa permanecer en Cristo, caminar según el Espíritu y dar frutos dignos de arrepentimiento, mostrando que la verdadera libertad no consiste en la autonomía del yo, sino en una obediencia humilde y perseverante que glorifica a Dios y anticipa la plenitud de su Reino.

Pregunta escudriñadora

¿Escucho la Palabra con disposición real a obedecerla o soy simplemente un curioso expectante?

Aplicación práctica

La práctica diaria de la lectura bíblica y la oración fortalece una fe que persevera hasta la Pascua.

Conclusión:

La secuencia de Lucas 11:14–28 nos conduce, en esta Tercera Dominica de Cuaresma, a considerar la lucha espiritual que hay en la salvación y la conversión del alma, el texto del evangelio sigue un desarrollo lógico que se encuentra interrelacionado de la siguiente manera:

El punto de partida del pasaje es una liberación real y objetiva, Jesús expulsa al demonio y restituye al hombre su voz. El Reino de Dios se manifiesta con poder visible, desenmascarando la tiranía del maligno. Sin embargo, esta irrupción no produce una respuesta uniforme. Los corazones espiritualmente muertos no leen la liberación como gracia, sino como amenaza. Algunos blasfeman, atribuyendo a Beelzebú lo que solo puede proceder del Espíritu de Dios; otros, más cautos pero no menos resistentes, se refugian en la incredulidad exigiendo nuevas señales. Así, Lucas muestra que el problema no es la falta de luz, sino la condición del corazón, **cuando la vida está ausente, incluso la obra redentora de Dios es reinterpretada desde la oscuridad.**

Ante estas reacciones, Jesús dismantela toda pretensión de ambigüedad espiritual. Su palabra es tajante, **“el que no es conmigo, contra mí es”**. La revelación del Reino no deja espacio para una fe diluida ni para una supuesta neutralidad prudente. En el conflicto entre la luz y las tinieblas, no tomar partido por Cristo equivale a permanecer bajo otro señorío. La Cuaresma, iluminada por este texto, se convierte en un llamado a una adhesión clara y consciente al Más Fuerte, abandonando toda lealtad dividida. La fe auténtica no consiste en simpatizar con Jesús, sino en colocarse decididamente bajo su autoridad salvadora.

Jesús advierte que la liberación, por sí sola, no basta. Una casa puede estar barrida y adornada, pero seguir vacía. Con esta imagen, el Señor denuncia toda forma de religiosidad centrada en el orden exterior sin transformación interior. La vida cristiana no se reduce a hábitos correctos, prácticas piadosas o reformas conductuales, sino que nace de una inhabitación real, **Cristo viviendo en el corazón por su Espíritu**. Solo cuando Dios ocupa el centro, el orden exterior es expresión de una vida nueva y no una fachada frágil. La santidad no consiste en ausencia de desorden, sino en la presencia activa del Santo.

El relato del espíritu que regresa con otros siete peores es una advertencia severa y pastoral. Jesús enseña que rechazar el mal sin abrazar plenamente el bien deja al ser humano en una condición más vulnerable que antes. La exposición a la gracia, cuando no es acogida con fe obediente, endurece el corazón y profundiza la

esclavitud. La Cuaresma, por tanto, no es tiempo para cambios superficiales ni propósitos efímeros, sino para una conversión real que implique arrepentimiento, fe y entrega perseverante. No hay neutralidad ni estancamiento seguro, **la vida espiritual o avanza hacia Dios o retrocede hacia una mayor ruina.**

El pasaje culmina con una corrección llena de gracia. Frente a la admiración espontánea de la mujer que exalta la maternidad de Jesús, el Señor eleva la mirada hacia la bienaventuranza verdadera, **“los que oyen la Palabra de Dios y la guardan”**. La fe no se agota en el asombro ni en la emoción religiosa, sino que se expresa en una escucha obediente que transforma la vida. Aquí se revela el camino del verdadero discípulo y del bienaventurado del Salmo 1: **aquel que se deleita en la ley del Señor y persevera en ella.** En clave cuaresmal, esta palabra nos llama a dejarnos vencer por el Más Fuerte de tal manera que su Palabra gobierne nuestros pensamientos, decisiones y obras, produciendo un fruto que permanece para vida eterna.

Así pues, la Tercera Domínica de Cuaresma nos enseña que la vida cristiana se desarrolla en medio de un combate espiritual real y decisivo, en el cual Cristo se revela como el Más Fuerte que libera al ser humano del poder del maligno y hace presente el Reino de Dios. Este Evangelio nos muestra que la manifestación de la gracia no garantiza, por sí sola, una respuesta fiel, **los corazones no convertidos reaccionan con blasfemia, incredulidad o falsa neutralidad.** Por ello, Jesús nos confronta con la imposibilidad de permanecer indecisos entre la luz y las tinieblas y nos advierte contra toda religiosidad superficial que se contenta con el orden exterior sin una verdadera transformación interior. En clave cuaresmal, la lección es clara: la auténtica conversión consiste en permitir que Cristo habite el corazón por su Espíritu, vivir bajo su señorío y expresar esa libertad recién concedida en una obediencia perseverante a su Palabra. Solo así la liberación se convierte en vida nueva, la fe en fidelidad, y el asombro en una bienaventuranza que da fruto para vida eterna.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

Amén.